



PENELOPE FITZGERALD

El inicio de la primavera

Traducción de Pilar Adón

Postfacio de Terence Dooley

Lectulandia

Corre el mes de marzo de 1913 y la convulsa ciudad de Moscú se prepara para la llegada de la primavera. En el ambiente se percibe una transformación dramática, pero en el número 22 de la calle Lipka, hogar del impresor inglés Frank Reid, ese cambio será aún más evidente y decisivo. Una noche, tras regresar a su casa, Frank descubre que su esposa se ha marchado de la ciudad llevándose a sus tres hijos. Pronto aparecerá en la vida del impresor una mujer sencilla, una especie de dríade por la que Frank acabará por sentirse hechizado. Y así, acompañado de su contable, Selwyn Crane, devoto seguidor de Tolstói, y de Volodia, un misterioso estudiante que irrumpe en la imprenta con extrañas intenciones, Frank tendrá que dilucidar qué motivos mueven a los demás a comportarse de forma a veces extraña, a veces irracional.

Lectulandia

Penelope Fitzgerald

El inicio de la primavera

ePub r1.0

hermes 10 16.11.13

Título original: *The Beginning of Spring*

Penelope Fitzgerald, 1988

Traducción: Pilar Adón

La traductora desea expresar su agradecimiento a Terence Dooley y Patricia Gonzalo de Jesús por su inestimable colaboración a la hora de elaborar este libro.

Postfacio: Terence Dooley

Editor digital: hermes 10

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

1

En 1913, ir de Moscú a Charing Cross con escala en Varsòvia costaba catorce libras, seis chelines y tres peniques, y suponía dos días y medio de viaje. En el mes de marzo de 1913, la esposa de Frank Reid, Nellie, inició ese periplo desde el número 22 de la calle Lipka, en la zona de Jamovniki, y se llevó a sus tres hijos con ella, es decir, a Dolly, a Ben y a Annushka. Annushka (o Annie) tenía dos años y nueve meses, y seguramente le iba a dar mucho la lata, más que los otros dos juntos. Sin embargo, Dunyasha, la empleada que cuidaba de los niños en el 22 de la calle Lipka, no se marchó con ellos.

Dunyasha debía de estar al tanto de todo, pero Frank Reid no. Y fue al regresar a su casa, directamente de la imprenta, cuando se enteró de lo sucedido gracias a una carta que, como le dijo Toma, su sirviente, le había llevado un mensajero.

—¿Dónde está? —preguntó Frank mientras recogía la carta. Era la letra de Nellie.

—Ya se ha ido. Pertenece al Gremio de Mensajeros, y no se le permite quedarse a descansar.

Frank se dirigió a la parte trasera de la casa, torció a la derecha y entró en la cocina, donde se topó con el mensajero, que había dejado su gorra roja en la mesa, frente a él, y estaba bebiéndose un té con la cocinera y su ayudante.

—¿De dónde ha sacado esta carta?

—Me llamaron para que viniera —dijo el mensajero poniéndose de pie—, y me la entregaron.

—¿Quién se la dio?

—Su esposa, Elena Karlovna Reid.

—Esta es mi casa y yo vivo aquí. ¿Para qué iba a necesitar mi mujer mandarme un mensajero?

A esas alturas ya habían entrado en la cocina el limpiador de zapatos, al que llamaban el Pequeño Cosaco, la lavandera, que iba todas las semanas sin excepción, la doncella, y Toma.

—Le dijeron que se la entregara en su oficina —dijo Toma—. Pero hoy ha regresado usted a casa antes de lo habitual y se le ha adelantado.

Frank había nacido y crecido en Moscú, y, aunque era tranquilo y poco expresivo por naturaleza, sabía que había determinados momentos en que su vida debía quedar expuesta ante los ojos de los demás como si estuviera subido a un escenario. Así que se sentó junto a la ventana, a pesar de que eran las cuatro y ya había anochecido, y abrió la carta delante de todos. No recordaba haber recibido más de dos o tres cartas de Nellie en todos los años que llevaban casados. No había sido necesario, ya que casi nunca se separaban y, además, ella hablaba mucho. Aunque últimamente no tanto, quizá.

Leyó lo más despacio que pudo, pero la carta solo constaba de unas pocas líneas, en las que le decía que se marchaba. No mencionaba nada acerca de volver a Moscú, y él llegó a la conclusión de que no había querido decirle lo que le ocurría realmente. Al final de la página le pedía que no creyera que existía la menor amargura en lo que le contaba, y que esperaba que él recibiera la noticia con el mismo espíritu. Decía también algo acerca de que se cuidase.

Todos se quedaron mirándole en silencio. Como no deseaba decepcionarles, Frank dobló el papel cuidadosamente y volvió a meterlo en el sobre. Luego miró hacia el umbrío patio, donde la pila de leña para el invierno había quedado ya reducida a la cuarta parte de lo que fue alguna vez. Las lámparas de aceite de los vecinos brillaban aquí y allá al otro lado de la valla trasera. Gracias a un acuerdo con la compañía eléctrica de Moscú, Frank había instalado su propia iluminación de veinticinco vatios.

—Elena Karlovna se ha marchado —dijo—, y se ha llevado a los tres niños. No sé cuánto tiempo estará ausente. No me ha dicho cuándo va a volver.

Las mujeres comenzaron a llorar. Debían de haber ayudado a Nellie a preparar su equipaje, y se habrían quedado con la ropa de invierno que no cabía en los baúles, pero sus lágrimas eran auténticas, y traslucían verdadero dolor.

El mensajero estaba todavía de pie junto a él, con su gorra roja en la mano.

—¿Le han pagado a usted ya? —le preguntó Frank. El hombre dijo que no. A los del gremio se les pagaba según unas tarifas fijas, que suponían de veinte a cuarenta kopeks, pero en aquel caso no sabía si había hecho algo o no para merecer tal pago. El encargado del patio y de los animales entró también en la cocina, cubierto de grasa y de serrín, y acompañado del inconfundible aroma del frío.

Tuvieron que contárselo todo de nuevo, a pesar de que también él debió de haber ayudado a cargar el equipaje de Nellie.

—Lleven un poco de té a la sala de estar —dijo Frank, y le dio al mensajero treinta kopeks—. Cenaré a las seis, como de costumbre.

La idea de que los niños no se encontraran allí, de que Dolly y Ben no regresarían de la escuela y de que Annushka no estaba ya en la casa, lo asfixió. Esa misma mañana tenía tres hijos y ahora no tenía ninguno. Era incapaz de precisar cuánto iba a echar de menos a Nellie, incluso cuánto la echaba de menos ya. Decidió dejar aquello a un lado, y juzgar las consecuencias más tarde. Llevaban tiempo considerando la idea de hacer un viaje a Inglaterra, y Frank, con ese propósito, había preparado los pasaportes de la familia en la comisaría local y en el departamento central de policía. Posiblemente, fue al firmar su pasaporte cuando a Nellie se le debió de meter aquella idea en la cabeza. Aunque, ¿cuándo había permitido Nellie que se le metiera cualquier tipo de idea en la cabeza?

Desde que fuera creada por el padre de Frank en Moscú en la década de 1870, la

empresa Reid se había dedicado a importar y montar maquinaria destinada a la impresión. Para complementar la actividad, había adquirido una imprenta más bien pequeña, y ese era el único negocio con el que contaba Frank en ese momento. Con la planta de montaje ya no había nada que hacer, puesto que los alemanes y la competencia que suponía la posibilidad de importar directamente eran demasiado fuertes. Pero la imprenta Reid iba bastante bien, y además contaba con la clase de responsable que resultaba razonablemente eficaz para llevar la contabilidad de una empresa como aquella. Aunque tal vez la palabra «razonable» no fuera la más adecuada para describir a Selwyn. No tenía esposa y parecía no sufrir por ello. Era un seguidor de Tolstói, más ferviente aun si cabe desde la muerte de este, y por si fuera poco escribía poesía en ruso. Frank daba por hecho que la poesía rusa hablaba sobre todo de abedules y de nieve, y lo cierto era que en los últimos versos que Selwyn le había leído, había bastantes abedules y había también bastante nieve.

Frank se dirigió al teléfono. Marcó dos veces y pidió que le pusieran con la imprenta Reid. Tuvo que repetir la orden. Mientras tanto, entró Toma con un samovar, el pequeño, que seguramente era el más adecuado para el dueño de la casa ahora que se había quedado solo. El agua acababa de romper a hervir y lanzaba un ligero sonsonete cargado de agradables promesas.

—¿Qué hacemos con las habitaciones de los niños, señor? —preguntó Toma en voz baja.

—Cierra las puertas y déjalas como están. ¿Dónde está Dunyasha?

Frank sabía que podía hallarse en cualquier lugar de la casa, tratando de pasar inadvertida como una perdiz en su agujero, para que nadie pudiera echarle la culpa de nada.

—Dunyasha quiere hablar con usted. Ahora que no están los niños, quiere saber en qué va a consistir su trabajo.

—Dile que esté tranquila. —Frank pensó que hablaba como el caprichoso amo de un contingente de siervos. Que él supiera, nunca les había dado motivos para que sus criados se preocuparan por la estabilidad de sus empleos.

La llamada por fin llegó, y la tranquila y meditabunda voz de Selwyn respondió en ruso:

—Te escucho.

—Mira, no quiero interrumpirte esta tarde, pero ha ocurrido algo inesperado.

—No pareces tú, Frank. Dime, ¿qué ha sucedido? ¿Se trata de algo alegre o de algo triste?

—Yo diría que de algo bastante sorprendente. Pero si he de elegir, diría que es más bien triste.

Toma salió al vestíbulo un instante, diciendo algo sobre los cambios que había que llevar a cabo a partir de ese momento, y luego se retiró a la cocina. Frank

continuó:

—Selwyn, es Nellie. Ha regresado a Inglaterra, creo. Y se ha llevado a los niños.

—¿A los tres?

—Sí.

—¿Y no podría ser que quisiera ver a...? —Selwyn vaciló un instante, como si le resultara muy difícil encontrar las palabras adecuadas para referirse a las relaciones humanas más corrientes—. ¿No será que quiere visitar a su madre?

—No me ha dicho ni una palabra en ese sentido. Además, su madre ya había muerto cuando nos conocimos...

—¿Su padre, entonces?

—Solo tiene un hermano. Y vive donde siempre, en Norbury.

—¡En Norbury, Frank! ¡Y además, huérfano!

—Bueno, también yo soy huérfano, si nos ponemos así. Y tú también lo eres.

—Ya, pero yo tengo cincuenta y dos años...

Selwyn contaba con una buena dosis de sentido común, algo que ponía de manifiesto en el trabajo y también, de la manera más inesperada, en las ocasiones más dispares, cuando parecía casi imposible. Ahora decía:

—No tardaré mucho. Estoy terminando de verificar que los salarios que pagamos concuerdan con nuestros cálculos. Me dijiste que querías que lo hiciera con más frecuencia.

—Y quiero que lo hagas con más frecuencia.

—Cuando acabe, ¿por qué no cenamos juntos, Frank? No quiero ni pensar en que puedas estar sentado ahí solo, mirando a una silla vacía. Podría ser algo ligero. Y en mi casa, mejor que en ese restaurante tan lúgubre al que siempre me llevas.

—Gracias, pero no. Nos veremos mañana, a la hora de siempre, a eso de las ocho.

Volvió a posar el micrófono en su sólida pieza de latón y comenzó a merodear por la casa, sumida ahora en un completo silencio. Solo se oían las voces procedentes de la cocina, que se elevaban distantes para volver a caer luego, y que, a pesar de romperse en una continua explosión de sollozos, parecían más bien los ecos de una bulliciosa fiesta. Destartalada y, a los ojos de Frank, muy espaciosa, su casa constaba de una planta de piedra y otra de madera sobre ella. Una amplísima estufa, revestida de azulejos blancos de la zona del Presnia, hacía que toda la planta baja se mantuviera caldeada. En el exterior, hacia la curva del río Moscova, unas curiosas vetas de un luminoso amarillo limón surcaban el cielo de color pizarra.

Alguien se encontraba ante la puerta principal, y Toma hizo entrar a Selwyn Crane. Aunque Frank le veía casi todos los días en la imprenta, olvidaba a menudo, hasta que volvía a encontrarse con él en un entorno diferente, el aspecto tan inusual que ofrecía para tratarse de un hombre de negocios inglés. Era alto y delgado, aunque también lo era Frank. Pero Selwyn, con su porte ascético, su amable sonrisa, el

sincero interés con que se interesaba por los demás, y su aire de no estar muy cuerdo del todo, parecía haberse dejado ir y escapado de una realidad mundana hasta llegar a cierto tipo de debilidad consumida, casi hasta la transparencia. Vestía una especie de levita negra, un par de pantalones de *tweed* inglés que le había hecho un sastre de Moscú, y que le quedaban demasiado cortos, y una camisola de cuello cerrado al estilo de las que usaban los campesinos rusos, a modo de homenaje a la memoria de Lev Nikoláievich Tolstói. En la habitación templada, sin damas presentes, se quitó la levita y dejó que los pliegues de la tosca tela de su camisa se adhirieran a las formas de sus magras costillas.

—Aquí estoy, mi querido amigo. Después de las noticias que me has dado, no podía dejarte solo.

—Pues eso es justo lo que me habría gustado que hicieras —dijo Frank—. Espero que no te importe que te lo diga. Preferiría que me dejaras en paz.

—He venido en el tranvía veinticuatro —dijo Selwyn—. Tuve suerte y cogí uno casi en seguida. No te preocupes, que no voy a quedarme mucho tiempo. Resulta que estaba en mi mesa y de repente se me ocurrió una idea que podría resultarte útil. Creo que podrá consolarte, así que me levanté de inmediato y salí hacia la parada del tranvía. Hay cosas de las que no se puede hablar por teléfono, Frank.

Frank, sentado frente a él, hundió la cabeza entre las manos. Pensó que podía soportar cualquier cosa excepto que le endosaran una dosis de obstinada generosidad. No obstante, Selwyn parecía completamente decidido a seguir.

—La tuya es la actitud de un penitente, Frank. Y es innecesaria. Todos somos pecadores. La idea que se me ocurrió no se refiere a la culpa sino más bien a la pérdida, siempre que consideremos que la pérdida no es en realidad sino una forma de pobreza. Y la pobreza, o lo que el mundo concibe como tal, no es motivo de lamento sino de regocijo.

—No, Selwyn, no lo es —dijo Frank.

—Lev Nikoláievich quiso regalar todas sus posesiones...

—Pero lo hacía para que los campesinos fueran más ricos, no para ser él más pobre.

Las tierras que Tolstói tenía en Moscú quedaban a poco más de kilómetro y medio de distancia de la calle Lipka. En su testamento se las legó a los campesinos, que, desde entonces, se habían dedicado a talar sistemáticamente todos los árboles para hacer dinero rápido. Trabajaban incluso de noche, derribando árboles a la luz de los destellos de las lámparas de queroseno.

Selwyn se inclinó hacia delante. Sus grandes ojos color avellana le miraban intensamente, encendidos con la llama de una minuciosa atención y animados por la mejor de las voluntades.

—Frank, salgamos a caminar juntos cuando llegue el verano. Te conozco bien,

pero al aire libre, en las llanuras y los bosques, seguramente empezaré a conocerte mejor. Eres un hombre valiente, Frank, pero creo que careces de imaginación.

—Selwyn, no quiero que nadie desnude mi alma. No esta noche. Para serte sincero, no me veo con fuerzas.

Una vez en el vestíbulo, Toma volvió a aparecer para ayudar a Selwyn a ponerse su abrigo sin mangas, hecho de piel de oveja sin tratar. Frank repitió que estaría en la imprenta a la hora habitual. En cuanto se cerró la puerta de la calle, Toma se lamentó de que Selwyn Osipych no hubiera tomado ni una taza de té, o siquiera un vaso de agua de Seltz.

—Solo ha venido a hacerme una pequeña visita.

—Es un buen hombre, señor; siempre de un lado para otro, en procura de los necesitados y los desesperados.

—Ya, pero esta casa no va a encontrar ni a unos ni a otros —dijo Frank.

—Tal vez le haya traído alguna noticia, señor, de su esposa.

—Tal vez lo hubiera hecho de trabajar en la estación de tren, pero no es el caso. Mi mujer tomó el tren a Berlín, y eso es todo lo que hay.

—Dios es misericordioso... —dijo Toma distraídamente.

—Toma, la primera vez que pusiste un pie en esta casa, hace ya tres años, el mismo en que nació Annushka, me dijiste que eras ateo.

El rostro de Toma pareció relajarse y en él se adivinaron unas curtidas arrugas de benevolencia que anticipaban horas de largas deliberaciones sin sentido.

—Yo no le dije que fuera ateo, señor, sino un librepensador. Quizá usted nunca se haya planteado la diferencia entre ambos términos. Como librepensador puedo creer en lo que quiera, y cuando quiera. Puedo confiarle a usted, dada su triste situación, a la protección de Dios esta noche, y mañana por la mañana creer que Dios no existe. Si fuera ateo me vería en la obligación de no creer, lo que impondría una injustificable restricción a mis pensamientos.

En ese momento descubrieron que la cartera de Selwyn, que era en realidad un maletín para instrumentos musicales lleno de papeles y muy acartonado después de los muchos chaparrones soportados a lo largo de muchos inviernos en muchas paradas de tranvía, se había quedado en el banquillo de debajo del perchero, donde ponían en fila las botas de fieltro. No era la primera vez que aquello ocurría, y ver allí aquel maletín, tan familiar, supuso una especie de consuelo.

—Me lo llevaré mañana por la mañana —dijo Frank—. Recuérdame que lo haga.

2

Pocos años antes, el primer sonido que se oía en Moscú por las mañanas era el de las vacas que salían de los establos y de los patios de las calles laterales, donde solían pasar la noche, para abrirse paso entre los tranvías tirados por caballos hasta llegar al lugar, al lado de Jamovniki, en que el encargado municipal se encargaba de recogerlas y llevarlas a pastar, a no ser que fuera invierno, en cuyo caso solamente las guía, a través de la oscuridad, hasta los almacenes de heno de las afueras. En cuanto electrificaron las vías de los tranvías, las vacas desaparecieron. Y ahora, cuando daban las cinco de la mañana, el primero sonido que se oía era el de los propios tranvías, acompañados del de las campanas de las iglesias. En febrero no se oía nada tras las ventanas interiores y exteriores, bien cerradas desde octubre para que la casa se mantuviera cálida y silenciosa.

Frank se levantó dispuesto a hacer lo que podría haber hecho la noche anterior, mandar telegramas, aunque mantenía la esperanza de que no fuera necesario. Más tarde en algún momento, pensó que lo mejor será acercarse a la capellanía inglesa, donde podía visitar a Cecil Graham, el capellán, que no le contaría nada a nadie por puro bochorno personal. Aunque eso significara tener que explicarle la situación también a la señora Graham, que solía hacer las dos cosas: visitar a los demás y contar lo que había visto. Así que tal vez pudiera esperar un día o dos antes de ir a la capellanía.

A las siete menos cuarto sonó el teléfono y tintinearón las dos campanas de cobre sobre el pequeño escritorio. Se trataba del jefe de la estación de Alexander. Frank le conocía bien.

—Frank Albertovich, esto no está nada bien. Tienes que venir y llevártelos de inmediato, o bien enviar a una persona responsable y digna de tu confianza.

—¿Llevarme a quién?

El jefe de estación le dijo que tenía con él a sus tres hijos. Alguien se los había mandado desde Mozhaisk, donde se habían subido al tren de medianoche procedente de Berlín.

—Vienen con una cesta de ropa.

—Pero ¿están solos?

—Sí, están solos. Bueno, mi esposa está con ellos en la cantina...

Frank ya se había puesto el abrigo. Bajó por la calle Lipka con la intención de encontrar un trineo cuyo conductor acabara de empezar a trabajar y no estuviera borracho después del turno de noche, o incluso solo medio borracho, o terminando una borrachera para empezar otra, o bien simplemente *podvipevchye*, un pelín achispado. También quería un caballo que pareciera tranquilo. En la esquina misma de su calle detuvo a un conductor que, a la luz del farol que brillaba por encima de su

cuello subido, mostraba un pedacito de un rostro resignado y lleno de manchas.

—A la estación de Alexander.

A la estación de Brest —dijo el conductor, que evidentemente se negaba a dejar de utilizar el nombre antiguo. En general, gestos así resultaban de lo más tranquilizadores.

—Cuando llegemos, tendrá que esperarme, pero no estoy seguro de cuánto tiempo.

—¿Habrá equipaje?

—Tres niños y una cesta de ropa. No sé si habrá algo más.

El caballo avanzó quedamente sobre la nieve y la arena hasta el Novinskaia, y luego se volvió sin necesitar ningún tipo de orientación hacia el Presnia. Estaba acostumbrado a esa ruta porque la colina era bastante empinada y, por tanto, se podía pedir una tarifa más elevada tanto de bajada como de subida. Pero aquella no era la forma más rápida de llegar a la estación.

—Dé usted la vuelta, compañero —dijo Frank—. Vaya por el otro camino.

El conductor no mostró sorpresa alguna. Dio la vuelta en medio de la calle arañando la nieve congelada, que se erizó en crestas de color gris. El caballo, desconcertado, tuvo que replantearse la ruta, cruzó las patas y empezó a moverse con la torpeza de una criatura a la que le hubieran alterado las costumbres. Le sonaron las tripas y se sacudió varias veces, emitiendo un ruido menos propio de un caballo que de una máquina defectuosa. Después de llevar un rato al trote por el Tverskaia, Frank le preguntó al conductor si tenía hijos. El conductor le dijo que ya no vivía con su esposa. Había dejado a toda la familia en Rovyk, su pueblo natal, mientras él hacía dinero en Moscú. Sí, pero ¿cuántos hijos? Dos, aunque ambos habían muerto en Rovyk cuando la epidemia de cólera. Su esposa no tuvo el dinero o el ingenio suficiente para comprar un certificado en el que se dijera que habían muerto de cualquier otra cosa, así que estaban enterrados en el cementerio para apestados, y nadie sabía siquiera dónde quedaba el sitio. En ese punto se echó a reír de una manera bastante poco apropiada.

—¿Y por qué no se trae a su esposa para que le haga compañía?

El conductor respondió que las mujeres solo saben hacerse compañía las unas a las otras. Habían sido creadas para estar juntas y para pasarse el día hablando entre ellas. Así que por la noche siempre estaban demasiado cansadas para ser de alguna utilidad al marido.

—Pero no estamos hechos para vivir solos —dijo Frank.

—La vida sabe hacer sus propias correcciones.

Tendrían que detenerse en la parte posterior de la estación, en los patios destinados a las mercancías. El conductor no era de los más elegantes, así que no tenía permiso para esperar a la entrada.

—Vuelvo en un minuto —dijo Frank dándole algo más de dinero. Esas palabras no significaban nada. Solo servían para transmitir cierta confianza, y con ese espíritu fueron recibidas. Nevaba suavemente. El conductor extendió una gran pieza cuadrada de hule verde sobre el caballo, que inclinó la cabeza hacia el suelo como si se dispusiera a dormir o a soñar con el verano.

El patio recibía las mercancías de la línea de ferrocarril de Okruzhnaia, que trazaba un círculo alrededor de toda la ciudad, y que transportaba los envíos de un almacén a otro. El trineo había llegado al mismo tiempo que una carga de pequeñas cruces de metal procedentes de una de las fábricas situadas en el lado este de la ciudad. Dos hombres se encargaban de marcar minuciosamente las cajas de paja trenzada que tenían cien cruces y las que tenían mil.

Frank pasó por delante de los vertederos de carbón y de los depósitos clausurados, de camino a la tenebrosa entrada posterior de la estación. Desde una gran altura se derramaba una luz grisácea, que se filtraba hacia el interior a través de las bóvedas de cristal. No había mucha gente, y casi todos los que deambulaban por allí eran de ese tipo de almas perdidas que van a las estaciones de tren y a los hospitales para ser testigos de las prisas, las despedidas, los encuentros, las enfermedades y las muertes de los demás, quizás con la esperanza de encontrar algún propósito personal que dotara de algún sentido a sus propias vidas. Algunos de ellos se sentaban en los rincones del restaurante para mirar, sin curiosidad ni resentimiento, a aquellos que podían permitirse el lujo de pedir algo en la brillante barra o en el comedor.

No había ni rastro del jefe de estación.

—El *nachalnik* estará en su oficina. Esto es la cantina —le dijo el barman.

—Ya lo veo... —dijo Frank—. Pero ¿no ha estado aquí su esposa antes, con tres niños?

—Su esposa nunca está aquí. No es aquí donde debe estar. Estará en su casa.

La camarera, alta y fuerte, le dio un codazo y le echó a un lado mientras levantaba una trampilla en la barra y salía al exterior:

—Tres pequeños ingleses, una niña de pelo castaño y ojos azules, un niño con el pelo castaño y los ojos azules, y una niña que venía dormida y tenía los ojos cerrados.

—¿Llevaban una cesta de ropa?

—Sí. Cuando la pequeña se sentó, apoyó los pies en la cesta. Sus piernecitas eran aún demasiado cortas para alcanzar el suelo.

—¿Dónde están los niños?

—Se los llevaron.

La camarera cruzó los brazos sobre el pecho y ahora parecía desafiar a Frank o acusarle de algo. Tenía acento georgiano, y

Frank sabía que era una tontería pensar que Georgia era solamente una tierra de rosas y sol. Los propios georgianos se vanagloriaban de sus rápidos cambios de humor. Frank dijo:

—Usted no es responsable de nada. En ningún caso forma parte de sus atribuciones tener que vigilar a todos los que entran en la cantina.

La camarera cedió de forma inmediata y se mostro deseosa de agradar.

—No se trata de sus hijos, eso se lo puedo asegurar. Usted no permitiría que sus hijos llegasen de esa forma a Moscú sin que nadie se ocupara de ellos.

Frank le preguntó dónde vivía el jefe de estación. Su casa estaba en el barrio del Presnia, entre el cementerio y la fábrica de tejas de Vlasov.

Volvió a atravesar el trecho de nieve pisoteada, en la que se dibujaban las huellas de las ruedas que se dirigían a los depósitos de carbón. El caballo seguía allí de pie, en la distancia blanca, completamente inmóvil. Frank se topó con el conductor, que salía del urinario. Aceptó esperar allí mientras Frank recorría a pie la corta distancia hasta Presnia.

Varias casas de madera se repartían a lo largo de una carretera secundaria parcheada aquí y allá por pilas de ceniza, ballestas de vagones, piezas de chatarra y tiras de amarillento estaño esmaltado, que en tiempos sirvieron para anunciar el té Botkin o el desinfectante Jeyes. A las casas se accedía subiendo un par de escalones de madera que las separaban del suelo. Frank vio que la entrada, como en las casas de los pueblos, estaba situada en la parte trasera. La del número 15, a la que le habían dicho que debía dirigirse, estaba medio abierta. La cerró tras él, y entonces descubrió ante sí dos puertas más.

—¿Hay alguien en casa? —gritó.

La puerta de la derecha se abrió y apareció su hija Dolly.

—Tenías que haber venido antes —dijo—. La verdad es que no sé qué hacemos aquí.

Dentro, alguien se había encargado de arrastrar una mesa cubierta con un hule hasta el rincón de la derecha, de manera que nadie pudiera sentarse de espaldas a los iconos y a sus brillantes luces. Annushka estaba dormida en el cesto de la ropa, y Ben se había sentado a la mesa, donde pasaba las páginas de un periódico, el *Gazeta-Kopeika*, que solo publicaba noticias sobre violaciones y asesinatos. Elevó la mirada y dijo:

—Cuando estás en una línea principal, la distancia entre los postes es la vigésima parte de una versta. Si el tren recorre esa distancia en dos segundos resulta que va a noventa verstas por hora.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Frank—. ¿Quién os está cuidando? ¿Os perdisteis?

En ese momento entró una mujer morena que llevaba puesta una bata. No era la

esposa del jefe de estación, si es que tal esposa existía en realidad, sino, como ella misma le explicó, un ama que debía ayudar a los niños en lo que necesitasen.

—Solo cobra ochenta kopeks al día —dijo Dolly—. No es mucho para tanta responsabilidad como asume. —Pasó un brazo por la cintura de la mujer, y dijo en un ruso mimoso—: No ganas lo suficiente, ¿verdad que no, mamaíta?

—Pagaré a todo el mundo lo que le debamos —dijo Frank—, y luego nos iremos directamente a la calle Lipka, a casa. Me temo que habrá que despertar a Annie...

La ropa de abrigo de los niños se estaba secando encima de la estufa, junto al segundo uniforme del jefe de estación y a un buen montón de mantas de tren. Tuvieron que recoger la ropa del palo de abedul que hacía las veces de tendedero, lo que resultó una actividad muy parecida a la que debía de hacerse en un barco cuando se arrían las velas. Annushka se despertó mientras le estaban poniendo su chaqueta de piel, y preguntó si todavía estaban en Moscú.

—Sí, sí —dijo Frank.

—Entonces quiero ir a la Muirka.

Era muy difícil que Annushka saliera de los almacenes Muir & Merrilees^[1] sin que el avisado encargado de planta le entregara algún pequeño regalito.

—Ahora no —dijo Dolly.

—De no haber sido por Annushka —dijo Ben—, creo que madre nos habría llevado con ella. No estoy muy seguro, pero creo que sí lo habría hecho.

Toda la casa comenzó a temblar, y no de forma gradual sino de repente. Alguien había empezado a golpear la puerta de la calle. La mujer se santiguó. Era el conductor del trineo.

—Jamás habría imaginado que tuviera usted tanta fuerza como para golpear así la puerta —le dijo Frank.

—¿Cuánto tiempo falta? ¿Cuánto?

Al mismo tiempo, el jefe de estación, quizá con la intención de averiguar qué estaba pasando en su casa, entró por la puerta delantera. Estaba casi seguro de que se trataba de la única persona que tenía por costumbre entrar por allí. Tras su llegada, todos —Frank, los niños, la mujer y el propio jefe de estación— se sentaron de nuevo para pasar juntos al menos otra media hora. Tuvieron que quitarle el abrigo a Annie de nuevo, y ella volvió a quedarse dormida al instante. Ahora que el jefe de estación estaba allí, con las llaves, pudieron abrir la alacena y sacar algo de té y mermelada de cerezas. De repente el ama dijo que no podía soportar la idea de que la separaran de su Dolly, de su Dariasha, que tanto se parecía a ella misma cuando era pequeña, y el jefe de estación, que no se había quitado todavía su gorra roja oficial, se quejó de lo mal que lo pasaba en su trabajo porque los viajeros extranjeros le asediaban y le perseguían. Todos los relojes de la estación marcaban la hora exacta de San Petersburgo: sesenta y un minutos más que la hora de Europa Central, y dos horas y

un minuto más que la de Greenwich. ¿De qué se quejaban entonces?

—¿Por qué no solicita el traslado a la cuenca del Donetz? —sugirió Ben.

—¿Cuántos años tiene su hijo?

—Nueve —dijo Frank.

—Dígale que un puesto en la Alexandervoksal es el honor más alto al que un hombre puede aspirar. No hay nada por encima. Los ferrocarriles estatales no pueden ofrecerme un empleo superior a este. Aunque, claro está, él no tiene la culpa de ser tan curioso. Es muy joven y, además, se acaba de quedar sin madre.

—¿A todo esto, dónde está su esposa? —le preguntó Frank.

El jefe de estación le explicó que, dado que en Moscú no encontraban a nadie en quien confiar, ella había decidido regresar a su pueblo para buscar nuevas camareras para la temporada de primavera. El conductor del trineo les hizo notar, por vez primera, que su caballo ya estaba viejo y cansado, así que decidieron levantarse para marcharse a casa.

—¿Cuántos años tiene exactamente su caballo? —preguntó Ben—. Existen disposiciones, como ya sabrá, que regulan la edad que han de tener...

El conductor dijo que era aquel chico era un diablillo.

—Todos mis hijos lo son —dijo Frank—. Ahora quisiera llevarlos a casa. Vivimos en la calle Lipka.

Fue como si se hubieran tirado varios años fuera. Todos en la casa, incluso la propia casa, parecían reír y llorar a un tiempo con su regreso. De aquel carnaval —pues aquello era lo que parecía— solo se ausentó Dunyasha. Le había pedido a Frank que le entregara su pasaporte interno, imprescindible para viajar a más de veinticinco kilómetros de la ciudad, y que debía estar siempre en poder del patrón. Quería marcharse. Ya no era feliz en esa casa. Allí todo el mundo la criticaba. Así que Frank sacó el documento del cajón de su estudio, donde guardaba bajo llave las cosas importantes. Se sentía como un hombre atormentado por una herida a medio cerrar. Pero quizá era mejor dejar las cosas tal y como estaban, no fueran a empeorar. Nellie no le había enviado un solo mensaje acerca de los niños, no había dicho ni una palabra al respecto, y pensó que no debía darle más vueltas a aquello porque quizá no fuera capaz de soportarlo. Su padre siempre decía que la mente humana es infinitamente elástica pero que, por la misma naturaleza de las cosas, no se nos puede exigir que asumamos más de lo que podemos aguantar. Frank tenía sus dudas sobre esa teoría de su padre. El invierno anterior, una noche, uno de los operarios de la imprenta se dirigió a un lugar que quedaba a poca distancia de la estación de Windau, y se tendió sobre las vías. Lo hizo porque su esposa se había llevado a su amante a vivir con ellos a su casa. Resultó que la altura hasta el punto medio entre los ejes era bastante considerable, por lo que el tren pasó justo por encima de él dejándole ileso, como si solo fuera un campesino borracho. Después de que cuatro trenes más pasaran

sobre el, se levantó y se subió a un tranvía para regresar a su casa. Y desde entonces había seguido trabajando regularmente, como si tal cosa. Algo así ponía en tela de juicio la capacidad de aguante de las personas.

Mientras el júbilo aumentaba en intensidad y se extendía hasta el patio implicando, al parecer, hasta a la perra y las gallinas, a las que encerraban durante el invierno, Dolly se puso el uniforme marrón del colegio Ekaterinskaia y le pidió a Frank que la ayudara a hacer los deberes, ya que, después de todo, tendría que estar en el colegio antes de las nueve en punto del día siguiente. Abrió el atlas, el libro de ejercicios de geografía, y sacó una regla.

—Ahora estamos con las Islas Británicas. Tenemos que marcar en el mapa las áreas industriales y las zonas que se dedican a la cría de la oveja.

—¿Te quedaste con esos libros en el tren? —preguntó Frank.

—Sí. Pensé que podrían resultarme útiles, aunque no volviera nunca al Ekaterinskaia.

—La casa se quedó muy vacía cuando os fuisteis. Al menos eso es lo que me pareció a mí.

—No hemos estado fuera tanto tiempo.

—El suficiente para poder darme cuenta de lo que supone estar solo.

Dolly le preguntó:

—¿No sabías lo que iba a hacer madre?

—Si te soy sincero, Dolly, no. No tenía ni idea.

—Eso imaginaba —añadió rápidamente—. Fue muy duro para ella. Después de todo, jamás tuvo que ocuparse de nosotros. Dunyasha se encargaba de todo... Annushka no se estaba quieta. Madre le pidió al encargado unas gotas de valeriana, para calmarla, pero no había. Por supuesto, tendríamos que habernos acordado de llevarlas nosotros, pero no fui yo quien hizo las maletas. Era de esperar que no podría arreglárselas sola, y tuvo que mandarnos de vuelta. Ya no le aportábamos ningún consuelo. Creo que le exigías demasiado.

—No estoy de acuerdo, Dolly. Yo sé cómo soy, pero tu madre también lo sabe.

3

El padre de Frank, Albert Reid, era de los que siempre tenían la mirada puesta en el futuro. Tal vez se tratara de un futuro no demasiado lejano, pero es que ver las cosas en Rusia con demasiada claridad es uno de esos errores que acaban llevando a la desconfianza. Era consciente de que se acercaba el momento en que los inversores británicos, los propietarios de las fundiciones, los dueños de las factorías, los fabricantes de calderas, los ingenieros, los entrenadores de caballos de carreras y las institutrices dejarían de ser bien recibidos en el país. Serían los propios rusos quienes se hicieran cargo de todo, o si no, lo harían los alemanes, pero resultaba evidente que los buenos tiempos estaban llegando a su fin. Todo lo que se requería en la década de 1870, cuando él comenzó, era un certificado que atestiguara que las escrituras de constitución de la empresa no contradecían las leyes británicas, y otro certificado expedido en San Petersburgo que atestiguara que la empresa era adecuada para los intereses del imperio ruso. Además de eso, había que tener buen estómago, buena cabeza para la bebida, especialmente para la alcohólica, un buen sistema circulatorio y mucho instinto para saber hasta dónde resultaba conveniente llegar a fin de conseguir algo, con los sobornos que se ofrecían a la policía uniformada y a la policía política, a los empleados del Ministerio de Importación Directa, Comercio e Industria y a los inspectores técnicos y sanitarios. Dichos sobornos debían disfrazarse bajo la denominación de «regalos». Esa era, de hecho, la primera palabra que uno memorizaba cuando aprendía ruso. Los otros trámites —por ejemplo, el envío de los balances al gobierno central y al Tribunal de Cuentas local— eran mero papeleo del que él mismo se había encargado, con la ayuda de su esposa, a la luz de una lámpara en la vieja casa de madera que tenían al lado de la fábrica, en la Rogozhskaia. Al igual que la nobleza y los mercaderes rusos, las empresas extranjeras eran encuadradas en diversos rangos, según su capital social y la cantidad de combustible (hulla, corteza de abedul, antracita, petróleo) que consumiera la fábrica en cuestión. La de Reid (Maquinaria de Impresión) pertenecía a las de categoría media. El padre y la madre de Frank eran los únicos socios de la empresa. Ambos provenían de familias numerosas, así que no hubo ningún problema en que Bert fuera el primero en emigrar a Rusia para ganarse la vida. Tuvieron un solo hijo. Enviaron a Frank a Inglaterra una o dos veces cuando era pequeño, para que viviera con sus parientes de Salford, y él se lo pasó bastante bien en Salford. Lo cierto era que, si le dejaban a su aire, él se lo pasaba bien en cualquier sitio. Cuando cumplió los dieciocho años pasó una temporada más en Inglaterra para estudiar ingeniería mecánica y técnicas de impresión, primero en la Politécnica de Loughborough, y luego, durante el periodo de prácticas, en Croppers, Nottingham.

Mientras estaba en Croppers, donde le iba bastante bien y donde jugo el primer

partido de fútbol de su vida, recibió una carta de su padre en la que le anunciaba la apertura de su propia imprenta muy cerca del centro de Moscú, en la calle Seraphim. Sería una especie de filial del negocio familiar. No existía por entonces ninguna disposición legal que prohibiera que los extranjeros compraran terrenos, siempre y cuando no estuvieran en el Turquestán o en el Cáucaso o en cualquier otro lugar del que pudiera sacarse petróleo, y él pensó que aquel sitio le saldría bastante barato. Empezarían con un par de prensas manuales, usarían máquinas de manera esporádica, y siempre por encargo, y verían cómo se les iba dando. Pretendía adquirir un viejo almacén, y contaba con espacio suficiente alrededor para poder ampliar el negocio si quería. A pesar de que todavía no se había firmado ningún acuerdo, los hombres ya llamaban a aquello la Reidka,^[2] la pequeña empresa del querido Reid.

Con la carta venía una fotografía de la calle Seraphim, que era como la mayoría de las calles laterales de Moscú, un lugar prácticamente irrecuperable, sin especialidad alguna, angosto, repleto de parches y de desconchones, con un montón de críos que se arremolinaban en torno a un caballo atado a un carro en el que vendían algo que le era imposible identificar. Por encima de sus cabezas se extendía un cielo blanco con amplias nubes, más blancas incluso que el propio cielo. Los carteles de las tiendas hicieron que a Frank le embargara nostalgia. Los ladrillos de té de la tienda de Perlov, los cigarrillos de Kapral, que vendía veinte por cinco kopeks, y el *kabak*^[3] con un cartel en la puerta en el que ponía algo así como Bar de Markel.

Su padre solía fechar las cartas al estilo ruso, esto es, trece días antes de la fecha de Nottingham, por lo que antes de leerlas había que hacer ciertos ajustes mentales, pero debió de ser en marzo de aquel mismo año cuando le menciono que pensaba contratar a Selwyn Crane, no para la fabrica sino para llevar la contabilidad en la Reidka. Unas semanas más tarde, le contaba que tenía la impresión de que Crane se estaba volviendo una persona demasiado religiosa. «No me parece mal, en absoluto, aunque yo creo que la religión es mucho más útil para las mujeres que para los hombres, ya que conduce a la resignación con lo que a cada uno le ha tocado en suerte.» En la siguiente carta, Bert dudaba de que «religioso» fuera la palabra más apropiada para definirlo. «Espiritual» cuadraría mejor. «Crane me ha dicho que es vegetariano, algo que no creo que se recomiende en ningún lugar de la Biblia. Además, me ha contado que en diversas ocasiones ha mantenido prolongadas charlas con el conde Tolstói. Tolstói es gran hombre, Frank», continuaba. «Afortunadamente, uno no puede juzgar a los grandes hombres en función de las rarezas de sus discípulos. No obstante, lo cierto es que Crane tiene muy buena mano para los números, y hasta el momento ha demostrado ser un hombre bien apto para los negocios. Antes de trabajar conmigo estuvo en el Banco Anglo-Ruso. Le pregunté si no le parecía sorprendente que, después de haber ahorrado una considerable suma de dinero, como imagino que ha hecho dado que no es un hombre casado, y que

viviendo como vive gracias al dinero ahorrado y al sueldo que yo le pago, siga defendiendo la idea de que la compraventa de cualquier tipo o especie constituye un pecado contra la humanidad. Me dijo entonces que de lo que se trata más bien es de no emplear la riqueza para el beneficio particular. Por tanto, Crane, le dije yo dispuesto a llevar la conversación en tono de broma, me considera usted un malhechor, y el siguiente paso será el de negarse a darme la mano, aun siendo la persona que le ha contratado. Pensé que ahí le había pillado, pero lo que hizo entonces fue darme un beso, primero en una mejilla y luego otro en la otra. Es una vieja costumbre rusa, como bien sabes; pero lo extraño es que lo hizo en el taller, Frank, ni siquiera en la contaduría.»

Por otro lado, su padre no mostraba ningún tipo de desconfianza por el cajista jefe al que había contratado. Era un tipo estupendo, muy trabajador. Tendría que organizarse una revolución para que Yacob Tviordov dejara su puesto. Frank pensó: cuando llegue el momento ya veré si quiero seguir con esa gente. Cuando toque, tomaré mis propias decisiones.

En 1900 se trasladó a Hoe, en Norbury, para familiarizarse con la maquinaria de última generación. Y una vez en Norbury conoció a Nellie Cooper. Ella vivía con su hermano Charles, que trabajaba como secretario de un abogado, y con Grace, la esposa de este, en el 62 de Longfellow Road. La casa donde vivían era bonita, recia, con dos puertas de entrada (la interior tenía una vidriera de colores —un cristal de la mejor calidad con el sello de Lowndes & Drury— que representaba las Montañas de las Delicias de *El Progreso del Peregrino*)^[4], un comedor y una cocina en la planta inferior, y un salón que daba a un tramo de escaleras de hierro pintadas de verde. Las escaleras conducían al jardín, donde había un pequeño huerto de verduras protegido por una valla. En el primer piso había tres dormitorios, uno de los cuales estaba vacío, ya que Charles y Grace no tenían hijos. Frank vivía por entonces en la habitación de una pensión, cuya casera, probablemente sin querer, o al menos eso le parecía a Frank, le mataba de hambre. Decidió unirse al coro local (como ya había hecho en Manchester y en Nottingham) y un día, durante un descanso (estaban ensayando una y otra vez, quizá demasiadas veces, *Hiawatha*)^[5] tuvo que disculparse con Nellie, que por entonces ayudaba a pasar las bandejas, por haber cogido más de un panecillo untado con paté de pescado a un tiempo. Nellie le preguntó que a qué se dedicaba, si es que tenía que trabajar al aire libre y cargar montones de fardos, y si esa era la razón por la que no podía evitar que se le abriera el apetito. Y, sin escuchar con mucha atención su respuesta, le dijo que había estado dando clases durante cuatro años y que ahora debía aprobar un examen para obtener el título.

—Tengo veintiséis años —agregó como si supiera que tendría que decírselo antes o después.

—¿Le gusta dar clases?

—No mucho.

—Entonces no debería seguir haciéndolo. No debería intentar obtener el título. Debería prepararse para hacer lo que quiera hacer, aunque sea barrer calles.

Nellie se echó a reír.

—Me encantaría que viera la cara de mi hermano...

—¿El se preocupa por usted?

—Le va bien, la verdad. Supongo que en realidad no considera necesario que yo trabaje.

—Entonces no sé por qué lo hace.

—Para salir de casa. Así no tengo a mi cuñada todo el santo día a mi alrededor, ni ella tiene que verme a mí.

—¿Ella misma le ha dicho a usted eso, señorita Cooper?

—No, ella jamás diría algo así. Está hecha toda una sufridora.

A Frank le impresionó la manera que tenía Nellie de ver las cosas. Había en ella cierta acritud, cierto regusto cortante. No malintencionado, sino más bien de desaprobación ante los pactos mutuos a los que uno se ve obligado a llegar en la vida. Como ya se habían presentado, él se consideró con derecho a acompañarla hasta su casa desde el Jubilee Hall, donde, a pesar de las corrientes de aire que había, solían citarse para ensayar. Pero antes Nellie debía ayudar a guardar la vajilla de la Sociedad Coral. Luego regresó envuelta en su abrigo, con los zapatos metidos en una bolsa impermeable, y Frank, para hacer valer sus derechos, le quitó la bolsa de las manos. Siempre lo hacía todo de forma rápida y limpia, sin aparentar mucho esfuerzo.

—Si estuviéramos en Moscú, todo esto seguiría congelado —dijo mientras bajaba detrás de ella, siguiendo sus pasos.

—Lo sé —dijo Nellie—. Aunque la verdad es que, cuando estudias esas cosas en clase de geografía, te las aprendes pero no te las crees.

—No. Uno tiene que verlo con sus propios ojos. Al menos, es lo que uno querría poder hacer.

—Así que cuando iba al colegio estaba usted en Rusia...

—Sí —dijo.

—Bueno, entonces dígame, con toda sinceridad: si hubiera leído algo acerca de Norbury mientras estaba allí, ¿le habrían entrado ganas de venir aquí a verlo con sus propios ojos?

—Sí —respondió Frank—, si hubiera sabido que iba a estar en tan buena compañía.

Ella hizo caso omiso de su respuesta, pero Frank estaba satisfecho. Le preguntó qué pensaba del *Hiawatha*. Ella le dijo que el compositor vivió en Croydon, que no quedaba lejos, y se suponía que aquella era su pieza favorita.

—Sabrá usted que bautizó a su hijo con el nombre de Hiawatha.

—Sí, pero dígame, ¿cuál es su opinión acerca de la música, señorita Cooper?

—La verdad es que la música no me interesa demasiado. Puedo seguir una parte sin problemas, pero solo si estoy con el resto del coro. No sé cómo pasé la prueba de canto cuando vine por primera vez. A veces me lo pregunto. No dejan que te la prepares antes. Creo que el doctor Alden, que era el director por entonces, no me prestó mucha atención. Lo mismo ese día había bebido.

—Bueno, de nuevo lo mismo de antes. ¿Si no le interesan, por qué viene a los ensayos?

Por la misma razón. Para salir de casa. Para no estar cerca de su cuñada, que a Frank le pareció bastante inofensiva cuando por fin la conoció. Aunque Frank descubriría lo muy insoportable que puede llegar a resultar un ser inofensivo. Cuando iba a Longfellow Road a recoger a Nellie, Grace Cooper se dedicaba a agasajarle y a preguntarle si su casera le trataba bien. Le dijo que dejara el espejo de afeitarse entre las sábanas todo el día, y si por la noche lo encontraba empañado era porque la cama estaba húmeda y entonces tenía derecho a quejarse en el Ayuntamiento. Lo mejor era que se llevara el espejo consigo para así tener una prueba ante las autoridades competentes. A Frank le dio la impresión de que Grace se pasaba el día hablando de lo húmeda que era la casa.

En varias ocasiones le invitaron a cenar, y después cantaron himnos al piano. Fue entonces cuando Frank se dio cuenta de que Nellie no le había mentado sobre su voz, y la admiró intensamente por haberle dicho la verdad.

El problema era que todavía estaba estudiando. Gastaba doce chelines y cinco peniques a la semana en alojamiento y lavandería, y el sábado casi siempre estaba ya sin blanca. «Sé en qué situación estás», decía Nellie. «Yo me pagaré lo mío.»

—No estoy seguro de que pueda aceptar algo así —decía Frank.

—Lo que temes es que saque el bolso y lo ponga en la mesa y empiece a hacer sonar todas las monedas en el interior mientras busco el dinero, pero quítate esa idea de la cabeza. Cuando salgamos, antes de que pongamos un pie en la calle, te doy lo que me corresponde. De esa manera no te resultará incómodo. Pagaremos a escote, ya sabes. ¿Cómo se dice eso en ruso?

No había una palabra rusa para definirlo.

—Quizá es lo que hacen los estudiantes —dijo Frank—. En alguna ocasión he visto cómo se vacían los bolsillos cuando cae la noche y dejan todo su dinero en mitad de la mesa.

—Eso no es pagar a escote —dijo Nellie.

Sabía que, con el título en su poder, tendría muchas posibilidades de presentarse ante ella. Estaba casi seguro de que a Nellie no le resultaría muy penoso tener que dejar a su familia y amigos, y menos aún salir de Norbury. Si quería seguir adelante con sus planes, debía hablar con Charlie y darle más detalles acerca de la empresa y

de sus posibilidades. Y, como quería seguir adelante con sus planes, habló con Charlie después de haber arreglado las cosas con Nellie. Lo del anillo no supuso ningún problema, ya que llevaba uno de su madre que le había comprado su padre en Ovchinikof, en Moscú. Se trataba de un triple nudo ruso, con tres tipos de oro, y hecho de manera que los tres aros eran independientes, pero no podían separarse. Se deslizaban de maravilla, brillantes, por el proporcionado dedo de Nellie. Los integrantes del coro pensaron que era bonito, pero que parecía un poco demasiado extranjero.

—Tu madre te lo dio porque debía de esperar que encontraras a alguien en Inglaterra —dijo Nellie. ¿Estaba enferma?

—No lo creo. Al menos no me dijo nada.

—¿Cómo eran las chicas en Nottingham?

—No me acuerdo. Muy normalitas, supongo.

—Seguro que tú les gustabas a ellas, con lo alto que eres, ¿me equivoco?

—No lo sé.

—¿Te enamoraste de alguna cuando estuviste en Manchester, o en Nottingham, y les ofreciste este anillo pero te rechazaron?

—No, Nellie. Nunca.

Caminaban por Norbury Park. El aire, la tierra y la pisoteada hierba exhalaban humedad. Grace ya les había dicho que estaría todo muy húmedo.

—Entonces tendrías que haber regresado a Moscú con el anillo, y haberle dicho a tu madre que no lo lograste.

Se sentaron en un banco, del que se había levantado un anciano con mucha diplomacia al ver que ellos dos se aproximaban.

—Oye, Frank, ¿tú sabes mucho de mujeres?

El seguía impertérrito.

—Creo que podemos decir que sé lo necesario, Nellie.

No era preciso esperar mucho para la boda. Los padres de Frank tenían que organizado todo para llegar desde Moscú, y nunca era fácil dejar solo el negocio, pero los parientes de Salford estaban más que dispuestos a asistir a bodas y funerales, y no iban a permitir que nada se interpusiera en su camino. Durante los preparativos para la boda, Frank llegó a la conclusión de que jamás, hasta el mismo día de su entierro, volvería a ser el centro de atención de ningún tipo de ceremonia religiosa. No obstante, sabía que no se podía quejar. Charlie y Grace iban a dejarse una suma considerable en la celebración, y ambos le aseguraron que aquel iba a ser el día de Nellie, lo que hacía que él sintiera una profunda ternura hacia ella, por ese motivo, y también por su sentido práctico y por la cantidad de listas que estaba haciendo y por la cantidad de cartas que recibieron y por la cantidad de nombres que ella procedía entonces a tachar de otra lista distinta. Se quedó muy sorprendido cuando ella le dijo:

—Hago todo esto como debe hacerse, pero solo pensando en nosotros dos. No creas que voy a permitir que la gente de Norbury me gane la batalla.

—No creo que se atrevieran —dijo Frank—. ¿A qué te refieres?

—Frank Reid, no pensarás que me caso contigo solo por salir de Norbury...

—No me tengo en tan baja estima —dijo él—. Ni a ti tampoco.

—No hablo tan solo de la gente de aquí —continuó muy seria—. Pienso también en todas esas personas a las que hemos invitado, esos primos tuyos de Salford, y todas esas tías.

—No son tan malas...

—Ya. Todo el mundo dice eso de sus tías —dijo Nellie—. Pero la boda sacaré lo peor de cada una de ellas, ya lo verás. No soy ninguna ilusa. Hay que mirar las cosas de frente, como realmente son, y sé que esa es una de las cosas que más te gustan de mí.

Nellie no dudaba jamás. Incluso el cabello rizado que le nacía en la parte alta de la frente parecía brotar de allí con toda la determinación del mundo. Frank le dio un beso, pero no porque quisiera interrumpirla. Ella le preguntó si se le había ocurrido pensar en cómo iba a ser la boda.

—Es mejor tomarse las cosas tal como vienen dijo.

—Bueno, pues yo voy a explicarte como va a ser la boda.

Y no me refiero al oficio en la iglesia. Quiero decir después, cuando regresemos aquí y comamos jamón y lengua, y sandwiches de pepino, y pastel de vainilla y pasteles con forma hexagonal, y nueces, y vino de Oporto y Madeira... Charlie se pasará un poco con el oporto y muy pronto los demás se habrán pasado también, y todo el mundo beberá un poco porque hasta los abstemios dicen que el oporto no cuenta, y las mujeres más viejas se juntarán y bajarán la voz para decir que la chica no sabe realmente lo que le espera. Tiene veintiséis años y él es el primer chico con el que ha salido en serio. Es de los decentes, eso se ve a la legua, así que todavía no habrán hecho nada, y ella no tiene idea de lo que le espera.

—Pensé que confiaban en mí —dijo Frank—. No tienen ninguna razón para no hacerlo.

—No. Si contra ti, personalmente, no tienen nada. Pero tienen que hacer ver que se trata de una cosa tremenda. Lo único que le sucede a una mujer en la vida, en realidad, excepto lo de tener niños, la menopausia y morir. Así es como se ven las cosas en Norbury. Hay una expresión muy suya, que he tenido que oír tantas veces... Dirán que si ellas llegan a saber cómo iba a ser la cosa, no se habrían dejado arrastrar hasta el altar por nada del mundo.

Frank no sabía muy bien qué hacer. La besó de nuevo y dijo: «No te desanimes». Pero ella seguía igual de inflexible.

—¿Qué nos importa lo que piense toda esa gente, Nellie? Si eso que dices es así,

lo que deberíamos hacer es compadecerlos.

Nellie sacudió la cabeza como un terrier.

—No me van a ganar la batalla. Puede que no lo sepan ahora y puede que no lo sepan nunca, pero no lo van a conseguir.

Era un día radiante. La humedad de Norbury se dejaba ver en el luminoso color verde de la hierba, en los verdes setos recortados, en los activos gorriones, en las vidrieras tan limpias que brillaban como joyas, y en los barómetros que esperaban recibir sus pequeños golpecitos. Estaban solos en la casa y Nellie le dijo:

—¿Te gustaría ver mis cosas? Lo que voy a ponerme para la boda, quiero decir. Y no hablo del vestido, lo traerán más tarde. No da suerte tenerlo en casa durante mucho tiempo.

—Sí, por supuesto que me gustaría, si a ti te apetece enseñármelo.

—¿Tú crees en la suerte?

—Ya me lo has preguntado antes, Nellie. Y ya te he dicho que siempre he creído que eso era para los demás.

Llegaron al rellano que había una vez se pasaba el primer tramo de escaleras, y entraron en un dormitorio cuyo espacio quedaba casi exclusivamente ocupado por un ropero y varios muebles que parecían pertenecer a otras habitaciones de la casa. El sol de la mañana, que entraba a raudales por la única ventana de la estancia, captó el brillo del cristal biselado del ropero. Habían extendido sobre la cama blanca unas ropas también blancas: unas enaguas, un canesú, unos calzones y unos corsés. Nellie cogió uno de estos últimos y lo tiró al suelo.

—No voy a ponerme esto jamás. Dejaré de usarlo. A partir de ahora iré sin ceñir, como las mujeres del *Arts and Crafts*.

—La verdad es que nunca he logrado entender cómo podéis soportar esas cosas las mujeres —dijo Frank.

—Y tampoco pienso pagarlos. Los devolveré a Gage.

—¿Por qué?

—Te abren surcos en la carne. Aunque lleves automáticos. Pero yo no tengo ningún surco, ya lo verás. —Comenzó a desnudarse—. Tengo veintiséis años.

—No paras de decírmelo, Nellie.

—De todos modos, a pesar de mi edad, en cuanto me haya quitado de encima todas estas cosas no tendré ni idea de qué hacer.

Por un instante, parecía estar perdiendo la confianza, y Frank sabía que no podía permitirlo. Bajo sus propias manos, el sólido cuerpo parcialmente desnudo de ella se mostraba húmedo por el esfuerzo. Quería arrancarse a la fuerza, de modo temerario, algo que se le resistía y cuyos cierres parecían desafiarla. Su voz sonaba amortiguada:

—Vamos, Frank. No voy a permitir que estén ahí, mirando y sabiendo cosas que yo no sé. No me ganarán la batalla.

Los jóvenes recién casados no fueron directamente a Moscú. Una de las cosas que el padre de Frank le dijo en la boda de Norbury fue que procurara echarle un vistazo a lo que se estaba haciendo en Alemania, así que trabajó tres años con las imprentas de Hirschfeld, en Fráncfort. Allí fue donde nació Dolly, y Ben también. Luego vino el aborto involuntario. Era verano, el caluroso verano propio de la Alemania interior. Ellos vivían en las afueras de la ciudad, y durante esos días todavía se escuchaba el sonido de los organillos por las calles. Desde la acera que había debajo de su habitación le llegaba la misma melodía, *Schon wie ein engel*, repetida por un órgano. Una y otra vez, sus dientes de acero arremetían contra aquella música tan nostálgica. Nellie yacía boca arriba, sin dejar de perder sangre y con la esperanza todavía de que el bebé se salvase. Le dijo a Frank que le arrojara algo de dinero por la ventana al hombre del organillo para que les trajera suerte, pero ese día si algo no tuvieron fue suerte.

Bert Reid murió en Moscú en el invierno de 1905, aunque no a causa de las revueltas, a pesar de que aquel fue un año de huelgas y violencia, casi una revolución abierta contra la guerra rusojaponesa. Los periódicos alemanes y los ingleses mostraban por aquellos días imágenes de las calles bloqueadas con barricadas hechas con los tranvías destrozados. Habían cortado la electricidad, y las barricadas nevadas, que parecían tumbas, quedaban iluminadas con las llamaradas del queroseno. Cinco baterías de artillería bombardearon las fábricas del Presnia y el Rogoznkaia, aunque los huelguistas se mantuvieron firmes en sus posiciones. Luego echaron agua por los huecos abiertos, empleando el equipamiento de los bomberos de Moscú. Allí donde había caído, el agua se convirtió en hielo. Cuando los huelguistas salieron con la idea de escapar y regresar a sus pueblos, los soldados volcaron sus trineos y esparcieron todas sus posesiones por la nieve. Tomaron la planta de montaje, y los Reid tuvieron que trasladarse al hotel más cercano, el Sovastianov. Fue allí donde, después de pasar una semana sin nada que hacer, puesto que el ejército no le permitía siquiera ir a su propia fábrica, Bert empezó a quejarse de unos fuertes dolores en el corazón. Estos dolores eran en realidad los síntomas de una endocarditis bacteriana. Fragmentos de tejido inflamado se estaban abriendo paso desde las paredes de su corazón hacia el torrente sanguíneo. El médico griego que fue a visitarle —su médico habitual, un alemán, había huido a Berlín cuando le cortaron la luz y el agua en la consulta— se limitó a decirle que debía descansar, y le recetó unas gotas de valeriana y unas friegas de agua caliente. Le dijo a la señora Reid que, en su opinión, el corazón de su marido se había roto de dolor ante los tristes acontecimientos de San Petersburgo y Moscú. De haber estado allí, el doctor Weiss tampoco habría sido capaz de salvar a Bert, aunque quizá podría haberle dado un diagnóstico más preciso.

La señora Reid sí que pudo morir realmente de pena. Se desplomó en el estudio de la capellanía anglicana, donde había acudido por los preparativos del funeral. Avisaron a Frank por telegrama. Llegó a la estación de Alexander con Nellie y los dos niños, que querían empezar a jugar inmediatamente con la nieve. Recordó —a pesar de que no había dejado testamento y de que no tenía nada propio— que su madre había expresado su deseo de que la enterraran en Salford. Tenía que encargarse del traslado, y además debía encontrar un lugar donde vivir. La casa de madera de la familia, situada al lado de la fábrica, había sido medio incendiada tras los disturbios y luego la habían llenado toda de agua. No le costó demasiado encontrar un inmueble que se alquilaba en el 22 de la calle Lipka. Unos cuantos hombres se unieron para ayudarle a rescatar todos los muebles que no habían quedado inservibles. El viejo piano, por extraño que parezca, un Bechstein que había pertenecido a su madre, salió indemne de la ordalía de fuego y hielo. Todo lo demás lo adquirió en Muir & Merrilees, que había seguido abierto durante lo que el encargado llamó «los alborotos», con su bandera azul oscuro y sus doradas M & M ondeando sobre la fachada de la tienda.

No era un buen momento para asumir riesgos, pero Frank había decidido que Nellie no debía preocuparse en absoluto por el dinero. Con una simple mirada a los libros pudo ver que tendría que dismantelar de forma paulatina el negocio de importación y montaje de máquinas de impresión, o, mejor aún, que podría venderlo tal y como estaba. Era una auténtica lástima, ya que sabía que, tan seguro como que existía el día y la noche, podía confiar en Hoe, de Borough Road, al sureste de Londres, el principal proveedor del viejo Reid. El problema parecía residir más bien en dos cuestiones en las que Frank no se manejaba muy bien. Para empezar, aunque su padre había recibido todas las cartas en las que él le informaba de cómo funcionaba la competencia alemana, al parecer no había seguido ninguno de sus consejos, y, si lo hizo, fue de una manera ciertamente extravagante. Había invertido todas sus energías en seguir creciendo de modo desordenado, y, peor aún, se había dejado fascinar por la idea de la prensa Mamut, que habían empezado a fabricar en Hoe para el *Lloyds Weekly News*, y que valía dieciocho mil libras. A la fábrica llegó otra Mamut, pero en este caso no era para un cliente concreto. Habían hecho ese encargo tan imprudente en previsión de lo que pudiera ocurrir, y ahora la máquina estaba allí, colosal en su tamaño, sin montar y sin pagar siquiera, debajo de una lona impermeabilizada y cubierta por unos cuantos centímetros de nieve, orientada hacia el pálido cielo verdoso. Parecía una ominosa reliquia del pasado en vez de una máquina propia del futuro. Cuando murió, Bert Reid tenía junto a su cama, entre las cartas que estaba preparando para el Ministerio del Interior con el fin de interceder a favor de aquellos de sus hombres, sus «obreros», que habían sido detenidos, un folleto ilustrado de Hoe en el que se describía el funcionamiento de la Mamut en

términos más bien heroicos. Ahora Frank debía encontrar a alguien que quisiera quedarse con la planta y con la fábrica entera, incluidas las naves, a pesar de lo desvencijada que estaba. Necesitaba un buen comprador, probablemente uno de los comerciantes de segundo rango con cuyos hijos Frank había ido a la escuela. Cuando eso sucediera, podría por fin hallar el equilibrio que necesitaba para concentrarse plenamente en la Reidka.

El afecto que Frank sentía hacia Moscú se apoderó de él en ocasiones extrañas y poco apropiadas, y en lugares bastante mediocres. La querida y desaliñada madre Moscú, tan desconcertada ante el sonido de las campanas de sus ciento sesenta iglesias, no hacía distinción alguna a la hora de albergar bajo su mismo cielo fábricas, burdeles y cúpulas doradas. Constreñida por griegos y persas, recorrida por hordas de perplejos aldeanos y seminaristas que vagaban siguiendo los rieles de los tranvías, dispuesta en torno a su sagrada ciudadela pero extendiéndose hacia el exterior con un desaliñado salto por los bulevares, hacia el cinturón atestado de barrios obreros y el lugar donde comenzaban las vías, donde todavía se rezaba en los monasterios, y por fin hasta círculos concéntricos de pocilgas, pequeños huertos, caminos y retretes de tierra, Moscú volvía a convertirse en una simple aldea, al parecer con una enorme sensación de alivio.

Nellie también prefería con mucho Moscú a Alemania. Le gustaba poner orden en la casa del 22 de la calle Lipka. Las provincianas costumbres que reinaban en aquella gran ciudad industrial no le supusieron ningún problema. A Frank le daba la impresión de que allí se sentía realmente en su hogar, lo que arrojaba nueva luz sobre la hostilidad que sentía hacia Norbury, que no terminaba de ser ni campo ni ciudad.

Tuvieron que mudarse a Moscú en lo más crudo del invierno, y cuando salieron de la estación de Alexander lo primero que vieron fue el Tverskaia a la deriva entre el humo y el vapor, y a todo el mundo, hombres y mujeres por igual, liándose sus propios cigarrillos para fumárselos después. En plena helada, su aliento se cristalizaba como el vaho que desprende el ganado en un corral. Selwyn fue a recogerlos, preocupado por su bienestar y, sin duda, apenado por el duelo, así que ellos no tendrían más remedio que perdonárselo todo, dado que él se mostraba ante ellos con tanta sinceridad: perdonarle su incapacidad para ayudarles con los niños, con los mozos, con el equipaje, algo que no obedecía a una especial incompetencia sino a su total ineptitud a la hora de comprender lo que resultaba necesario en cada momento. Frank le conocía de los breves viajes que había hecho para ver a sus padres en Moscú. Por lo que se refiere a Nellie, no le conocía de nada.

—¿Cómo está usted, señor Crane? Esta es Dolly, la mayor.

Y este es Ben.

Selwyn se inclinó hacia ellos. Vio que venían envueltos como paquetes para protegerse del frío.

—¡Ambos han sufrido una gran pérdida!

—No conocieron a sus abuelos, así que es muy poco probable que los echen de menos —dijo Nellie—. Tal vez pudiera usted ayudar a Frank a comprobar el estado de los muebles.

En ese primer encuentro, como ella le confesaría más tarde a Frank, le pareció que el señor Crane no tenía muchas luces. Pero Selwyn se las arreglaba bastante bien en Moscú, a pesar de que en Fráncfort no habría sabido ni qué hacer. No se enfrentaba a la poderosa aunque lenta confusión que reinaba a su alrededor, y lo que hacía era evitar con toda candidez aquello que no le gustaba o aquello que no se veía capaz de cambiar. Se dejaba llevar dulcemente por la corriente de la Historia.

Antes de su primera visita a la Reidka, Frank le pidió a Selwyn que se sentara con él y le hiciera una detallada descripción de lo que se iba a encontrar al llegar. Selwyn procedió con toda tranquilidad, lo que no era extraño dada su naturaleza:

—Por supuesto, verás al cajista jefe. Yacob Tviordov sin duda estará allí, como siempre.

—¿Qué hizo el año pasado? ¿Fue a la huelga con los demás?

Es el tesorero del sindicato y faltó al trabajo seis días. Creo que esos son los únicos seis días de su vida en que no ha ido a trabajar.

—¿Dónde trabajabas cuando te contrató mi padre?

—Venía de la imprenta El Cisne Volador, que acababa de cerrar. Aunque allí solo hacían impresión manual.

—¿Y Tviordov?

—Solo impresión manual.

—¿Qué edad tiene?

—No lo sé. En algún lugar guardamos sus datos, supongo. Aunque algunas personas carecen de edad, Frank.

—¿Y el supervisor?

A Selwyn no le gustaba hablar mal de ningún ser humano sobre la tierra. Vaciló un instante.

—Korobiev. Bueno, su trabajo consiste, naturalmente, en cobrar las multas por los fallos que cometen los operarios, por el trabajo mal hecho, por la holgazanería, por la embriaguez, por las ausencias injustificadas, etcétera. Una tarea nada envidiable, Frank. Pero ahí está. El sindicato de impresores llegó a un acuerdo con respecto al monto de las sanciones, y nos atenemos a esas cantidades acordadas. No obstante, me temo que Korobiev, desde que murió tu padre, puede haber establecido algún tipo de cobro privado cada vez que necesita dinero en efectivo.

—¿A quién se lo cobra?

—Bueno, tal vez a quienes no son lo suficientemente fuertes para oponerse. Tal vez a Agafia, nuestra mujer del té, o a Aniuta, la mujer de la limpieza. O tal vez les saque unos cuantos kopeks a alguno de los chicos de los recados.

—¿Has hablado con él al respecto?

—No sé si tu padre te contó que me opongo al enfrentamiento directo a lo que está mal. Al mal lo único que se le puede hacer es destaparlo, ponerlo en evidencia, y hacer que huya por medio de los buenos ejemplos.

Frank le dio las gracias, se dirigió a la imprenta, le estrechó la mano a todo el personal, y convocó una asamblea general para discutir la conducta del supervisor. Aquello implicaba reunir a los tres cajistas y a sus dos aprendices, a los prensistas, los correctores, los tres operarios, a los chicos que colocaban y retiraban el papel, los compaginadores, los plegadores, los repartidores, al tendero, al almacenista, quien también se encargaba de anotar las entradas en los libros de contabilidad y de controlar los envíos, a los entintadores, a los chicos de los recados, al portero, a Agafia y a su ayudante, Aniuta. Solo había un lugar que reuniera el suficiente espacio para poder dirigirse a todos al mismo tiempo: la nave en la que se almacenaba el papel y que era también donde se preparaba el té. Una vez congregados, los hombres se quejaron de que los muchachos, algunos de los cuales apenas acababan de cumplir los catorce años, no tenían la capacidad necesaria para juzgar la cuestión como era debido, así que los mandaron a casa, lo que hizo que quedara una buena cantidad de espacio libre. A todo esto, Korobiev no había llegado todavía. De hecho, no había estado allí en todo el día, porque al parecer se sentía mal.

—Bueno, pues empezaremos sin él —dijo Frank mientras se situaba junto al

mostrador del té—. Me dirijo a vosotros no como alguien ajeno a este lugar porque, como ya sabéis, nací y crecí en Moscú, pero sí como alguien ajeno a esta imprenta, que fue la última empresa que mi padre fundó antes de fallecer. —Algunos se santiguaron—. Es debido a su muerte por lo que he regresado. Creo que puedo decir que durante el tiempo que he vivido en Inglaterra y en Alemania he aprendido el negocio en profundidad. Así que esta noche tenemos que decidir qué es lo que se entiende por un trato justo en la Imprenta Reid.

Fue la reunión más breve a la que Frank había asistido en toda su vida. No parecía haber nadie en la sala que no deseara deshacerse del supervisor. Korobiev no quiso agotar el tiempo que le correspondía hasta la expiración de su contrato ni aceptó la invitación de Frank a explicarse. Lo único que pidió fue su pasaporte interno, que le permitía viajar a más de veinticinco kilómetros de distancia de su lugar de nacimiento, y que el patrón podía negarse a devolver si así lo estimaba conveniente.

Frank se lo devolvió, no obstante. Cuando Korobiev salió del edificio, los cajistas le ajustaron las cuentas dando golpecitos en las cajas con los componedores. El sonido de los golpes pareció ir animándose hasta convertirse en un frenesí metálico tan molesto que agujijoneaba los oídos. El estruendo se detuvo tan repentinamente como había empezado, y, desde el exterior, desde la parada del tranvía, empezó a oírse la voz de Korobiev, que gritaba:

—¡Escuchadme! ¡Que todo el mundo sepa lo que se le ha hecho a un padre de familia!

De repente Agafia, que llevaba la cabeza cubierta con un pañuelo blanco, cayó de rodillas ante Frank y le imploró que tuviera misericordia de Korobiev.

—No le hagas caso, Agafia. Te quitaba cuarenta y siete kopeks a la semana de tu salario.

—Me he puesto de rodillas ante usted, Frank Albertovich, señor.

—Sí, ya te veo.

—Ya le ha oído decir que es padre de familia.

—Sería una vergüenza que así fuera —dijo Frank—. Has de saber que no está casado.

Agafia, satisfecha con el efecto dramático que había conseguido, regresó a su puesto como lo haría un viejo centinela, a sus samovares y a su campaña sobre el asunto del té con el tendero, a pesar de que ahí no parecía probable que fueran a llegar a ningún acuerdo. Le habían llevado el té no en forma de hojas, sino en tabletas. Anotaban el té recibido bajo el epígrafe de Bienes Consumibles, pero Frank pensaba que igualmente podrían anotarlo como Productos de Mantenimiento. Dado que estaba prohibido fumar en la imprenta, todos los que trabajaban allí se veían impelidos a tomar té negro a todas horas. Y si por ellos fuera, no se conformarían con tomarlo durante sus horas de trabajo, sino que se pasarían el día entero bebiéndolo.

Desde esa mañana, Frank asumió el trabajo del supervisor, aunque también podía decirse que en la Reidka no había ningún supervisor en absoluto, solo un gerente que trabajaba bastante más horas que los demás. Aun así, ese cambio no habría sido posible sin el concurso de Tviordov.

Él era el único cajista al que contrataban año tras año por un jornal semanal. Los otros tres trabajaban por un tanto alzado. Tviordov tenía una cara ancha, plácida, y la parte posterior de su cabeza, cubierta con una maraña de cabello corto y canoso, ofrecía la misma impresión tranquilizadora que la parte delantera. En la Reidka el trabajo comenzaba a las siete, así que cada día, a las seis y cincuenta y nueve, él ya se encontraba en su puesto en la sala de composición. Tardaba exactamente un minuto en sacar la regleta, el punzón, el componedor y las galeras del armario cerrado con llave en que las solía guardar. Todo aquello era de su propiedad, y no se lo prestaba a nadie. Tviordov no se permitía a esas horas ni tomarse un mísero té. Se ponía un delantal blanco que colgaba de un gancho al lado de su chibalete, y un par de zapatillas que llevaba consigo en una bolsa de cuero. Luego se subía a su mesa de trabajo y ponía su reloj alemán de plata en la barra inferior de la caja alta, en un gancho que él mismo había construido, y donde encajaba perfectamente. El reloj tenía otra manecilla, un segundero. Tviordov no perdía el tiempo en ordenar los tipos de los cajetines con las treinta y cinco letras y los quince signos de puntuación, ya que siempre lo dejaba preparado la noche anterior, por lo que comenzaba de inmediato con su manuscrito. Memorizaba las primeras frases, llenaba su componedor, ajustaba los espacios y le echaba un vistazo al reloj para ver cuánto tiempo había tardado en hacer todo eso y para fijar sus tiempos del día. No se trataba de un propósito inamovible. Dependía de las condiciones meteorológicas, del manuscrito, de la cantidad de palabras extranjeras que contuviera, aunque jamás del propio Tviordov. Si en algún momento del día se daba cuenta de que había puesto su último espacio unos segundos antes de lo esperado, entonces se detenía, muy quieto y tranquilo, y luego, cuando el reloj marcaba el instante preciso, volvía a ajustar la regla. Cuando llevaba el componedor a la galera cogía las letras con tanta ligereza que parecían formar una única y sólida pieza de metal. No era nada fácil hacer eso, y los aprendices que lo intentaban por lo general se echaban a llorar. No obstante, no parecía haberse inventado un método más sencillo en los últimos cuatrocientos años para hacerlo. De esta manera, podía preparar mil quinientas letras con sus espacios en una hora.

A las nueve y cincuenta y siete, tras bajar a la cantina, Tviordov se tomaba una taza de té y luego iba al baño. Aquel era uno de los descansos que los sindicatos habían conseguido imponer como obligatorios durante el breve periodo en que los disturbios amedrentaron al gobierno y se les permitió negociar. Se decía que habían herido o golpeado a Tviordov cuando se echó a la calle. Muchos fueron alcanzados

por unas balas que no iban destinadas a ellos, pero en ese momento no había indicio alguno de que le hubieran herido realmente.

Después de tomarse su té, a las diez en punto, Tviordov almorzaba, y a las once volvía de nuevo a sus tipos, con la cabeza y el cuerpo entregados a lo que marcara el reloj. A las doce se iba a casa para comer, y por la tarde se mostraba menos silencioso, aunque solo un poco menos. Había algo indescriptiblemente relajante en su manera de actuar. No había nada mecánico en él. Solía, por ejemplo, hacer algunos cambios, aunque fueran mínimos, en la forma en que lavaba los tipos para limpiarlos, y luego, mientras todavía estaban lo suficientemente húmedos como para seguir pegados entre sí, en cómo ponía unos cuantos juntos en el componedor dejando que descansaran sobre el ancho dedo corazón de su mano izquierda. Nadie sabía por qué llevaba a cabo ese tipo de modificaciones en su manera de actuar. Tal vez aquello le divirtiera. ¿Pero qué divertía realmente a Tviordov? Las noches de los sábados, mientras Agafia se ocupaba de la lámpara de aceite que ponían ante el icono de la sala de composición, él se encargaba de darle cuerda al reloj de la oficina. De camino a casa, solo los sábados, se detenía cinco minutos exactos en el Bar de Markel para echar un trago de vodka. El lunes por la mañana llegaba treinta segundos antes de lo habitual para limpiar el cristal del reloj que ya se quedaba así toda la semana. No confiaba en nadie más para llevar a cabo esa tarea.

Todo el mundo estaba al tanto de la opinión de Tviordov acerca de lo que ocurría en la sala de máquinas. Creía que la linotipia no era digna de un hombre serio como él, que calculaba con todo cuidado cómo administrar su tiempo. Solo servía para los trabajos chapuceros que corrían mucha prisa. Había que recomponer toda la línea para corregir cualquier error y, por tanto, tenían instrucciones de no hacerlo. Además, el metal utilizado era de una aleación miserablemente blanda. Después de algunas consideraciones, había llegado a tolerar la monotipia. La máquina era pequeña y curiosa, y las letras danzaban, independientes las unas de las otras, y como con vida propia, al salir del metal caliente. No eran tan resistentes como las del verdadero tipo original, pero con ellas podían hacer un buen número de impresiones, y podían emplearse para las correcciones en la sala de los cajistas. Nadie sabía si Tviordov había sido consultado o no al respecto, pero lo cierto era que en la Reidka se empleaba la monotipia, y la linotipia no.

El hecho de que todo el mundo supiera que Tviordov trabajaba allí había logrado, seguramente, que llegaran más pedidos a la Reidka. Había un montón de pequeños encargos que seguían demandando la composición manual. En la Reidka se imprimían etiquetas para paquetes; catálogos de los subastadores; octavillas con las recompensas que se ofrecían por cualquier información que condujese a la detención de ladrones y asesinos; tarjetas para los comerciantes; tarjetas para los clubs; facturas con membrete; etiquetas para las botellas; certificados médicos; papel de cartas de

buena calidad; programas de conciertos; entradas; hojas de asistencia; tarjetas de visita; avisos de deudas; carteles (si se querían a tres colores, eran un treinta y tres por ciento más caros)... Frank también aceptaba folletos, algunas revistas y libros escolares, pero nunca periódicos ni menos aún libros de poesía. Solo hizo una excepción con los poemas de Selwyn, titulados *Los pensamientos del abedul*, y que pronto estarían listos para entrar en imprenta. ¿Qué mejor sitio que la Reidka para hacerlos? *Los pensamientos del abedul* estaban aún en manos del censor y, dado que toda poesía, por su propia naturaleza, era sospechosa, alguien estaría leyendo los poemas de Selwyn en ese instante con más atención de la que nadie volvería a dedicarles jamás. En cualquier caso, Frank no esperaba recibir pedidos de impresión por parte de revolucionarios ni de presos políticos, ya que ellos mismos parecían capaces de producir a su antojo todos los manifiestos prohibidos que animaban el flujo sanguíneo de la ciudad, así como concitar todas las amenazas del mundo. Frank se preguntaba, e incluso a veces trataba de calcular, cuántas imprentas habría ocultas en buhardillas y sótanos de estudiantes, en establos, en baños públicos y en urinarios de patios traseros, en gallineros, en casetas de pequeños huertos, bajo montones de patatas... Pequeñas prensas manuales, seguramente Albión, que imprimían por una sola cara y que se esfumaban como por arte de magia al menor indicio de peligro, para aparecer en otro lugar sin que nadie supiera cómo. Se imaginaba a los disidentes, en los ciento cuarenta días anuales de heladas que había en Moscú, calentando la tinta para poder tirar una amenaza más. Y es que la tinta de imprenta se congela con mucha facilidad.

Cuando creyó que ya se había hecho con la dinámica interna de la Reidka, Frank convocó a los comerciantes y empleados de las otras tiendas y oficinas de la calle Seraphim. Había un Reglamento que imponía el pago de impuestos a las nuevas empresas en función de la cantidad de inconvenientes que pudieran causarles a los vecinos. Para evitarlo, Frank sugirió que podría contribuir al bienestar general mediante el pago del salario de un vigilante nocturno que patrullara la calle hasta el mismo punto en que esta se unía a la Vavarkaia. Había un cuarto sobre el Bar de Markel en el que el vigilante podría dormir durante el día.

—Pero Frank, eso parece un soborno —apuntó Selwyn.

—Anota ese salario bajo el epígrafe de gastos indirectos —le contestó Frank.

6

Por tanto, Dolly tenía ocho años en 1911, y vestía un traje marinero con falda plisada, ribeteada con una cinta blanca. Ben había cumplido los siete y también llevaba un traje marinero, pero esta vez con botas abotonadas. Los dos tenían unos sombreros de marinero que les habían confeccionado en la Muirka, y en los que se leía el nombre de un barco británico, el *HMS Tiger*. Dolly estaba a punto de entrar en el liceo. Era casi una colegiala ya, pero no le importaba crecer porque sabía que el destino le tenía reservado algún tipo de grandeza especial. Hacia el otoño nació Annushka. Atendió a Nellie en el parto la comadrona, la *babka*. El doctor Weiss, que hacía ya mucho tiempo que había regresado a Moscú, llegó más tarde, muy competente, apestando a ácido fénico y con ganas de hablar con Frank acerca de sus inversiones. Cuando se hubo ido, la *babka* esparció un poco de agua bendita sobre Nellie y el bebé, y trajo el té, elaborado con hojas de frambuesa. Ya le había dicho a Frank que comprara una pequeña cruz de oro y una cadena, y se las puso en el cuello a Annushka para que las llevara toda su vida. Dolly y Ben, que no temían cruces de oro, pidieron una también.

—¿Se las compro? —le preguntó preocupado a Nellie. Ella era una mujer y debía encargarse de ese tipo de temas peliagudos. Ella le respondió que sería lo mejor si no quería que se pasaran el día dándole la lata, lo que a él le pareció que no se ajustaba a la realidad. Dolly nunca le insistía en nada. Solía pedirle las cosas una sola vez y bastaba.

Charlie escribía con regularidad, más a Frank que a Nellie, que tenía tendencia a no responder. Le daba un buen número de detalles sobre su salud, sobre el funeral del rey Eduardo VII, y sobre los conciertos mensuales de la Sociedad Coral, de los que adjuntaba los programas. Cuando nació Annushka escribió largo y tendido, y les incluyó como regalo un billete de cinco libras. Su carta decía:

Me comentas que la situación es incierta en Rusia y que crees que deberías prepararte para levantar el campamento en cualquier momento si lo ves necesario, pero que no puedes quejarte, y, bueno, Frank, yo diría que en este momento tu situación económica está mucho más saneada que la mía. Aquí el invierno sigue siendo muy crudo, anoche cayó una tremenda helada, y son varios los que me han dicho que en sus casas se habían congelado hasta los orinales. Me da que hace mucho tiempo que algo así no sucede en el sur de Inglaterra, así que mejora eso, amigo, a ver si puedes. Luego está el aspecto político. Deduzco por tus palabras que cuentas con un grupo aceptable de trabajadores en la imprenta y con un capataz serio, mientras que en Inglaterra no tenemos más que problemas y conflictos, a los que se les da

el nombre de «agitación popular». Ahora tenemos ochocientos mineros en huelga, y te agradecería que me dijeras cómo va a salir adelante la vieja Inglaterra sin carbón, y cómo vamos a sacar el carbón de la tierra sin los mineros, y no sería yo el único que te agradecería que nos dijeras cómo vamos a hacer eso. También los ferroviarios han parado de nuevo, y esta vez han puesto las tropas en estado de alerta, todo muy distinto a lo que ocurría hace veinte años. Tú me preguntarás: ¿no se quejan con razón? Bueno, a ver qué me dices a esto: los impresores también están en huelga, y no solo van a parar en su quehacer diario, sino que además van a lanzar su propio folleto, al que han subido de categoría llamándolo periódico. Sí. Con mi segunda taza de té, en lugar del Daily Mail quizá tenga que leerme ese folleto revolucionario, pues eso es para mí: un folleto revolucionario. Cuando todo esto comenzó, The Times dijo que «el público debía prepararse para un conflicto entre el trabajo y el capital, o entre empleadores y empleados, "de unas dimensiones nunca vistas antes"», aunque tal vez dijera «de tales dimensiones». No sé. No tengo delante las palabras exactas.

Nellie decía que era más que suficiente con que uno de la casa se leyera las cartas de Charlie, habida cuenta de lo confusas que eran.

—También era así como hablaba. No me digas que te has olvidado de eso.

—Supongo que tiene demasiado tiempo libre desde que murió la pobre Grace —dijo Frank—. Sus cartas ahora parecen más largas. Bueno, nos manda todo su cariño.

—No le conocemos —dijo Dolly—. No conocemos a nuestro tío.

—Le enviaré una nota en nombre de todos vosotros.

—Te puedo prestar mi Blackbird, si quieres —dijo Ben. Era su pluma nueva, y le tenía muy preocupado. Se suponía que no debía gotear, pero los escritores y los colegiales sabían por experiencia de qué iba la cosa. Ben quena librarse de la responsabilidad de la Blackbird sin perder por ello la dignidad.

Frank también le había dejado claro a Selwyn que lo mismo tenía que vender la Reidka en cualquier momento y regresar con su familia a Inglaterra. Entre los miembros de la comunidad británica no existía una opinión unánime. El cónsul, que solo estaba en la categoría 3, tampoco tenía una opinión formada. Frank pensaba que había un cincuenta por ciento de posibilidades de que tuviera que salir de Rusia y otro cincuenta por ciento de que no, pero quería saber qué sería entonces de Selwyn, y él le respondió que se consideraba un eterno forastero y un peregrino, y que debía estar siempre preparado para proseguir su viaje. Había oído decir que había colonias tolstoianas diseminadas por toda Europa. Una de ellas, por ejemplo, estaba en Godalming.

—En esos sitios tienes que saber hacer algo, claro está, pero eso es todo lo que se

te exige.

El podía aportar sus conocimientos de contabilidad de gestión, pensó Frank, y también sabía de poesía, de música, de consejos espirituales, de cómo se fabricaba el calzado... Sabía que el verano anterior Selwyn se había hecho sus propios zapatos con corteza de abedul antes de echarse a los caminos. Le habían durado casi lo mismo que el viaje. Al regresar, pasó por el mercado Sujareva, al norte de Moscú, y se compró un par de botas de cuero, y con ellas volvió a la Reidka.

Mucho antes de su muerte, acaecida el año anterior, Tolstói ya había dejado de estar de moda entre los intelectuales rusos, algo que no había sucedido con sus discípulos extranjeros, ni mucho menos con Selwyn. Frank no estaba muy seguro de qué había pensado Tolstói de Selwyn cuando le conoció. Le había recibido en su casa de Moscú, en la calle Dolgo Jamovnicheski, aunque Frank tenía entendido que se habían conocido previamente en el manicomio Korsakov, que era privado y lindaba con su propiedad. Tolstói había prohibido que se hiciera cualquier tipo de reparación en la cerca para que los pacientes pudieran meter las manos por los agujeros y coger flores cuando les viniera en gana. En Korsakov se celebraban conciertos con regularidad, organizados por las innumerables instituciones benéficas de Moscú. Selwyn tenía una brillante voz de tenor o, al menos, una voz de tenor aceptable, que era lo que pasaba por ser una voz brillante en Rusia, tierra de bajos, y, dado que no se conocía ocasión alguna en que hubiera dicho que no cuando de lo que se trataba era de hacer un favor, una noche ofreció un recital. Frank no tenía ni idea de qué había cantado, pero algunos pacientes de la residencia se pusieron muy nerviosos y otros se quedaron dormidos. Selwyn, que contaba aquella historia sin atisbo de vanidad o de resentimiento, siguió cantando, pero al finalizar, como no hubo aplausos, aprovechó la ocasión para pedirle disculpas a Tolstói, que estaba sentado en una de las últimas filas. En ese momento Tolstói no respondió, pero a los pocos días dijo: «Me parece que lo ha hecho usted muy bien. La sensación generalizada en un concierto de ese tipo es el aburrimiento. Así que para esos infelices debió de ser todo un lujo poder tener también ellos una sensación generalizada».

—¿Volverás a cantar para los locos? —le preguntó Frank.

—Por supuesto, si es que el doctor Korsakov me invita. El piensa que no conviene repetir muy frecuentemente ese tipo de experiencias.

Frank no negaba la grandeza de Lev Nikoláievich, pero había puesto todas sus esperanzas para el futuro inmediato de Rusia en el primer ministro, Piotr Stolypin. Había algo en la pulcritud de Stolypin, en su tranquilidad y corrección, en su capacidad para mantener la cabeza fría, en su negativa a dejarse influir lo más mínimo por Rasputín cuando este trató de hipnotizarlo, en su decisión de aceptar el cargo de primer ministro a pesar de los muchos enemigos que intentaron que dejara la política haciendo explotar una bomba en su casa y dejando lisiada a su hija pequeña,

que perdió los dos pies... Algo de todo esto le indicaba que tal vez Stolypin, en palabras de Nellie, no se dejara ganar la batalla. Stolypin pidió diez años de poder. Se lo jugaba todo en la siguiente década. Ofreció préstamos estatales a ciento setenta y nueve millones de campesinos rusos para que pudieran comprar sus propias tierras, con la idea —siempre y cuando le dieran esos diez años, repetía— de evitar una revolución. Sin embargo, como parte de sus obligaciones oficiales, Stolypin debía acompañar al zar a una función de gala en la Opera de Kiev. Había caído en desgracia con la familia imperial, y por tanto no fue invitado al palco real. Tuvo que sentarse en el patio de butacas y, cuando en el descanso se puso de pie, fue un blanco perfecto para un terrorista que estaba en la sala, contratado —con muy poco acierto— como guardia de seguridad por la policía. Los disparos le alcanzaron los pulmones y el hígado, y Stolypin murió cuatro días después.

Se abrió un fondo conmemorativo, pero los extranjeros que vivían en Rusia no podían hacer aportaciones de ningún tipo. A Frank le apenaba esa restricción.

—Pero ¿tu dirías que fue un hombre justo? —le preguntó Selwyn con preocupación.

—No, en absoluto. Celebró elecciones y estableció qué miembros debían integrar la Duma, pero, para empezar, la Duma no nació para funcionar. No obstante, jamás buscó el beneficio personal, y vio que existía una manera de que el país sobreviviera sin una revolución.

—Un hombre valiente...

Desde luego. De lo contrario no se habría puesto de pie en el teatro.

Stolypin había pedido diez años, y apenas le habían dado cinco. En septiembre de 1911 yacía en un ataúd abierto en la capilla ardiente de Petersburgo, justo en el momento en que Nellie se sentía lo suficientemente recuperada después del nacimiento de Annie como para levantarse y salir a la calle. Se apoyaba con fuerza en el brazo de Frank, y recorrían distancias muy cortas.

—¿Qué se siente al ser madre por tercera vez? —preguntó Frank, incapaz de disimular su amor y su orgullo por el nuevo bebé.

—Que a partir de ahora, y por mucho tiempo, no voy a tener un solo segundo libre —dijo Nellie—. Aunque, la verdad, ya no tenía un solo segundo libre cuando solo estaba Dolly.

—Creía que Dunyasha te ayudaba... Se supone que eso es lo único que tiene que hacer, ayudarte.

—¡Esa Dunyasha! —exclamó Nellie.

Tomaron un taxi hasta un café situado a las afueras de los jardines de Alexander. No hacía nada de viento, y las escasas hojas de los tilos colgaban inmóviles bajo un cielo blanco y resplandeciente que se teñía de rosa en el horizonte, donde la presencia del vaho anticipaba una helada. Los camareros que atendían las mesas del exterior

llevaban puestos los abrigos por encima de sus largos delantales. Era el primer aguijonazo del otoño. En dos semanas rodearían de paja las estatuas de los jardines para protegerlas del frío, cerrarían todas las puertas y precintarían herméticamente todas las ventanas, hasta que el invierno se acabase y llegara la primavera.

Esos arrebatos de Nellie... Aunque, en realidad, Frank solo recordaba uno en especial, el que le dio en su dormitorio de Longfellow Road aquella calurosa tarde en que soplabla la brisa justa. Frank bajó la persiana y la borla que había en el extremo del cordón comenzó a dar pequeños golpecitos contra la ventana. Luego ella le explicó lo que sentía. ¿Había llegado a la conclusión, en los dos años transcurridos desde que nació Annushka, de que ya no tenía por qué dar explicaciones de nada a nadie?

Al principio le pareció que Nellie regresaría en cualquier momento, así que telegrafió a todas las estaciones de ferrocarril que había entre Mozhaisk y Berlín. Después telegrafió a Charlie, y repitió el telegrama cada seis horas. Tres días después Charlie le telegrafió a él: *Nellie no aquí, pero a salvo y bien*. Luego, como si se ofreciera como un digno sustituto, añadía: *Yo mismo iré a Moscú en breve*. Tras el desconcierto de la pérdida, que pronto se fue transformando en monotonía, resultaba importante contar con un punto fijo al que asirse cuando las cosas cambiaban, por sí solas o gracias a la intervención de alguien que hacía que cambiaran. Aunque solo se tratara de la llegada de Charlie. Eso no significaba que esperara su llegada, pero sí que Frank iba a tener que tomar medidas y dar instrucciones, dos formas como cualquier otra de ordenar el tiempo.

¿Cómo podía Nellie estar a salvo y bien sin ellos, sin los cuatro? Le escribía todas las mañanas antes de la primera recogida del correo.

—Si quieres sobres y un buen papel de cartas, están en el cajón de la derecha de mi escritorio —le dijo a Dolly.

—Ya lo sé.

—Está cerrado, pero solo tienes que decírmelo.

—Lo sé.

—En caso de que quieras escribir a madre.

—¿Quieres decir para que le pregunte por qué se marchó? ¿O quieres que le pregunte cuándo va a volver?

—No hace falta que le preguntes ninguna de las dos cosas.

—No voy a necesitar papel —dijo Dolly— porque no creo que deba escribirle. Además, solo sé escribir correctamente en ruso.

—¿Por qué no, Dolly? ¿No creerás que se ha comportado mal?

—No se si lo ha hecho o no. Para empezar, creo que el primer error que cometió fue el de casarse contigo.

—¿Es eso lo que le vas a poner en tu carta?

—Ya te he dicho que creo que será mejor que no le escriba ninguna carta.

Resultaba evidente que tenía que hacer algo con respecto al cuidado de los niños. Al menos durante unos días. O tal vez durante un par de semanas. A Annushka se la habían llevado y, gracias a que ella cooperaba, quedó a cargo de la cocinera y de la ayudante de la cocinera, que la cuidaban apasionadamente. Pero necesitaba ayuda con Ben, y sobre todo con Dolly. Con la idea de evitar el mayor tiempo posible la intervención de la capellanía y de la comunidad inglesa, Frank pensó en los Kuriatin. Su casa estaba siempre abierta para él.

Arkadi Kuriatin era un comerciante de segundo rango. Las cuotas que pagaba no eran lo suficientemente elevadas como para permitirle exportar sus productos, así que solo los comercializaba en los territorios del imperio ruso. Se dedicaba a la madera, a la pasta de papel y al papel en sí, y Frank había hecho negocios con él durante una época. Arkadi tenía hijos, pero Frank no sabría decir cuántos exactamente, porque siempre había niños nuevos entrando y saliendo de su casa. Niños que podían ser sobrinos y sobrinas, o tal vez niños abandonados, o incluso simples rehenes de la familia. Su esposa, Matriona Osipovna, siempre estaba en casa. Frank le había oído decir: «¿Qué hay fuera que no tengamos dentro?». Nellie tuvo que reconocer que la señora Kuriatin era una mujer bondadosa, pero lo cierto es que no la soportaba. Recordaba cierta ocasión en que le había recomendado que se asegurara de que Dolly y Annushka se enjuagaban los ojos con su propia orina para que sus miradas se mantuvieran siempre luminosas.

Kuriatin no tenía teléfono. Como la mayoría de los comerciantes de segundo rango, se encargaba de hacer ver que en su casa se mantenían las viejas costumbres, lo que, además de una distinción, constituía también un consuelo. De vez en cuando se permitía disfrutar de los últimos avances, así que tenía un automóvil: un Wolseley de seis cilindros y cincuenta caballos, del que se sentía muy orgulloso ya que en Moscú por entonces había solo mil quinientos coches. Pero no tenía luz eléctrica en su casa, y tampoco se le podía llamar por teléfono.

Afortunadamente, eligió para vivir una calle modesta —aunque la casa era grande— que no quedaba lejos de la imprenta, y Frank pudo pasar por allí a media mañana. Llamó a la puerta exterior, a pesar de ser perfectamente consciente de que, a menos que se tratara de una ocasión especial y los Kuriatin fueran a dar una comida, no habría nadie en las habitaciones delanteras. Esperó y, tal como suponía, un sirviente de aspecto feroz y ataviado apenas con una camisola campesina apareció a un lado de la casa, con el aspecto de un carcelero al que hubieran pagado para ahuyentar a los que vinieran pidiendo para la beneficencia. No podía fingir que no reconocía a Frank, pero le gritó, como si se estuviera dirigiendo a alguien sordo, que el señor había salido.

—Entonces veré a la señora Kuriatin —dijo Frank.

Según se entraba, a la derecha, había un gran salón con las contraventanas

cerradas, los candelabros cubiertos con telas, los muebles ocultos como cadáveres bajo sudarios de algodón blanco, y todo el suelo protegido bajo montones de hojas extendidas del *Correo Comercial*. La puerta de la izquierda estaba cerrada, pero Frank sabía que era allí donde estaba el comedor. Cuando Kuriatin oficiaba de anfitrión, la plata y las copas de importación tintineaban y chocaban entre sí, y los indómitos criados debían quitarse las camisolas y las botas de fieltro para ponerse unas chaquetas negras, unos zapatos y unos guantes blancos y de esa guisa servir la comida. Sabía perfectamente que los miembros de la pequeña nobleza que aceptaban la hospitalidad de los Kuriatin jamás les invitarían a ellos a sus casas, pero Kuriatin parecía saborear semejante descortesía con una sonrisa. En cuanto se marchaban los invitados, todos los miembros de la familia, niños, criados, personas a su cargo y demás parientes solían retirarse a la parte posterior de la casa y allí se hacinaban en un par de habitaciones ahumadas y de techos bajos.

La señora Kuriatin, que estaba tendida en una otomana raída, tiró su cigarrillo y se levantó con mucho esfuerzo para caminar a su encuentro.

—Ah, Frank Albertovich, si hubieras venido anoche no habría podido recibirte. Me sentía tan mal...

—Entonces debemos alegrarnos de que no sucediera tal cosa, Matriona Osipovna.

Varios niños, pertenecientes al clan Kuriatin, pululaban por la habitación. Todos ellos estaban ya crecidos, aunque lo habían hecho más a lo ancho que a lo alto, como si se hubieran adaptado a la forma de la habitación en que pasaban tanto tiempo. También había dos mujeres muy mayores, que asentían apaciguadoras, y que serían parientes pobres. Conocía a una de ellas: era la esposa de uno de los socios de Kuriatin o, más bien, uno de sus cómplices en el negocio maderero; a la otra, que llevaba ropajes de seda negra, no la conocía de nada.

—¡Esta es mi hermana, Varia! —exclamó la señora Kuriatin—. Su marido no puede estar ya con ella, lástima. Murió hace poco.

Frank tomó la mano de la hermana. Le resultaba difícil controlar la sensación de que se había introducido en una especie de harén. El aire estaba muy cargado con el olor que despedían la lámpara de aceite y los cigarrillos procedentes de los cultivos de tabaco del Mar Negro, en que trabajaban los griegos. La señora Kuriatin cambió su frase de bienvenida:

—Si hubieras venido anoche, no me habrías visto, y no habría podido ayudarte a resolver tu problema.

Frank recorrió con la mirada la habitación, atestada de familiares.

—Estás entre amigos, Frank Albertovich. Mi hermana y yo somos como una sola persona. Los demás dicen que si Vera resbala, es Varia la que se cae.

—Bueno, no creo que haya ningún problema del que hablar —dijo Frank—. Es solo que, como amigo, te pido que hagas algo en nombre de nuestra amistad.

La señora Kuriatin estaba más que dispuesta a ayudarlo. El le explicó que no quería que Ben y Dolly («¡Ese ángel!», exclamó para su sorpresa la señora Kuriatin) se quedaran solos en casa después de venir de la escuela, y quería saber si podían quedarse en casa de los Kuriatin, esperaba que durante unos pocos días solamente. Él podía pasar por allí y llevárselos en cuanto cerrara la imprenta, a las cinco.

La señora Kuriatin y su hermana, ambas a un tiempo, negaron con la cabeza cuando Frank mencionó que serían solamente unos pocos días. Por pura ternura, deseaban que cualquier tipo de situación difícil se prolongara el mayor tiempo posible. Así que debían enviar un mensajero de inmediato a la escuela de Dolly y a la de Ben, para que los trajeran allí esa misma tarde. Mitia (el mayor de la señora Kuriatin, del que hablaba como si todo el mundo tuviera que estar al tanto de cada uno de sus actos, como si se tratara de un príncipe heredero) llegaría pronto a casa, ya que le habían mandado un regalo especial por el martes de Carnaval. En cuanto a los demás, dijo mientras miraba a su alrededor como si dudara de su titularidad, sí, todos, o casi todos, estarían allí para darles la bienvenida a Dolly y a Ben.

Frank se lo agradeció muy sinceramente, y le preguntó por pura cortesía en qué consistía ese regalo tan especial de Mitia. Ella le dijo que se trataba de un cachorro de oso domesticado (aunque lo mismo no estaba domesticado) que le habían mandado del norte. Los precios de las pieles de oso pardo para mantas y abrigos habían bajado muchísimo desde que instalaran una buena calefacción en el Transiberiano, pero uno de los contactos comerciales de Arkadi había matado a la madre de este animalito por pura diversión, de un disparo, y había dispuesto, generoso como era, que prepararan al cachorro y lo metieran en un tren con dirección a Moscú. Sabían que el cachorro había llegado con vida porque así se lo habían notificado desde la estación de Yaroslavl. Y ahora, claro está, debían ir a recogerlo. Las palabras, pronunciadas a dúo por la señora Kuriatin y su hermana, hicieron que Frank se sintiera hasta cierto punto incómodo.

Cuando era niño, solían invitarles a celebrar el Año Nuevo en algún lugar de Moscú, o tal vez en el campo, y en esas ocasiones siempre solía haber un oso amaestrado para entretenerles. Las discusiones con el encargado de la puerta y con la cocinera eran frecuentes, porque había que meter al animal por la cocina. Solía llevar un collar y, a pesar de las brillantes luces, el oso siempre parecía somnoliento. Al principio oscilaba un poco levantando un pie primero, luego el otro, como si le doliera dejarlos plantados en el suelo, y, después de que le dieran un montón de órdenes, iniciaba lo que al parecer era la imitación de una danza cosaca. Luego se movía como un viejo campesino que cargara un pesado fardo que se le caía al suelo, y más tarde, cuando lo sacaban de la sala, como si fuera una institutriz inglesa tímida y coqueta que miraba por encima del hombro a los varones que lo rodeaban. La piel de debajo del collar estaba muy deteriorada, seguramente por haber tenido que repetir

aquella comedia en demasiadas ocasiones. A veces le ofrecían una naranja como recompensa, pero, como de broma, el cuidador le quitaba la naranja en el último momento para que todos pudieran reírse de su contrariedad.

A Frank nunca le había divertido contemplar al oso bailarín, y, por lo que podía ver, no era el único al que no le divertía tal atracción. No obstante, en este caso se trataba de un cachorro. Cuando volvió a la Reidka, le dijo a Selwyn lo que había dispuesto, en parte para sentir el alivio que implicaba repetir todo aquello en voz alta. Al menos, pensó, no podrá pretender que nada de esto tenga algo que ver con Tolstói. Pero resultó que, durante su última fiesta de Año Nuevo, Lev Nikoláievich había interpretado el papel de oso, poniéndose encima una piel forrada de tela. Según Selwyn, esto le permitió darle un giro más espiritual a toda la situación.

Cuando llegó a la casa de los Kuriatin, el cachorro de oso se reveló decepcionantemente pequeño. La cabeza parecía demasiado voluminosa para el cuerpo, así que era como si le aplastara el cuello. Le sobraba piel por todos lados, y daba la impresión de que el animal no había crecido lo suficiente para poder llenarla. El pelaje denso, de un oscuro color dorado con tonos rojizos, le crecía por todos lados, excepto por la columna, que quedaba perfectamente marcada, y por las patas traseras y las zarpas, que eran como guantes. Las garras que le sobresalían parecían de metal por lo que, en sí mismo, el osezno constituía un peligroso juguete. Tanto las patas delanteras como las traseras estaban curvadas hacia adentro. El efecto general era confuso y poco elegante, y resultaba evidente que aún necesitaba que alguien lo protegiera. Plantar las cuatro patas en el suelo en línea recta requería para él una buena dosis de reflexión, y no siempre culminaba la tarea con éxito. Cuando Mitia Kuriatin le dio con un taco de billar, el oso volvió su cabeza con forma de torpedo a un lado y a otro, y luego se cayó.

—¿Es eso todo lo que sabe hacer? —le preguntó su hermana Masha—. Dijiste que bailarías...

Mitia, humillado ante los invitados ingleses, a quienes había querido impresionar, por haber recibido un animal cuando, a los trece años, habría preferido algo mecánico, gritó:

—Pues bien, ¡que haya música!

Masha se dirigió a la pianola que Kuriatin les había comprado en Berlín con la idea de ahorrarse las clases de piano. Hasta entonces habían mostrado muy poco interés por el instrumento, lo que tal vez constituía una bendición, pero al menos sabían cómo ponerlo en marcha y cómo detenerlo. Lo que no sabían era cómo cambiar los rollos de música. Así que ahora, cuando Masha le dio al interruptor, el idiota del aparato comenzó por la mitad de una pieza. Masha se echó por encima del taburete con brocado que estaba delante del piano, y pulsó la tecla que hacía que el volumen subiera. El oso huyó entonces al rincón más alejado de la habitación. Fue arrastrándose de un lado a otro por todos los rincones, y cada vez que se movía arañaba las tablas del suelo que había bajo las alfombras.

—No va a bailar, no va a hacer nada. Es imbécil.

Probaron a ver qué hacía si le echaban agua fría por encima. El oso estornudó y se sacudió, y luego trató de lamer las brillantes gotas que le habían quedado sobre el pelaje.

—Tiene sed —dijo Dolly con frialdad. Después de mirarlo un rato, ella y Ben se escondieron juntos detrás de una de las cortinas.

—¿Qué es lo que decís vosotros dos? —les gritó Mitia.

—Lo que decimos es que deberíais darle de beber.

Sí, es una criatura de Dios —dijo la traicionera Masha.

Mitia salió torpemente de la habitación, y regresó con una botella de vodka y un plato azul claro de porcelana, que tenía un borde dorado.

—¿De dónde has sacado eso? —le preguntó Dolly.

Del comedor. Está todo puesto para recibir a alguien.

—¿Y te dejan entrar ahí? —dijo Ben.

—Mi padre está en Riga. ¡Ahora yo soy el amo de la casa!

El rostro de Mütia se había puesto rojo a causa de algún tipo de irracional entusiasmo. Vertió el vodka en el platillo y, derramando un poco, lo llevó al alejado rincón en que se había instalado el oso. Este, por primera vez, abrió la boca y sacó su larga y oscura lengua. Incluyó un poco la cabeza y lamió el plato hasta dejarlo vacío. Mitia echó más y el pequeño animal, con la cabeza girada en esta ocasión hacia el otro lado, volvió a beber.

—¡Ahora baila! —gritó Mitia.

El oso se alzó sobre sus patas traseras y, de repente, era tan alto como Mitia, que dio unos pasos atrás. Después de perder el precario equilibrio en que se mantenía, extendió las patas como si fueran pequeñas manos y empezó a dar tumbos sobre la alfombra, donde sus garras encontraban un mejor agarre. Un chorro de orina comenzó a rociar el estampado rojo y azul. Por alguna razón, una de sus orejas se le había dado la vuelta, y ahora dejaba ver la parte de piel más pálida. Dio varias vueltas sobre sí mismo mientras la mancha oscura se iba extendiendo más y más, y luego se escapó furtivamente y a gran velocidad por la puerta. Todos los niños se echaron a reír, incluidos Dasha y Ben. Todos se reían, pero a la vez se sentían indignados. La risa se apoderó de ellos, hizo que se doblaran sobre sí mismos y que brotaran lágrimas de sus ojos.

—Se ha ido al comedor...

Luego se callaron, y solo Mitia continuó riéndose de manera exagerada. Salieron y avanzaron hacia la parte delantera de la casa, agarrándose los unos a los otros mientras oían como algo se rompía, algo se desgarraba, y luego un enorme estrépito, similar al que se produce con el desprendimiento del hielo tras los primeros calores de la primavera. Todo ello producido por el oso, que avanzaba pesadamente de un extremo al otro de la mesa, causando verdaderos estragos con los vasos y la plata. Su reflejo en los grandes espejos situados en todas las paredes de la sala le mostraba arrastrando las botellas de vodka que había preparadas para los comensales, derribándolas como si fueran bolos y lamiendo desesperadamente lo que se derramaba de ellas. La puerta de servicio se abrió de repente y el portero, Serguéi, entró, se santiguó y, sin dudarle un instante, cogió una pala, abrió las puertas de la estufa de porcelana blanca, y sacó un montón de carbón al rojo vivo para arrojárselo

directamente al oso. Del mantel, empapado en alcohol, surgió una llamarada. El oso chilló, con unos alaridos que eran como los de un niño humano. Todavía ardiendo, trató de protegerse la cara con las patas delanteras. Mitia seguía doblado de la risa cuando, procedente del pasillo, se oyó el rugido de Kuriatin, que le había prometido a su esposa que llegaría a casa temprano, y que se sentía exultante por ello.

—¡Demonios! ¿Es que acaso tengo que pedir permiso para entrar en mi propia casa? —Estaba junto a la puerta del comedor—. ¿Por qué está ardiendo ese oso? Que alguien acabe con su sufrimiento, maldita sea... ¡Le voy a volar los sesos, y de paso también os los voy a volar a todos vosotros!

Mientras Frank sacaba en silencio a Dolly y a Ben de la habitación, pensó que le gustaría saber qué había estado haciendo la señora Kuriatin durante todo ese tiempo, y por qué Serguéi, el muy idiota, no le había echado agua al pobre animal en vez de cenizas al rojo vivo. Aunque esa era la única pregunta que hasta los niños podrían responder por él. Serguéi sabía que a los osos les encanta el agua. El agua, por mucha que fuese, nunca habría detenido a un oso.

Nos dijiste que podríamos ir allí todos los días después de la escuela —dijo Ben—, con tal de que nos portáramos bien.

—Pues ya no pienso lo mismo.

—¿Qué les vas a decir?

Mañana iré a la oficina de Arkadi Kuriatin y me ofreceré a pagarle algunos de los destrozos. Pero sin pasarme.

—¿Le preguntarás qué le ha ocurrido al oso? —preguntó Dolly.

—No.

—Su cara estaba ardiendo.

—No le preguntaré nada.

Una vez en la contaduría de Kuriatin, situada casi al lado de su casa, como si quisiera velar por ambas a la vez, y que mantenía un aspecto absurdamente tradicional, Frank volvió a escuchar una vez más, esta vez en la voz de un secretario, que el señor había salido.

—No le he visto en todo el día, Frank Albertovich.

Sus empleados seguían utilizando pluma y tinta para escribir. Tenían asignado un número fijo de plumines a la semana. Los cálculos los hacían con un ábaco, cuyas cuentas blancas y negras se movían a gran velocidad haciendo que el aire se llenara de un rumor seco. De vez en cuando se detenían en silencio, y luego comenzaban con su veloz sonidito de nuevo.

—Bueno, tengo que decirle algo, pero no tardaré mucho.

—¿Y si me preguntan que por qué le he dejado entrar, qué digo? —le preguntó el secretario.

—Puede decir lo mismo: que no me ha visto en todo el día.

Tiempo atrás, Frank descubrió que el suelo de la sala de máquinas de la Reidka necesitaba un refuerzo, y se acordó que

Kuriatin le entregara la madera necesaria para construir unas vigas nuevas. Cuatro días antes de la fecha fijada para la entrega de la mercancía, Kuriatin le envió un mensaje en el que le decía que estaba enfermo y que le era imposible tratar de negocios en esas circunstancias. Dos días más tarde, se mostró muy sorprendido de que Frank no supiera que hacía tiempo que había dejado de vender madera, porque ningún hombre honrado obtenía buenos réditos de esa actividad. Al día siguiente le llegó el rumor de que se había marchado de peregrinación. Una semana después estaba ya de vuelta, pero ante la nueva petición de Frank le mandó decir que no podía verle entonces, ni tal vez nunca más, debido a ciertos malentendidos que había tenido con su padre. En cuanto a la madera, le anunció que estaba guardada en uno de sus almacenes. Esa misma noche, se encontró con Frank por casualidad en la sala de vapor de los baños armenios, y Kuriatin, borracho como una cuba, se abrazó a él llorando y pidiéndole perdón por no haber podido entregarle el pedido a tiempo. A la mañana siguiente le explicó, con modales bastante bruscos, que podría haber hecho la entrega hacía tiempo si hubiera pagado el correspondiente impuesto al Ministerio de Comercio e Industria, y, por supuesto, si hubiera dejado algo para Grisha, Grigori Rasputín, que recibía sobornos regulares, aunque jamás de Kuriatin, que evitaba visitar San Petersburgo y además acostumbraba a gestionar todos sus negocios en efectivo. Cuando el dinero llegaba a sus manos lo revisaba todo minuciosamente para asegurarse de que no había billetes de 1877 o billetes de cien rublos emitidos en 1866. No eran de curso legal. Probablemente, habría preferido que le pagasen con carne de ave, o incluso con bencina. Al final, Frank consiguió que le sirvieran la madera solo unas horas más tarde de lo que realmente había esperado desde el principio. No se había equivocado demasiado en los cálculos que había hecho.

El gabinete de Kuriatin era tan oscuro como todo el establecimiento, y no mucho más cómodo. Al ver a Frank, Kuriatin abrió los brazos. Llevaba un caftán negro del que emanaba un fuerte y sano olor a humano. ¿Un desafortunado incidente? ¿Que los niños estaban solos? ¿Que se habían producido daños? ¿Y la porcelana rota, y la alfombra meada, y el fuego, y la destrucción, y las veintitrés botellas y media del mejor vodka? ¿Acaso creía Frank que él no tenía dinero suficiente para afrontar un pequeño percance como ese, aquella minucia? ¿Acaso creía que había escasez de manteles? Todo lo que tuvo que hacer, a su regreso, fue despedir a Serguéi y a algunas criadas, darle una paliza a Mitia, alquilar unos cuantos trineos, decirles a sus invitados que no se quitaran los abrigos ni las galochas al llegar, y marcharse con ellos al restaurante de Krynkin.

—Me estaba preguntando dónde estaba tu esposa en ese momento —dijo Frank—. Tenía entendido que estaría con los niños.

—Estaba acostada; ya sabes cómo son las mujeres. Les aterrorizan los animales. No soportan tenerlos en casa.

Pero, por qué, continuó Kuriatin, por qué no iba Frank a su casa esa misma noche, sin formalidades, simplemente para compartir lo que Dios proveyese.

—No, gracias. Esta noche no, Arkadi Filíppovich.

—¿No quieres aceptar mi invitación y compartir nuestros sencillos platos?

Frank sabía que no se esperaba que aceptara. No podía pasar por allí de ese modo, como invitado, de improviso. Los comerciantes de segundo rango no recibían a los demás de esa manera. Tenían que hacer preparativos y, sin ellos, su presencia habría causado casi tantos problemas como el oso.

Kuriatin tomó a Frank del brazo y lo acompañó hacia la escalera de madera desnuda por la que, los dos, gracias a años y años de práctica, se las apañaron para bajar evitando los lugares menos sólidos.

—¿Por qué no haces algo con estas escaleras? —le preguntó Frank—. ¿Y por qué no dejas que tus empleados tengan teléfono? A este paso te van a adelantar los alemanes.

—¿Y por qué no haces tú que tu esposa vuelva contigo? —gritó Kuriatin, y luego se echó a reír a carcajadas mientras el portero salía de su cuarto, que parecía un armario, y les acompañaba, con una marcada reverencia, hasta la calle. Para Kuriatin la vida, como los negocios, era un juego, pero no un juego de azar. Más bien se trataba de un juego en el que él se siempre las arreglaba para ganar, incluso aunque las reglas fueran las suyas propias. Consciente de que los niños habían estado expuestos al peligro en esa casa medio salvaje que tenía, se había tomado la visita de Frank como un reproche. Pero al ofender de esa manera a Frank —por quien ciertamente sentía mucho cariño— había vuelto a situarse en una posición de superioridad. Eso casi le compensaba por la pérdida de su mantel, de su cristalería y de su porcelana, objetos por los que había sentido una devoción casi enfermiza.

Frank se fue directo a la capellanía inglesa, donde desembocaba la Marosseika. Era el sitio al que tal vez tendría que haber ido en primer lugar. El té de la tarde coincidía con una de las horas de visita de la señora Graham. Frank no le tenía miedo a la señora Graham, o, al menos, no tanto como otras personas. En cualquier caso, le estaba haciendo un favor al hacerle partícipe de su difícil situación. Era hija de un erudito, se había educado en Cambridge, y aún no se había resignado a la idea de tener que vivir en Moscú. A pesar de que no había ido a la universidad, como Frank bien sabía, podría decirse que también ella era, en cierto modo, una estudiosa, una estudiosa de los problemas; sobre todo de los problemas de los demás.

—¿Señor Reid? —dijo con esa voz extraña que tenía, aguda, con la que arrastraba ligeramente las palabras—. Qué placer tan *esperado*.

—¿Acaso usted ya sabía que iba a venir a hacerle una consulta?

—Por supuesto.

Inquieta como un ave de presa que no hubiera cazado nada en varios días, le indico con la cabeza el asiento que quedaba a su lado. No había sillas cómodas en la capellanía, excepto en el estudio del señor Graham.

La señora Graham no estaba sola. De hecho, rara vez lo estaba. Frente a su sofá había una mujer de aproximadamente su misma edad, entre los cuarenta y los cincuenta, que se puso muy recta cuando él entró, y que llevaba una falda gris de tela gruesa, una blusa también gris que no acababa de conjuntar, un chaleco de lana igualmente gris con retazos de color rosa diseminados aquí y allá, y un sombrero de fieltro. En conjunto, ofrecía el aspecto de alguien que se ha armado de valor para enfrentarse a lo inesperado. Se la presentaron como la señorita Muriel Kinsman, y Frank recordó entonces que había oído hablar de aquella mujer. Al parecer, venía a Moscú desde lo más recóndito del país, donde había trabajado como institutriz. La habían echado injustamente de la propiedad de su patrón. Como siempre, estaban preparando una colecta para ayudarla a pagar el billete de regreso a casa. «No es solo que tenga el aspecto de una institutriz sin trabajo, es que resulta evidente que ya nació así», le había dicho la señora Graham. «Lo que me parece terriblemente difícil para ella.» Frank le dio la mano.

—Es un placer conocerla, señorita Kinsman. Lamento que no pueda quedarse más tiempo en Moscú.

La señorita Kinsman le miró con grandes ojos melancólicos. Frank observó que tenía el rostro curtido.

Yo me quedaría aquí de buena gana, si hubiera alguien con un mínimo interés por que lo hiciera.

—Pero según me han dicho se va a su casa, con su familia.

Ella no respondió, y Frank pensó que tal vez había actuado de un modo descortés. De todas maneras, no sería justo que le reprochasen algo así cuando, en realidad, le importaba increíblemente poco el que ella se fuera a su casa o se quedara.

La señora Graham dijo:

—A veces tiendo a pensar que es una lástima que exista algo llamado servicio postal. El sufrimiento de tener que esperar cartas que no llegan excede con mucho el placer de leerlas cuando por fin las tenemos en nuestras manos. Espero haberlo dicho todo en el orden correcto... La señorita Kinsman lleva años sin recibir una sola noticia de Inglaterra.

—Me gustaría que me llamase Muriel, señora Graham, aunque solo fuera una vez. Me gustaría volver a escuchar mi nombre de nuevo.

—¿Cómo la llamaban en Vladislavskoe?

La señorita Kinsman les contó que, aunque siempre habían llamado a la institutriz alemana *fraulein* Trudi (y eso que era mucho más joven que ella o, al menos, unos cuantos años menor), ella nunca había sido otra cosa más que «la seño».

—¿Y qué importancia tiene algo así? —preguntó la señora Graham—. A mí no me importaría que me llamaran «seño».

—Todo importa en lugares como ese. Cuando alguien se aproxima a la casa tú ya has visto a dos verstas de distancia cómo ha salido del bosque, cómo se ha hundido en el camino y cómo ha emergido de nuevo. Así que cuando finalmente llega a la casa, sea en carro, en carruaje o automóvil, ya estás hasta la coronilla de verlo acercarse. Con lo que no nos queda más remedio que darle vueltas durante todo el santo día a lo que pasa en la propia casa, y supongo que todo se magnifica, cada pequeña palabra que se pronuncia, cada ladrido y cada grito, cada tic y cada tac. Tal vez una tienda a perder el sentido de la proporción en un sitio como ese. Sí, creo que eso es lo que nos pasa. Un incidente se une a otro, y la suma total de todos ellos termina resultando asfixiante.

El asunto de la llave perdida del reloj. El asunto de la llave perdida de la bodega. El asunto de las gotas de valeriana. El asunto del columpio de carrusel. El asunto de la cigarrera. El asunto de los pepinillos en vinagre. El asunto de la casa de baños. El asunto de la fotografía rasgada... Está divagando, pensó Frank. Se le pasó por la cabeza que lo mismo había ido allí precisamente para eso, para divagar, y seguiría haciéndolo durante el periodo de tiempo que la propia señora Graham estableciera. Sintió lástima por ella.

—¿No era eso justamente lo que se esperaba usted? —le preguntó.

—No debería existir ningún estado de ánimo relacionado con la espera —interrumpió la señora Graham—. Una se vuelve demasiado dependiente del futuro.

A continuación le ofreció un cigarrillo de Crimea que extrajo de una caja. Frank no aceptó, pero la señorita Kinsman sí lo hizo.

—Me temo que he adquirido el hábito desde que llegué a Rusia.

—Igual que yo —dijo la señora Graham—. Mi marido preferiría que no lo hiciera. Pero lo que yo fumo es *mahorka*.^[6] —No siempre, pensó Frank. Aunque en esa ocasión sí que lo hizo, y comenzó a enrollar con destreza la tosca picadura propia de obreros en un pedazo de papel amarillento. Luego lo encendió y expulsó el humo echando la cabeza hacia atrás. El cigarrillo le colgaba de la comisura de los labios, en perfecta consonancia con su mata de pelo de Cambridge, gris y salvaje, con su sarafán de campesina, que ella combinaba con una falda de *tweed*, y con sus collares de cuentas—. ¡Continúe! —exclamó, mientras seguía dando caladas a su cigarrillo.

La señorita Kinsman continuó yéndose por las ramas en voz baja. Seguirla no siempre resultaba sencillo. No obstante, parecía que algún objeto, siempre el mismo, la cigarrera o el pepinillo, habían terminado apareciendo repetidas veces en su habitación, lo que le había llevado a pensar que la familia entera estaba en contra de ella. Había pequeños detalles que se lo demostraban. «Pequeñas travesuras», según la señorita Kinsman. El principal problema radicaba en algo muy noble: en su elevado concepto de la educación. Los propios Lvov no parecían tener el mínimo interés por las clases que recibían sus hijos, y se los dejaban a Pavel Borisovich, un tío soltero que se había instalado en la casa, y que lo único que hacía era estorbar. Estaba previsto que este Pavel Borisovich fuera a la escuela de pajes, pero terminó estudiando en Berlín, y consideraba adecuado imponer a los niños un régimen absurdamente estricto. Su entusiasmo nunca duraba demasiado, por supuesto, ya que no perseveraba en nada, y todo lo que hacía era pasar de una extravagancia a otra: idiomas, psicología, gimnasia... Fue durante una de sus fiebres gimnásticas cuando consiguió que uno de los carpinteros de la finca instalara un columpio de carrusel en el jardín. Fue después de la recogida del heno. Ella consideró su deber indicar que, en su opinión, aquel aparato no era seguro. Después de agarrarse a una de las seis cuerdas, se saltaba por los aires y entonces se empezaba a girar a más y más velocidad, de un punto del suelo a otro, cada vez más rápido. Alguien acabaría rompiéndose un hueso. Pero no siempre es bueno tener razón.

—Es bueno —apuntó la señora Graham—, pero también poco seguro.

Aquella mujer tenía buen corazón, pensó Frank, pero era demasiado incisiva. Todas las personas incisivas, sean hombres o mujeres, acababan resultando agotadoras.

El asunto del columpio. El asunto de los horarios de los niños Lvov. El aprendizaje no debía estar asociado a la imposición, sino a la libertad y la alegría. El asunto de la casa de baños. La desnudez no era una cuestión especialmente trascendente en Rusia. El cochero no tenía ninguna intención de faltarle al respeto. El tío, Pavel Borisovich, probablemente no tenía ninguna intención de faltarle al respeto tampoco. El asunto de la fotografía rasgada.

—¿Y qué nos dice de la *fraülein*, la institutriz alemana? —preguntó la señora Graham—. ¿Cómo se llevaba con ella este tío Pavel?

La señorita Kinsman hizo una pausa.

—Ambos se llevaban muy bien.

Era casi la hora de vísperas. En Moscú no estaba permitido que sonaran las campanas de las iglesias, con la única excepción de las de la propia iglesia ortodoxa. No obstante, la señora Graham sabía con exactitud qué hora era, al parecer sin mirar, sentada como estaba de espaldas al reloj de sobremesa. A las cinco y cincuenta y siete minutos empezó a removerse, y Frank dijo:

—Será mejor que me vaya, señora Graham. Había algo de lo que quería hablar con usted, pero puede esperar hasta otra ocasión.

—Siento decepcionarle —dijo la señora Graham, y se despidió de él como siempre lo hacía, de una manera personal e inconfundible, observando durante un instante cómo la mano de él reposaba entre las suyas, como si se preguntara de dónde había salido, y estrechándola luego mientras elevaba la mirada hasta los ojos de su invitado, con la certeza de que jamás se olvidaría de él.

En el pasillo se abrió una puerta, y entró el capellán anglicano, el pastor Edwin Graham.

—Ah, Reid. Está aquí, Reid. Encantado de verle.

Un sirviente le trajo sus galochas, su sombrero y su capa. El capellán se las puso, volvió a meterse en su estudio, salió con unas hojas mecanografiadas unidas con un sujetapapeles, despidió con un gesto al sirviente, que apareció de nuevo como si creyera que le iba a pedir algo más, miró a Frank para comprobar si iba a asistir al oficio religioso, agitó las hojas de papel ante él en señal de irónica invitación, y comenzó a correr por el patio en dirección a la capilla. Frank también salió y se internó en la oscuridad.

Iría hasta el bulevar Novinski, y allí tomaría un tranvía. Así llegaría antes a su casa. A esas horas de la noche sería más rápido que ir en trineo. Se había apoderado de él un miedo irracional a que, si pasaba fuera demasiado tiempo, los niños podrían desaparecer de nuevo y no estar cuando él regresara. Al girar a la derecha por la Nikitskaia, volvió la cabeza, sin razón aparente, y vio que la señorita Kinsman caminaba justo detrás de él, abriéndose paso entre la multitud. No había borrachos en aquella calle tan respetable, y ella caminaba con rapidez. En opinión de Frank, debería haberse quedado a las vísperas. Pero supuso que la señora Graham, que era capaz de actuar con toda celeridad si así lo estimaba conveniente, habría aprovechado los pocos minutos que él pasó en la entrada para informar a la señorita Kinsman de su difícil situación. Habría puesto a la señorita Kinsman sobre aviso. Todo el mundo sabía que Nellie se había ido, y todos parecían revelarse como auténticos expertos en ese delicado tema. Con la crueldad propia de los tímidos, la señorita Kinsman iba

detrás de él para sugerirle que ella podría ser la persona adecuada para cubrir el puesto de institutriz en el 22 de la calle Lipka.

Y tal vez tuviera razón, pero Frank no se sentía capaz de pensar en todo eso, y mucho menos de tomar una decisión.

Recordó que había dado algo, en concreto veinticinco rublos, para la colecta con que sufragar los gastos de viaje y el billete de la señorita Kinsman a Charing Cross. Y no lo había entregado de mala gana pero, bien mirado, ¿hacer algo así no le exoneraba ya de lo demás? Todo el mundo en Moscú, los hombres de negocios rusos y también los ingleses, le consideraban un hombre justo. Y no tenía nada en contra de la señorita Kinsman, más bien al contrario. Pero si lo que se le había metido en la cabeza, o bien lo que los demás le habían metido en la cabeza, era la idea de trasladarse a su casa para hacerse cargo de su familia, ahí había una persona llamada Dolly en quien había que pensar. Y la palabra que solía emplear Dolly no era «justo» sino «razonable». Ella pensaría que no era razonable por su parte llegar a un arreglo con la señorita Kinsman, porque la señorita Kinsman estaba trasnochada (otra de las palabras que no tenían traducción al ruso). No había manera de referirse a esa sombría falta de elegancia que no era intencionada, ni desaliñada, ni vergonzosa, que era tan solo el resultado de la propia apariencia de la señorita Kinsman por ser como era. Frank no pretendía saber en todo momento cómo responder a las objeciones de Dolly, pero casi siempre sabía de antemano en qué consistirían. Por otra parte, ¿qué era lo que le detenía para dejar que la señorita Kinsman le alcanzara, se explicara, y así averiguar de manera clara —dado que, después de todo, podía estar equivocado— qué quería exactamente?

No había nada que se lo impidiera, pero optó por internarse en una calle lateral. Podía ir perfectamente hasta la Povarskaia y allí tomar el tranvía, un poco más abajo del bulevar. De esa manera evitaría a la señorita Kinsman y no tendría que volver a hablar con ella nunca más. Y ella no tendría que obsesionarse con el asunto de la extraña conducta del señor Reid. Bien pensado, le estaba ahorrando un montón de angustias.

Todo el mundo tomaba atajos en Moscú. Los números de los tranvías, a excepción de los de la línea que rodeaba los bulevares, cambiaban con frecuencia, y, a menos que uno estuviera dispuesto a pagar un trineo o un coche, había que caminar mucho. Una vez se salía del circuito de las calles principales había que saberse bien el camino, ya que resultaba bastante difícil que otra persona fuera capaz de explicar cómo seguir cualquier ruta preestablecida. Pronto dejaba de haber nombres en las calles, y uno se encontraba ante enormes moles de ladrillo plagadas de tubos de desagüe, o delante de un cobertizo que invadía la acera, o metido en un establo humeante cuyos podridos tablonos parecían mecerse hacia dentro y hacia fuera como en un proceso de respiración voluntaria. Todas esas cosas, que por ley no podían estar

allí y que no aparecían en ningún mapa, tenían que borrarse de la mente si uno quería seguir un rumbo cierto. Quizá no hubiera más remedio que entrar por la puerta de un edificio provisional para salir al otro lado por otra puerta distinta. Frank sabía que la bocacalle en la que había entrado recibía el nombre de Katsap Pereulok, aunque no había ni rastro de señal alguna que así lo indicase. El pasadizo estaba cubierto, como un barranco, de una oscuridad nacarada. Pudo ver un farol en la esquina, pero no se trataba de un farol municipal, sino de una lámpara de queroseno puesta por alguien en la pared a media altura. Miró hacia atrás: la señorita Kinsman, con su sombrero de fieltro y su abrigo de invierno, acababa de internarse en el callejón tras él.

Ya no se trataba tan solo de su buen juicio, sino de las normas de cortesía más elementales. Frank sabía que tenía que hablar con esa mujer y ofrecerse a llevarla de regreso a la Povarskaia. Parecía lamentablemente fuera de lugar en ese desagradable pasaje, mientras intentaba abrir su paraguas aunque no estuviera nevando. De todos modos, si había llegado hasta allí, por fuerza tenía que conocer el camino de regreso. Si no podía alcanzarle tendría que volver a la capellanía. No me gustaría tener que explicarle lo que estoy haciendo, pensó. Como tampoco me gustaría, por ejemplo, tener que hacerle un informe de lo sucedido a Tviordov. Pero ya me está alcanzando. Me persigue como un cobrador de facturas impagadas, y acabará atrapándome... En lugar de girar a la derecha, de vuelta a los bulevares, torció hacia la izquierda para, a través de una estrecha abertura, dirigirse al Kremlin. A causa de aquella cacería se estaba alejando el doble de lo necesario de su casa. Pero, pobre mujer, seguro que no puede seguir así mucho más tiempo.

Kolbasov Pereulok. Vio el nombre pintado en la pared. No obstante, el acceso se estrechaba a causa de los enormes montones de sacos que habían colocado a ambos lados del pasaje, como si las dos casas situadas una frente a la otra, tenuemente iluminadas, formaran parte de una competición en la que ganaría la que lograra bloquear el mayor número de ventanas de la otra. El aire apestaba a alquitrán y a fritura de crepes de trigo sarraceno (Frank suspiró de hambre). Cuando logró meterse en la calle vio que en las plantas más bajas de las casas había unas tiendas cuyas ventanas quedaban hasta la mitad por debajo del nivel de la acera. No había forma de saber qué se vendía allí. Se trataba, muy probablemente, de talleres de reparación. No había nada que no se pudiera reparar en Moscú, una ciudad que, a su manera, lentamente, repartía sus cuidados maternos entre los ricos y los pobres de solemnidad. Traedme vuestros zapatos rotos y vuestros colchones desgastados, vuestras sillas sin patas, vuestras camas sin cabecero, y en algún taller en un sótano o en cualquier inmundo agujero excavado en la pared haré que podáis volver a usarlos sin problemas unos cuantos meses más. Volverán a servirlos o, al menos, estarán en condiciones para que podáis llevárselos a los prestamistas y empeñarlos.

En la esquina había un monopolio, una tienda de vodka de propiedad estatal. Era

pequeña, pero estaba bien iluminada. En el interior había una mujer grande y fuerte, envuelta en un chal de punto negro. Estaba sentada en un taburete situado detrás de un tabique de madera, en el que habían abierto una ventanita y que creaba un pequeño espacio dotado de electricidad, como en las taquillas del tren. No había ningún lugar para sentarse. Los hombres y las mujeres esperaban de pie con sus botellas vacías o bien se apoyaban con aire incierto en las paredes de madera. Tenían que contar y tener preparado el dinero exacto antes de que se abrieran las espitas que quedaban al otro lado del tabique.

Frank estaba convencido de que la señorita Kinsman no se arriesgaría a ir más allá, y esa certeza le proporcionó un alivio enorme. Si seguía persiguiéndole, entonces es que era una impostora y no tenía derecho a llevar ese sombrero de fieltro ni a llevar esas galas tan trasnochadas ni a relatar esas conmovedoras historias que les había contado en la capellanía. Y se le ocurrió que la señorita Kinsman se parecía a su prima segunda Amy, de Nottingham, más que cualquier otra persona a la que hubiera conocido en Moscú. Era más joven, ciertamente, pero idéntica a su prima Amy, que se cambiaba de calle para no tener que pasar por delante de una taberna porque creía que, si lo hacía, podrían abrirse las puertas y los hombres saldrían tambaleantes a meársela encima, e incluso podría alcanzar a ver cómo, en el interior, las mujeres se dedicaban a apuñalarse las unas a las otras con los alfileres de sus sombreros. No sabía si a su prima le había sucedido algo así en alguna ocasión. Solía mandarle cartas con regularidad, igual que hacía con todos ellos, pero ese mes todavía no había escrito, y recordar aquello le provocó una tenue sensación física que no era exactamente de culpa, pero que sí insinuaba una especie de constatación de que debía sentirse culpable por algo. Ese pensamiento incipiente se transformó de pronto en una desazón considerable. En cualquier caso, ya estaba fuera de peligro. El monopolio, como de costumbre, se hallaba en la esquina de una calle principal. Siempre era así, por si la gente empezaba a beber en los locales y había que llamar a la policía. Había desembocado en la Znamenskaia, lo que, considerando que a esas horas ya debería estar en su casa, le pareció ridículo. Pero ahora era libre y su mente podía volver a ocuparse de sus propios asuntos, o, mejor aún, ya podía dejar que estos afloraran a la superficie desde el lugar en que hubieran estado esperándole.

Se dirigía al río. En el aire resonaban las campanas de las cinco cúpulas doradas de la iglesia del Redentor. No sonaban con toda la fuerza de la que eran capaces, sino como una primera descarga de la artillería antes del ataque principal, demoledor. Ese ataque no se produjo, sin embargo —era la Cuaresma y las campanas repicaron una sola vez—, pero desde el otro lado del río les llegó la respuesta de unas cien campanas más que, de igual manera, solo sonaron una vez. Se quedó escuchando las campanas a la pálida luz de las estrellas. La plaza de la catedral descendía hacia la orilla en un leve desnivel. El no discurría oscuro, obstaculizado aún por el majestuoso

hielo del invierno que ya había empezado a derretirse, y por los desechos que este arrastraba consigo: una inconcebible cantidad de basura, cestas de mimbre, cajas, señales descoloridas, tinas de lavar, ruedas, cunas... Eran las últimas etapas del camino que había seguido el hielo en los cuatro meses en que lo había invadido todo. Uno de los entretenimientos favoritos de los moscovitas consistía en ver cómo pasaba el hielo por debajo de los puentes. La *Gazeta-Kopeika* anunciaba que habían encontrado a dos enamorados muertos, flotando congelados sobre un témpano y abrazados el uno al otro. Pero la *Gazeta* repetía esa misma historia todas las primaveras.

Por allí no había ningún puente, pero desde el camino de sirga alguien, en algún momento, había acotado un pedazo de río con estacas de madera. Una desvencijada pasarela conducía desde el camino hasta una plataforma que se mantenía a flote sobre unos bidones de queroseno vacíos. Había una especie de tejado, y la gente solía apostarse allí para pescar. El mismo Frank había ido a pescar allí a menudo, sin permiso, cuando era un colegial, y hasta marzo, naturalmente, uno tenía que abrir su propio agujero en el hielo si quería capturar algo. Tenía prisa, pero el alivio de la tensión hizo que ahora caminara más despacio. Decidió bajar hasta la plataforma para observar el hielo un instante. Debía caminar sobre la nieve acumulada en la orilla del río, y luego encontraría un desnivel de solo medio metro hasta llegar a la empapada plataforma, que hacía agua y empezaba a crujir en cuanto uno plantaba los pies sobre ella. Se quedó allí, con los listones de madera medio congelados vibrando a sus pies, advirtiendo cómo las campanas de las iglesias sonaban cada vez con más claridad, como un zumbido lejano, ahora que se habían silenciado las del Redentor. Luego avanzó por la pasarela. Cuando se detuvo, pudo escuchar un nuevo crujido, más ligero: el que se produjo cuando la señorita Kinsman saltó detrás de él.

Se dirigió a Frank con decisión. No estaba especialmente sofocada, y ahora llevaba el paraguas cerrado. El pensó que le habían atrapado. Sabía desde los diez años que ese lugar era una especie de trampa para peces, y ahora era él quien había caído. Debía intentar afrontar la situación con su mejor talante.

—¿Ha estado tratando de alcanzarme, señorita Kinsman? Me temo que no la vi.

El aire de la noche helada era afilado como una aguja. Ella se quedó allí, y le contestó suavemente, sin un atisbo de queja.

—Sí. Así es. Pero creo que me ha visto.

Estaban de pie, juntos bajo el desvencijado techo, y ella se fue instalando como una gallina en un gallinero. Se limpió primero uno de los hombros del abrigo, luego el otro, a pesar de que no había nevado.

—Me temo que habrá tenido que atravesar unas cuantas calles de aspecto bastante peligroso —dijo.

—Eran calles pobres; yo no las llamaría peligrosas.

—Hemos pasado por delante de un monopolio.

—Bueno, no me preocupan los monopolios. No son como las tabernas inglesas. Ya sabe usted que no se puede beber en los locales. Tienen que llevarse el vodka por lo menos a cien metros de distancia antes de empezar a bebérselo. Y lo que se vende allí es una porquería de tal calibre... ¿Lo ha probado usted alguna vez?

Frank lo había hecho.

—Ya sabemos lo que provoca en el organismo, y con esa intención se elabora... Supongo que ahí es donde reside el problema.

—Y aquella mujer. Era tártara, lo que significa que es musulmana, ya sabe, y no puede beber. Es una prohibición del Profeta. El Profeta, ya sabe... —repitió mientras asentía con la cabeza enérgicamente.

—Pero, ¿quería usted hablar conmigo? —le preguntó él. Y agregó—: ¿Sobre algo en especial?

Ella le miró de cerca y dijo:

—No.

—¿No tiene nada que decirme?

—No hay nada que temer —añadió—. No era con usted con quien quería hablar, sino con el señor Frank Reid.

¿Quién le dijo la señora Graham que era yo? —le preguntó Frank.

—No lo entendí bien. ¿Sucede con tanta frecuencia, lo de que no entienda algo bien! Y luego se tenía que ir a las vísperas... Pero, verá, es un asunto de cierta urgencia. En realidad, mi pasaje para Inglaterra es para mañana, y eso es lo que hay. A no ser que encuentre algún otro trabajo aquí... Todo lo que necesito es su dirección, la del señor Reid, quiero decir. Por supuesto, usted ha de tenerla ya que es usted uno de los empresarios locales, aunque imagino que él debe de ser un hombre más joven que usted... —La señorita Kinsman le miraba desde la oscuridad bajo su sombrero—. No le habría molestado de no ser porque tengo que hablar con él esta misma noche...

—¿Qué le hace pensar que él es más joven que yo? —preguntó Frank.

—Tiene hijos pequeños, lo sé. De lo contrario, no sería necesario que lo visitase.

Frank se lo pensó un instante.

—Lamento decepcionarla, señorita Kinsman, pero estoy seguro de que este no es un buen momento para hablar con el señor Frank Reid.

—¿Es que está fuera de Moscú?

—Bueno...

—¿Sabe? A nadie le importo lo más mínimo. Solo me tengo a mí misma. Así que comprendo perfectamente que a usted, un perfecto desconocido, tampoco le importe nada. De todas maneras, tengo que hacer uso del material con el que cuento.

—Señorita Kinsman. Estoy seguro de que ver a Frank Reid no le serviría de nada.

Le conozco bastante bien. Y sé lo que me digo.

Ella le echó una mirada inquisitiva. Frank se ofreció a guiarla hasta la parada de tranvía más cercana, pero ella negó con la cabeza, y desandando con dificultad la pasarela y el resbaladizo desnivel, en dirección al Redentor. Todo lo que podía él hacer era seguir allí como un idiota, fingiendo que estaba contemplando el hielo, hasta que ella se perdiera de vista.

A la mañana siguiente, después de telefonar a la capellanía, Frank descubrió que la señorita Kinsman había salido muy temprano hacia la estación de Alexander. La señora Graham dijo:

—La verdad, esperaba leer algo sobre ustedes en la *Gazeta—Kopeika*. Todo el mundo pensaba que terminaría tirándola al río.

—¿Quién es todo el mundo? Allí no había nadie.

—Bueno, ya sabe, la gente que paseaba por el camino de sirga.

—¿Qué hacían allí?

—Miraban el hielo.

—Señora Graham, tengo la impresión de que la señorita Kinsman esperaba que le diera trabajo en la calle Lipka como institutriz de mis hijos.

—Pues yo no me habría permitido sugerirle algo así jamás. Después de todo, estoy informada de por qué tuvo que dejar su otro puesto. El asunto de la casa de baños...

A la hora del almuerzo, en la Reidka, trató de explicarle sus motivos a Selwyn, aunque en gran medida se los explicaba también a sí mismo.

Selwyn dijo:

—No recordaba que hubiera cerca del Redentor ningún sitio así para pescar. Pensé que las orillas tenían que estar despejadas.

—Es sorprendente lo que pasa por alto la policía si no se produce ningún incidente. Los tablones llevan allí al menos veinticinco años, y supongo que se habrán acostumbrado a verlos. De todos modos, el lugar es lo de menos. Puedo enseñártelo cuando quieras. Es solo que me da la impresión de que no me he comportado todo lo bien que debería con esa mujer. Pero no sé a dónde iré cuando llegue a Inglaterra, y si tuviera esa información tampoco sabría muy bien qué hacer al respecto.

—¿Estás pensando en enviarle dinero?

—El dinero no es tan malo como la gente piensa.

—No ayuda a curar el espíritu, Frank.

Frank cambió de tema.

—Supongo que estará a punto de cumplir los cincuenta. No parece una buena edad para verse sometida a semejantes contratiempos. Quiero decir que si eres joven hay más posibilidades de que las cosas mejoren.

—¿Cuántos años tienes tú, Frank?

Esa es otra: creía que era más viejo de lo que soy. Aunque tal vez tenga razón. No lo sé.

Eran ya las cinco en punto. Selwyn cerró la caja fuerte y el armario en que

guardaba los libros de cuentas y, a pesar de que siempre se le esperaba en alguna reunión o en algún concierto o en cualquier otro evento, se sentó de nuevo con la intención de ofrecer a Frank su consejo.

Esa dificultad para tomar una decisión con respecto a qué hacer con la señorita Kinsman es un reflejo de la dificultad para decidir qué hacer con Nellie. ¿Me equivoco al pensar que no tienes ni idea de qué se propone tu mujer? ¿Me permites decirte que llegarías mucho más rápidamente a una conclusión si pensaras menos en ti mismo, y si consideraras, a medida que se vaya solucionando cada cosa por sí sola, quién va a salir herido con todo esto y quién sentirá que su corazón es más liviano?

—Pienso en mis hijos —dijo Frank—. Era en ellos en quien pensaba cuando Nellie se fue. Era en ellos en quien pensaba mientras esa mujer me perseguía por las callejuelas del Tverskaia. ¿Quién va a pensar en ellos si no?

—Frank, dame la mano.

Selwyn tenía unas manos delgadas, con dedos largos y finos como husos, y las palmas endurecidas por el bastón de peregrino que llevaba a lo largo de cientos de verstas de recorridos estivales. Suspiró, y suavemente la soltó.

—Frank, no hace mucho actué de una manera que, hasta entonces, ni se me habría pasado por la cabeza considerar disculpable. He conocido a unas cuantas personas que actuaron del mismo modo, y, aunque no habría considerado justo condenarlos, tampoco aprobaba lo que hacían. Créeme si te digo que habría hecho todo lo posible por actuar de manera diferente. Lo extraño es que, como sabes, llevo varios años bajo la influencia de Lev Nikoláievich, y he dirigido mi mente y todo mi ser hacia un modo de vida más digno y que resultara más provechoso a mis semejantes. Sin embargo, hace no mucho empecé a actuar como hacía mucho tiempo que no actuaba; desde que era más joven, de hecho. Estoy hablando del impulso sexual, Frank, y de su satisfacción...

—Bueno, ya lo imaginaba... —dijo Frank.

—Por entonces yo pensaba que tanto hombres como mujeres sacaban provecho de multiplicar sus relaciones físicas placenteras. Pero luego me di cuenta de lo incorrecto de esa actitud mía. Para mí el problema era cómo actuar a fin de causar el menor daño posible y, sobre todo, averiguar qué debía contarles a las personas involucradas.

—No sé qué tenías que contarles... —dijo Frank.

—¿Tú te habrías sentido tan desconcertado como yo?

—Yo ya estoy desconcertado en las actuales circunstancias.

—¿No te habré amargado con lo que te he contado? ¿No te habré ofendido?

—¿Cómo va a ofenderse nadie contigo, Selwyn? Sería como ofenderse por que alguien bebiera un vaso de agua fría cuando tiene sed.

Selwyn sonrió melancólicamente:

—Retomaremos este tema más adelante. —Parecía reacio a irse, un síntoma que Frank reconocía de inmediato. Finalmente dijo en voz baja, casi reverente—: ¿Cómo va, Frank? ¿Ha pasado ya por composición?

Frank sabía que hablaba de Los pensamientos del abedul.

—Selwyn, como sabrás estoy intentando que alguien me preste tipos europeos. En Sytin^[7] tienen un juego, pero me consta que no me lo van a prestar. Quizá tengamos que probar en alguna imprenta de San Petersburgo. Tviordov se encargará de la composición. A él el idioma le trae sin cuidado.

Y, desde luego, el chico no podrá corregir las pruebas, así que eso lo dejare en tus manos. Podemos hacer la impresión manual en la Albión.

Soy consciente de que la puntuación puede dar problemas. Resulta que yo... —Sacó un cuaderno manuscrito del bolsillo superior de su chaqueta, lo abrió (aunque el cuaderno pareció abrirse el solo por el lugar apropiado) y se lo entregó a Frank, quien, sabiendo que no se había mostrado lo suficientemente agradecido con Selwyn por su pronta comprensión con lo de la señorita Kinsman, lo tomó y leyó en voz alta:

«¿No sentís el frío, hermano abedul?»

«No, Hermano Nieve, no lo siento.»

«¿Qué? ¿No?»

«No. ¡No!»

—¿Estás seguro de que es así, Selwyn?

—¿Qué dirías que está mal?

—No estoy muy seguro.

—¿Crees que no he logrado transmitir lo que quiero decir?

—Me parece algo repetitivo.

Selwyn recuperó su cuaderno como si no le gustara verlo en manos no tan expertas como las suyas, y Frank, después de asegurar que él mismo se encargaría de cerrar la imprenta, se quedó solo en el edificio, casi a oscuras, revisando las distintas ofertas de sus proveedores de papel. El papel de Finlandia era el más barato con diferencia, pero el zar podía decidir legislar contra él. Había también otra oferta, por la Mamut, esta vez de Kuriatin, que creía haber encontrado un comprador en Tokio, pero como no tenía licencia para la exportación, todo tendría que hacerse a través de un tercero.

Frank regresó, por un instante, a la vajilla y a los manteles destrozados. Había descubierto por qué tenían tanto valor para Kuriatin. Al igual que hicieran otros comerciantes más importantes que él —Tretiakov, Kutzenov, Botkin—, había reservado parte de sus bienes para dárselos al pueblo si era necesario, lo que ponía de manifiesto su buena voluntad.

—¡Todo para ellos! Los bordados, y los cuadros y el retrato de mi esposa de Bogdanov-Belsky. ¡Dejemos que las gentes los aprecien y que recuerden a Kuriatin por ello!

Pero había otras cosas que se había guardado para sí mismo, por si la Historia se volvía contra él y tenía que exiliarse con su familia. Sobre todo los manteles de damasco, aunque solo conservaba veintitrés de ellos. Antes de salir de su pueblo en Orel, Kuriatin no había visto jamás algo así, ni siquiera en el altar durante la Pascua.

—La verdad es que en tu casa tiene que entrar una mujer para que cuide de tus hijos —dijo Selwyn, que se pasó a verle esa misma noche—. Cuando una mujer lleva a un niño de la mano te está asegurando el futuro, al igual que cuando te pone comida y bebida te está deseando larga vida.

—No es necesario que haga nada de eso —dijo Frank—. Yo lo que quiero es que sean felices, y no lo serán si se desmadran. Además, alguien tiene que hablar con ellos en buen ruso. Su realidad está aquí, en Moscú, al menos por el momento.

—La joven que tengo en mente habla un ruso muy depurado a pesar de todo, Frank.

—¿A pesar de qué?

—Estudió un tiempo, incluso empezaron a prepararla para que fuera profesora. Estoy seguro de que puede asumir un puesto de responsabilidad. Pero su vida es muy desdichada...

—No quiero por aquí a nadie desdichado. ¿Qué le ha ido mal?

—Es joven.

—¿Cómo de joven?

—Yo diría que tiene diecinueve o veinte años, y además es pobre. Creo que no hay nada más urgente en nuestra lista de prioridades que la juventud y la pobreza.

—¿De dónde es?

—De Vladimir.

—Allí la mayoría son carpinteros...

—Sí, Lisa Ivánovna es hija de carpintero. —Selwyn movió la cabeza ligeramente de un lado a otro, como si siguiera el compás de una melodía.

—¿La conociste en Vladimir?

—No, la conocí en Muir & Merrilees, en la sección de pañuelos. Sí, se encarga de los pañuelos de caballero. Ya te he dicho que puede desempeñar un puesto de responsabilidad.

—La has sacado de la Muirka...

—Estaba hecha un mar lágrimas y no pude soportarlo. Igual que no debería soportarlo nadie. Nadie...

—¿Quieres decir que la habían despedido?

—No, en absoluto. Es simplemente que no está acostumbrada a vivir en una gran ciudad y se ve agobiada, como cualquier otra niña de la naturaleza.

—¿Eso te dijo?

—No, eso fue lo que yo intuí.

—En la Muirka pagan bastante bien —dijo Frank—, si consideramos cómo están los salarios por aquí. Y al personal le hacen descuentos en las compras. Pero creo que

debo encontrar a alguien de más edad y quizá menos desdichado. Da la impresión de que lo que necesita esa chica es cuidar de sí misma, no cuidar de los demás.

Pero no deberías plantearte todo esto en función de tu propio provecho.

—¿Ah, no?

Trata de dejar a un lado tanto pensamiento acerca de ti mismo.

Tranquilízale, pensó Frank:

—Bueno, en cualquier caso, no estaría mucho tiempo.

—¿Has tenido noticias de Nellie?

—No. Ninguna.

—Pero esperas que regrese...

—Espero que regrese a todas horas.

—¿Qué le digo entonces a Lisa Ivánovna?

—Lo malo de ti, Selwyn, es que consigues que todos los demás se sientan culpables. Ahora yo me siento culpable... Supongo que lo mejor será que le digas a esa chica que venga a verme.

—¿Y cuándo he de hacerlo?

—Bueno, ¿cuándo cierran en la Muirka? A las seis y media. Tráela a la casa cuando salga del trabajo. No quiero que vaya a la oficina. A ver qué piensa de los niños.

—Tienes un corazón bueno, Frank. Muchos hombres, creo que la mayoría, habrían dicho: «A ver qué piensan los niños de ella», o incluso: «A ver qué pienso yo de ella».

—No querría tener que pensar en ella en absoluto —dijo Frank—. No sé qué más hacer por ti.

Tenía la impresión de que estaban evitando un aspecto importante del tema, pero se sentía demasiado cansado para intentar averiguar de qué se trataba.

Cuando Selwyn condujo a Lisa hacia la salita del 22 de la calle Lipka, Frank pensó que tenía un aspecto bastante más prometedor de lo que había imaginado. Qué poco justo (o poco razonable) era que una persona tuviera que estar a la altura de lo que se esperaba de ella, cuando ni siquiera sabía qué se esperaba de ella. Y, sin embargo, eso era por lo general a lo que se reducían las entrevistas. Lo que más le sorprendió fue su cabello. Como empleada en una tienda, tendría que haberlo llevado recogido. El viejo Merrilees no habría permitido jamás que no fuera así. Pero esa chica llevaba el pelo dividido en dos rubísimas trenzas, como las de una campesina o, más bien, como las de una campesina que saliera en un ballet. Con la raya en el centro, su grueso y rubio pelo brillaba bajo la luz eléctrica, muy claro a un lado, ensombrecido al otro. Frank no se veía capaz de soportar aquello.

Sus rasgos eran los del pálido, amplio, paciente y soñador rostro ruso, y le dio la impresión de que le recordaba a otro que había visto recientemente, aunque no podía

recordar ni cuándo ni dónde. Llevaba todavía su vestido negro de empleada de los almacenes, con un chal de color lila por encima, y unos sencillos pendientes de oro en las orejas. La descripción que Selwyn había hecho de ella insinuaba que podría llegar medio desmayada y cubierta de harapos, pero cuando se quitó el chal, Frank comprobó que era como cualquier otra empleada de la Muirka.

Selwyn sugirió que se sentaran todos. Lisa Ivánovna parecía asombrada, pero luego su expresión se serenó, y más tarde se mostró dispuesta a escuchar. Se sentó en el sillón que tenía más cerca, y que siempre había sido el de Nellie, aunque Lisa era más alta y más ancha que Nellie, de modo que su cabeza llegaba casi hasta el borde del respaldo. Se sentó sin rigidez pero sin mover tampoco un músculo. De una sola pieza, por así decirlo. Nellie nunca había sido de las que se quedan quietas mucho tiempo en una silla. Era más bien de las que pegan un salto y se dedican a merodear de un lado para otro.

Cuando Frank le hablaba a ella directamente, Lisa se volvía hacia él con cortesía, pero su autodominio producía un efecto curioso, como si, a pesar de la cortesía, estuviera escuchando alguna otra cosa que quedara más allá de su comprensión.

—¿Sabe usted cuidar niños? —empezó Frank, pero Selwyn, inclinándose hacia adelante, le interrumpió rápidamente en inglés:

—Frank, trabajo para ti como contable, y antes trabajé para tu padre. Lo hago lo mejor que puedo en mi campo, pero en este asunto debes considerarme un hermano mayor.

Lisa no podía sentirse avergonzada por unas palabras que no entendía. Evidentemente, tenía el don de la calma. Esperaba sin ninguna expresión concreta, aunque no tenía tampoco ese aire pasivo de quien sabe que está a punto de ser rechazado.

—Todo lo que te pido —continuó Selwyn— es que dejes bien claro que el ambiente es esperanzador, y que no tienes la menor duda de que pronto te reunirás con tu esposa. Te estoy hablando con toda franqueza...

—Pensé que podíamos dar eso por descontado.

Selwyn se aplacó. Ahora que había visto que todo iba bien, su mente se dirigió hacia su próxima empresa benéfica. Con la terrible vaguedad propia de la benevolencia, recorrió la habitación con la mirada, en busca de un nuevo infortunio.

Frank volvió a intentarlo:

—Lisa Ivanovna, ¿sabe usted cuidar niños? ¿Lo ha hecho alguna vez?

—Sí, tengo hermanos y hermanas menores.

—¿Y cree que es un trabajo difícil?

—Es bastante difícil cuando se trata de un solo niño, pero resulta fácil cuando se trata de varios.

—¿De verdad? —preguntó Selwyn, interesado—. Yo habría dicho que era justo al

revés.

—Bueno, yo tengo tres hijos —insistió Frank—. Los conocerá ahora mismo. Mi esposa ha tenido que viajar a Inglaterra urgentemente. La pequeña es la que necesita mas atención mientras que los otros ya están en la escuela. Y además, podría ir aprendiendo las letras y los números. Cuando regresen de la escuela, al mediodía, querrán ir a patinar donde sea que haya hielo, o dar un paseo por la Prechistnaia.

—¿Quiere usted que viva en esta casa?

—¿Dónde está viviendo en este momento?

—En el dormitorio para empleadas de la planta superior de Muir & Merrilees —dijo ella—. Preferiría vivir en su casa.

—No hace falta que vayamos ahora a dar un paseo por la Prechistnaia —dijo Ben irrumpiendo en la habitación—. Dolly no querrá salir a menos que vayamos a algún lugar especial, y solo hay un sitio al que a mí me apetece ir: al taller Nobel de la calle Petrovka.

—Ve a buscar a Dolly.

—¿Y a Annushka?

—Sí, y a Annushka.

Ben desapareció, y Selwyn se puso en pie.

—Cualquier decisión que tomes será la decisión correcta —dijo—. Me marchó.

Iba a la casa de niños expósitos. Estaba mal, por supuesto, no mostrarse paciente con él o criticarle mientras se dirigía en misión piadosa y a toda prisa hacia los recónditos lugares en que se ocultaban los pobres, los desafortunados y los desconsolados. Lugares a los que él podía acceder, a pesar de su condición de extranjero, como si avanzara al paso de los elegidos, cosa que, en parte, se debía a que con frecuencia se pensaba de él que estaba tocado con la gracia de Dios.

Cuando regresaron los tres niños, Annushka en silencio y vigilada de cerca por una severa Dolly, a Frank le impresionó lo poco que exteriorizaban los efectos de la orfandad materna. Para lo que cabría esperar, tendrían que estar más callados o quizá más revoltosos, y resultaba desconcertante comprobar que parecían estar exactamente igual que antes de que su madre se fuera. Se le habría roto el corazón si hubiera descubierto en ellos el menor síntoma de infelicidad, pero ahora lo que le alarmó fue no descubrirlo. Quizá Annushka tenía encima demasiados chales y demasiadas capas de ropa en una casa tan bien caldeada, y llevaba dos medallitas en el cuello además de la cruz de oro. Pero, más que descuidada, parecía mimada, y daba la impresión de que se lo estaba pasando bien.

—Esta es Dolly —comenzó.

—¿Dolly es Daria? —preguntó Lisa.

—Sí, Daria, Dasha, Dashenka. Pero yo soy inglesa y aquí me llaman Dolly.

—Dolly, Lisa Ivánovna. Va a cuidar de vosotros durante... No sé cuánto tiempo.

El que sea necesario, tal vez un par de semanas. Aunque podría ser más de un par de semanas...

Dolly y Lisa se dieron la mano siguiendo las normas habituales de cortesía, y las dos, criaturas reservadas, se quedaron de pie un momento una frente a la otra, bajo la luz de la lámpara de pantalla verde, guardándose sus propias opiniones para sí.

—Ben, dale la mano a Lisa Ivánovna —dijo Frank.

—¿Vas a vivir en nuestra casa? —preguntó Ben.

—Creo que sí.

—Será mejor que te decidas.

—No sé qué es lo mejor para mí —dijo Lisa con serenidad—. No me conocéis.

—Yo sí. Te he visto en la Muirka.

—En la sección de pañuelos —agregó Dolly.

—¿Alguna vez te has fijado en nosotros? —le pregunto Ben—. Vamos allí con bastante frecuencia.

—No. La verdad es que no. Espero no decepcionaros.

—No nos decepcionas —dijo Dolly—. Solamente queríamos saber si eras observadora o no.

Frank creía que a Lisa le resultaría más fácil cuidar de los niños si se acostumbraba desde el principio a la manera en que funcionaban sus mentes. Nellie a menudo le decía que no sabía de dónde habían sacado aquella manera de pensar y que, aunque no quería que fueran como los miembros de su propia familia, sí que esperaba que al menos empezaran a comportarse de una forma menos distinta a la de los hijos de otras personas. Y, sin embargo, los había abandonado. Los había enviado de vuelta en el tren de Mozhaisk, como si fueran fardos.

A continuación dijo que Lisa debería presentar el lunes siguiente su renuncia en Muir & Merrilees, y asumir sus funciones en la calle Lipka a partir de entonces.

—Sí. Tengo que cumplir la semana de preaviso.

—Traiga todas sus cosas el lunes. Tendrá una habitación preparada para usted.

Por primera vez pareció horrorizada, y él comprendió que no había dormido nunca sola en una habitación, ni cuando estaba en su pueblo ni luego en Moscú.

Los niños se habían ido a la cocina, donde sabía que estarían pidiendo pan mojado en té mientras participaban en la conversación acerca de Lisa Ivánovna. Podían oír sus voces, más altas o más suaves según se abrieran o cerraran las puertas de la cocina cuando alguien entraba o salía. Tal vez fuera mucho mejor para los niños que no supieran lo que era la compasión. Y, además, tal vez Lisa no necesitara que nadie la compadeciera. Recuerdo que Selwyn estuvo a punto de decirle, aunque no lo había hecho, por qué era tan desdichada y por qué había estado llorando detrás del mostrador de la Muirka.

Establecieron que su salario sería de cuatro rublos y sesenta y siete kopeks a la

semana, lo mismo que había estado ganando en los almacenes, pero sin ninguna deducción, por supuesto, por la comida y el alojamiento. A pesar de que no se sentía especialmente orgulloso de la oferta, se dio cuenta de que ella pensaba que era más que justa.

—Solo hay una cosa más, Lisa Ivánovna. Su pelo.

—¿Sí?

—Prefiero que no lleve trenzas. —No estaba obligado a dar ninguna razón, y no la dio. Ella asintió con la cabeza para mostrar que lo entendía—. ¿Hay algo más que quiera preguntarme?

—Sí, ¿tiene usted una dacha?

—Sí, tenemos una, en Berioznik. A los niños les gusta, por supuesto, pero yo no voy mucho. La verdad es que me encantaría deshacerme de ella. Es muy húmeda. Pero todavía no tengo que pensar en eso. Aún es invierno.

—Es casi primavera...

Esperaba que no empezara a llevarle la contraria tan pronto, y también que le sonriera de vez en cuando. Como no podía imaginársela era hecha un mar de lágrimas, ni en la Muirka ni en ningún otro lugar. El mundo exterior no parecía afectarla tanto como para llegar a eso.

Frank llamó a Kuriatin para preguntarle si había tenido noticias de la oferta de los japoneses por la Mamut.

—Si no puedes obtener un certificado de exportación tendré que buscar en otra parte. Tengo que vaciar todo aquello, y luego alquilar el terreno y los talleres. Desde que murió mi padre el coste de oportunidad ha sido de tres mil rublos al año. Aunque preferiría vender, por supuesto.

—Y los árboles, ¿qué vas a hacer con los árboles?

—Van con el terreno, pero no hay muchos. Unos pocos sauces y alisos.

—No son tan pocos, Frank Albertovich, no son tan pocos.

Al igual que todos los comerciantes y campesinos rusos, Kuriatin vivía obsesionado con la idea de cortar árboles. Además, había empezado a tentarle la posibilidad de comprar el terreno él mismo. En cuanto a la Mamut, Frank no esperaba una respuesta concreta todavía. Pero tampoco esperaba que Kuriatin cambiara de tema de forma tan abrupta, y le dijera con una risa que parecía capaz de reventar el frágil aparato telefónico:

—¿Ya estás contento? No más institutrices inglesas ni más viejas.

—He encontrado a una chica, sí. Y no es una institutriz.

—Déjame que te cuente una historia de la región de Orel, ya sabes, de mi parte del país —le gritó Kuriatin—. ¿Qué es lo que te enseña? Bien. Simplemente que es básico que uno decida lo que quiere que ocurra en su propia casa. Un campesino tomó a una joven por esposa...

Kuriatin contaba esas historias con frecuencia, aunque, para ser justos, había que reconocer que Frank nunca le había oído contar la misma historia dos veces. Ello podría deberse, sencillamente, a que no provenían de la región de Orel, como él siempre afirmaba, sino que se las inventaba para la ocasión.

—De los cientos de mujeres que tenía a su disposición, el campesino eligió a una perezosa, una niña haragana que lo hacía todo mal y que le hizo vender su caballo para comprar ropa delicada. Le preparó un pan tan pesado que tuvieron que echárselo al cerdo, y el cerdo se murió en medio de grandes dolores. Tejió unas sábanas tan burdas que cuando el marido se metió en la cama con su esposa las telas le arrancaron la piel. Así que al final el campesino le dijo a la mujer: «Me has hecho vender el caballo, mi cerdo ha muerto, y encima no me has dado ningún hijo. Así que ahora puedes ponerte entre los ejes del carro, alimentarte de avena y centeno, y hacer tú el trabajo de un caballo». De esta manera demostró que él era el amo de su casa. No olvides esta historia, Frank Albertovich, porque se puede sacar mucho provecho de ella.

—No le veo el provecho por ningún lado... —respondió Frank—. Me parece

detestable desde el principio. Hasta el más mínimo detalle es detestable.

Eso es porque no la entiendes. Como no hay campesinos en Inglaterra, no tenéis historias.

—Tenemos montones de historias —dijo Frank—. Pero en las nuestras la mujer siempre sale mejor parada.

—Razón de más para recordar esta.

El trabajo en la imprenta salía adelante con una satisfactoria falta de incidentes, marcando su propio ritmo desde el momento en que se anotaban los encargos en el libro de pedidos, hasta que esos mismos encargos quedaban finalizados, revisados, enumerados y apilados para la entrega. Solo había un problema, le dijo a Tviordov, y eran los tipos europeos que necesitaban para la impresión manual de *Los pensamientos del abedul*. Sin embargo, aún quedaban sitios en los que no había preguntado.

Tviordov había empezado ya a distribuir los tipos. Ponía las letras en sus respectivos cajetines con un sonido característico, sin mirar las etiquetas, a pesar de que llevar bien a cabo esa complicada labor era de su exclusiva responsabilidad. Al parecer el proceso no le interesaba mucho, o mejor dicho, había otra cosa que le interesaba mucho más. Se escuchó su voz, por encima del repiqueteo de fondo:

—Un hombre vive sometido al dominio de la naturaleza. No puede cuidar de los niños, pero tampoco puede vivir solo.

—¿Por qué no? —preguntó Frank—. Selwyn Osipych vive solo.

—Puede ser, pero él es un hombre de Dios.

—No veo por qué un hombre no puede vivir solo, sea quien sea, siempre y cuando actúe con sensatez.

—Eso es lo que usted dice, Frank Albertovich, pero su esposa se fue hace solo unos días y ya ha metido usted a otra mujer en su casa.

Tviordov dijo esto sin ningún ánimo de reproche. Bien mirado, su razonamiento no era muy diferente del de Kuriatin.

Mucho más importante para la propia tranquilidad de Frank era la opinión de los que vivían en la casa de la calle Lipka, algo que dependía sobre todo de Toma y de la cocinera, y, hasta cierto punto, también de la perra, Blashl, un animal muy leal pero muy tonto, que demostraba su cariño con intensidad. El hombre que atendía el patio no tenía opinión alguna, aparte de las de Blashl. Toma le había dicho a Frank, en nombre de todos, aunque sin llegar a precisar cómo habían llegado a esa conclusión, que estarían encantados de darle la bienvenida a Lisa Ivánovna el lunes.

—Bueno, ¿ha venido? —preguntó Frank por la noche. Los niños le esperaban en torno a la mesa para cenar. Habían servido ya distintos tipos de pan y en el centro habían puesto un plato para el repollo hervido, que aliñarían con aceite de girasol en vez de con mantequilla, ya que estaban en la Cuaresma. Ben se quejaba de que

Annushka, contraviniendo todos los precedentes, pretendía bendecir la mesa.

—Oh Señor Jesús, que con cinco panes y dos peces... —farfulló la niña, que para su edad tenía una complexión bastante sólida.

—No sabe lo que dice —repitió Ben.

Frank se sintió abrumado. La inquietud era la misma que cuando el capellán le mostró su sermón y agitó las hojas ante él, lleno de amabilidad pero sin traslucir esperanza alguna. De manera tibia aunque no fría, escéptica pero no del todo incrédula, Frank había adoptado la costumbre de no preguntarse cuáles eran sus pensamientos en cada momento.

No le veo el problema a que sea ella quien bendiga la mesa —dijo.

Sus palabras no significan nada —dijo Dolly, alzando la mirada por primera vez—. Mi maestra dice que Dios no existe.

—Nunca me habías contado nada acerca de ese tema.

—Oh, Señor Jesús, que con cinco panes... —persistía Annushka.

—Tengo una profesora diferente este año —dijo Dolly—. El año pasado tuvimos a Anastasia Sergeevna, y este año tenemos a Katia Alexeevna.

—Es fea —dijo Ben—. Tiene tanto pelo negro en los brazos como para rellenar un colchón.

Dolly no le hizo caso.

—Ha pasado mucho tiempo reflexionando sobre todas esas cosas, y dice que Dios no existe.

Lisa entró en la habitación. Se volvió hacia Frank simplemente para comprobar que era él quien mantenía el orden, aunque su gesto pareció ser lo bastante significativo y los niños, que en realidad estaban deseando callarse, se callaron. También lo hizo Frank al ver que Lisa se había cortado el pelo. Quizá le había pedido a alguien que lo hiciera, ya que el corte era bastante aceptable.

—Así es como lleva el pelo mi profesora —dijo Dolly.

Frank no estaba seguro de si esa semejanza podía llegar a intimidarla o no.

La calma se había instalado entre ellos. La habitación estaba en paz, y todos se sentaron a comer. Frank trató de no mirar a Lisa. El corte de pelo había hecho que su aspecto cambiara muchísimo. Su belleza residía principalmente en los ojos, que no eran especialmente grandes y que estaban demasiado próximos entre sí, pero que formaban alargadas elipses de color gris oscuro, con oscuras pestañas y el párpado inferior un poco levantado, como si esperara ver una luz brillante en cualquier momento. Quizá al principio fuera difícil para ella, tenerlos a todos sentados allí. Sin embargo, cuando por fin fijó su mirada en ella, pensó en lo mucho que cambiaba el rostro de una persona durante las comidas. La cara de Lisa, tan pálida, tan plácida, tan tranquila incluso al hablar y al sonreír, se mostraba ahora deformada por el gran trozo de pan blanco que se acababa de meter en la boca, haciendo que se le abultara la

mejilla derecha mientras sus magníficas y jóvenes mandíbulas se movían mecánicamente a un lado y a otro, y su blanca garganta se dilataba al tragar la sopa de patata. «Bueno, la chica tiene que mantenerse viva», pensó. Y tal vez venga de pasar hambre. Lo cierto era que a Lisa no le preocupaba lo más mínimo lo que su amo pudiera pensar de ella. Quizá creyera que debía aceptarla tal y como era, aunque lo más probable era que no pensara en él en absoluto. Después de todo, la había contratado solo de forma temporal y por un salario convenido por semana para que cuidara de los niños. Y sin su hermoso cabello resultaría menos interesante. Frank deseaba que así fuera.

Toma trajo una fuente con el pescado que habían empleado para hacer la sopa, y la colocó sobre el aparador. Al igual que la sopera, formaba parte de uno de los juegos que Nellie se había llevado primero a Alemania y luego a Moscú. Era de Staffordshire, regalo de Charlie. Estuvo retenido en la aduana Dios sabe cuánto tiempo porque los encargados de la mudanza lo habían envuelto en periódicos ingleses, y había que esperar a que los censores rusos leyeran, o hicieran como que habían leído, cada línea y cada palabra impresas.

Levantaron la tapa de la sopera, y de ella surgió una fabulosa vaharada de vapor oloroso a pescado. Era como si estuvieran en un muelle del puerto al atardecer. Todos se comieron un plato entero menos Annushka, que tenía un platito que también formaba parte de la vajilla. Empezó a lloriquear.

—Ni siquiera deberías estar aquí —le dijo Dolly—. Te queremos, pero resultas supèrflua.

Annushka gritó más fuerte, y Lisa se levantó en silencio y la sacó de la habitación.

—Trae algo caliente para Lisa Ivánovna —dijo Frank.

Después de que las dos hubieran salido de la habitación, él aprovechó la oportunidad para preguntarle a Dolly por su nueva profesora.

—¿Se pasa el sacerdote por las clases?

—¡Oh, el *bátiushka!* —dijo Dolly—. Sí, sí viene, pero le dan miedo las mujeres con ideas políticas. Mi profesora le da miedo...

—Si tu profesora fuera lo que tú dices, no estaría trabajando en tu colegio.

No obstante, parecía ser que esta profesora había pasado parte del año anterior en el exilio como persona sospechosa, en un pueblo perdido en algún lugar cerca del río Yemtsa.

—El gobierno le daba trece rublos al mes y un subsidio para ropa de invierno extra, pero ella no se compró nada.

—Está trasnochada —dijo Ben.

—Como exiliado te dan solo ocho rublos si eres de origen campesino —continuó Dolly—. Pero en ese caso, naturalmente, puedes ganar más dinero si trabajas en los

campos de patatas.

—Lisa Ivánovna es de origen campesino —dijo Ben—. Esa es su posición social. Lo pone en sus papeles.

—¿Es que los habéis mirado?

—No. Se lo hemos preguntado a ella.

—¡Ya basta! —dijo Frank.

—Todo volverá a ir bien cuando baje... —dijo Dolly.

Y la verdad es que Lisa trajo consigo una curiosa paz que se apoderó de la habitación entera. Curiosa al menos para

Frank, que experimentaba a la vez cierta alteración. Lisa había acostado a Annushka y, cuando comenzó a comerse el pescado, Frank pensó que había acertado en su primera suposición: antes de llegar a esa casa había pasado hambre. «Pero no tiene sentido», pensó. Los dependientes de la Muirka tenían que pagarse la comida, cierto, pero había que tener en cuenta también que el restaurante para los empleados estaba subvencionado, al igual que lo estaba el comedor en la imprenta. Si no comió lo suficiente habrá sido por culpa suya. Además, ¿en qué si no se gastarían el sueldo? Para seguir con la conversación, le dijo:

—Veo que se ha cortado el pelo, Lisa Ivánovna.

—Habríamos preferido que no lo hiciera —dijo Ben.

—Bueno, aunque me haya equivocado, volverá a crecer —dijo Lisa.

Frank pensó que en ese momento tendría que mirarle con un gesto de confusión o de reproche, o al menos llevarse una mano a la parte posterior de la cabeza, que era lo que todas las mujeres hacen cuando se habla de su cabello.

—Pareces una estudiante —dijo Ben—. Ahora lo único que te falta es un arma. —Sacó un revólver de juguete, de madera y estaño—. Es una Webley, la misma que llevan ahora todos los estudiantes. La compré en la tienda japonesa que hay cerca del puente Kuznetski.

—Pensé que allí vendían solo cometas —dijo Frank.

—También —dijo Ben—. Pero yo no quiero una cometa.

Lisa se ha cortado el pelo porque no te gustó cómo lo llevaba la primera vez que vino —dijo Dolly—. Deberías decirle algo al respecto.

Me imagino que Lisa no querrá escuchar ese tipo de comentarios —dijo Frank—. ¿A quién le gustaría tener que escuchar algo así? A mi, desde luego, no me gustaría.

—No me importa que me digan que parezco una estudiante —dijo Lisa—. Lo cierto es que me gustaría haber estudiado. Pero no quiero parecer lo que no soy.

«¿Cómo va a parecer lo que no es?» Frank no quería decírselo en voz alta. Solo quería observarla en calma. «Usted, Lisa Ivánovna, es carne sólida^[8] debajo de la ropa y al alcance de la mano, o casi, en todo el esplendor de la carne sólida, solo atenuado por esa estúpida idea de cortarse el pelo... Tendría que haber sabido que no

era eso lo que yo pretendía. ¿Por qué permitió que le acercaran siquiera la tijera? Quizá un poco atenuada, pero carne sólida al fin y al cabo. En cualquier caso, solo puedo saber si un cuerpo es sólido de verdad al tocarlo, algo que, en este caso concreto, para ser sinceros, de ningún modo resultaría suficiente.»

—¿Qué hiciste con él? —preguntó Ben—. ¿Lo vendiste? Tienes que cortártelo si has pasado la fiebre tifoidea, pero entonces no vale nada.

Antes de cerrar la casa por la noche, Frank aprovechó para decirle a Lisa:

—Siento que no pudiera estudiar usted, si era eso lo que quería hacer. Si necesita ayuda, o si necesita cualquier otra cosa, lo que sea, por favor, dígamelo.

Esperaba que ella respondiese con las frases habituales, tan socorridas: «Qué bueno es usted» o «Es usted un buen hombre, Frank Albertovich». Pero en cambio ella le dijo que había otras personas que necesitaban más su ayuda. Y él pensó que tenía toda la razón del mundo. «Y puede que yo sea una de esas personas.» Se sintió desconcertado.

No había nada que reprochar al trabajo de Selwyn en la Reidka, pero el inminente nacimiento de su primer libro le estaba alterando. Los poetas y los padres de mediana edad se convierten en seres indefensos. Cuando *Los pensamientos del abedul* estuviera ya impreso, cosido, encuadernado y prensado, y llegara a las mejores librerías de la Lubianka, el poeta volvería a preocuparse, pero al menos se trataría de una preocupación distinta. No obstante, hasta que llegara ese momento, había empezado a hablar de una versión en alemán —lo que significaba tener que pedir prestado un nuevo juego de tipos de imprenta—, y de otra en ruso. Estos dos proyectos hicieron que Frank albergara la idea de contratar a un segundo contable. Los beneficios que generaba la Reidka darían justo para cubrir el nuevo salario. Y tendría que hacerlo todo sin herir los sentimientos de Selwyn. Aunque Selwyn no era un hombre vanidoso precisamente.

—Bernov será tan solo el contable de costes. Nunca hemos tenido uno. No se ocupará de la gestión, desde luego, pero sí tendremos que escuchar sus consejos.

—Claro. Claro... ¿Dónde lo has encontrado, Frank?

—Viene de Sytin. Una empresa muy pequeña después de una muy grande, pero supongo que aquí hallara nuevas oportunidades.

—¿De Sytin! Esto le va a parecer otro mundo. ¿Cuándo empieza?

—Le tendremos aquí para el 17 de marzo. Del calendario ruso.

—Excelente, excelente... Pero, Frank, el 17 es el día de san Modesto. Celebraremos la bendición del icono.

—Eso será por la tarde. Hemos llegado a un acuerdo, y todos trabajarán hasta las cuatro, como de costumbre. No es festivo. Dispondremos de todo el día para mostrarle a Bernov cómo hacemos aquí las cosas.

Frank sabía que Selwyn tendría que haber estado presente cuando entrevistó a Bernov, siempre en guardia, tan ambicioso y de mirada tan despierta. Sintió una punzada de vergüenza cuando Selwyn le preguntó solo una cosa más:

—¿Tú crees que este joven estará de alguna manera influido por las enseñanzas de Tolstói?

Tuvo que decir que no lo sabía, pero que lo veía poco probable.

—Pero no te pareció que fuera propenso a las discusiones...

—Conmigo no discutió, desde luego.

Todo eso se había decidido antes de que Nellie se marchara, en lo que, si el tiempo fuera espacio, sería otro continente. Le enviaba todos los días una carta que, por apenas ocho kopeks, incluía un impreso de respuesta en blanco. Le había contado que ahora había una nueva chica en casa, una chica rusa, que había contratado para cuidar de los niños. Por supuesto, no tenía la dirección de Nellie. Solo la de Charlie,

así que se imaginaba que los sobres estarían amontonándose todos en la entrada, bajo la luz multicolor de la vidriera de la puerta principal. Dolly y Ben también escribieron una vez, y Annushka añadió una vacilante A' rusa. Frank no sabía lo que Dolly le había puesto, y pensó que tratar de averiguarlo resultaría deshonroso. Ella le preguntó que cómo se escribía «irresponsable». Pero también esa carta terminaría en la entrada, amontonada en el plato de bronce de Charlie.

—¡Se va tu esposa, y tú contratas a un nuevo empleado! —le gritó Kuriatin al teléfono, aparato al que nunca se acostumbraría—. ¿Por qué necesitas más personal?

—Desconfiarías lo mismo si los despidiera a todos a un tiempo —dijo Frank.

—Lo que ocurre es que sé cómo funciona el negocio de la impresión. Los grandes se expanden, así que más os vale a los pequeños extranjeros como tú andaros con cuidado.

—No tienes ni idea de cómo funciona este negocio, Arkadi Filíppovich. Si no se hubiera inventado la imprenta a ti te iría exactamente igual.

—Veámonos. Hablemos de todas estas cosas en la Rusalochka.

—Hablaemos, si quieres —dijo Frank—. Pero ya sabes que en la Rusalochka no podremos oír nada de lo que digamos.

Durante los cuarenta y nueve días que duraba la Cuaresma dejaban de programarse algunos espectáculos y cerraban ciertos restaurantes de Moscú, pero nunca la Rusalochka, el salón de té anexo al club de comerciantes.

—Ven a la Rusalochka —le repitió Kuriatin—. Y cerramos allí nuestro acuerdo de una vez por todas.

Frank intentaba en la medida de lo posible evitar ese lugar, que contradecía su idea de lo que era razonable, y no armonizaba con su preferencia por una vida tranquila. Como se suponía que allí se iba a beber té, las paredes estaban pintadas, desde el humeante techo hasta el suelo, con frescos de un color dorado rojizo y plateado que mostraban figuras que bailaban, que se abrazaban y que bebían té entremezcladas con caballos, colleras con campanas de oro, guerreros, pequeñas chozas que hacían cabriolas de un lado a otro sobre patas de pollo, niños con sonrisas bobaliconas, ranas coronadas, cisnes moribundos, cigüeñas exultantes y mujeres desnudas que se reían con aparente satisfacción, y cuyos cuerpos aparecían cubiertos (aunque no mucho) con las nubes de un encendido atardecer. En principio, servir las mesas de la Rusalochka tendría que ser un asunto sencillo, ya que solo ofrecían té, pasteles, vodka, y *listofka*, *slievanka*, *vieshniovka* y *beriozovitsa*, licores de grosella, ciruela, cereza y savia de abedul. Pero cada enorme tetera de plata era como un timbal puesto sobre una mesita de ruedas y, por los pasillos que se abrían entre unas mesas que se iban haciendo más y más pequeñas a medida que se iba llenando la sala, los camareros (que parecían haber sido contratados más por su fuerza que por su habilidad) las llevaban de un lado a otro sin chocar con las demás teteras o con los

carritos de bebidas alcohólicas sirviéndose de maniobras que obedecían a las amenazas y advertencias de los vociferantes clientes quienes, o bien pedían algo más, o bien se dedicaban a vitorear las carreras de las teteras como si de un evento deportivo se tratara. En cualquier caso, los clientes eran solo un abrir y cerrar de bocas, ya que cualquier sonido que pudieran emitir, y el significado de lo que pudieran decir, quedaba extinguido por el poderoso *Garmoniphon* de la Rusalochka, el gran órgano dorado que, con su vertiginoso despliegue de tubos de *garmónica*, ocupaba la totalidad de una de las paredes de aquellos demoníacos salones de té. Quien se encargaba de tocarlo era un alemán con levita, aunque tal vez se tratara de una serie completa de alemanes con levita, todos muy parecidos entre sí. Cuando estaban en casa, los comerciantes preferían las viejas canciones rusas, pero aquí no. En la Rusalochka, un lugar muy caro, por cierto, no. Allí uno veía y se dejaba ver, y se interpretaba primero a Grieg y luego la *Belle Héléne* de Offenbach en un tono de astillero a pleno rendimiento. Y, sin embargo, Kuriatin, si se lo proponía, era capaz de hacerse oír.

—He venido aquí solo porque tú me lo has pedido —dijo Frank, acercándose una enorme silla dorada—. Pero no pienses que me había olvidado de cómo era esto.

Sabía que Kuriatin le había invitado a la Rusalochka en parte para gastarle una broma. Una broma que él se tomaría como debían tomarse las bromas. Pero Kuriatin también se había propuesto ofrecerle algo auténticamente agradable, ya que estaba convencido de que Frank, en un día normal de trabajo, no tenía oportunidad de ver nada tan sobrecogedor como aquel *Garmoniphon*. De todas formas, no estaba tranquilo dado que había negocios de por medio y, aunque hiciera o lograra negociar una oferta por la Mamut, siempre tendría la impresión de que iba a salir perdiendo si no podía optar también al terreno de Reid, con sus edificios y sus árboles para cortar. Además, algo le decía que Frank, después de todo, no estaba muy impresionado por lo que veía en la Rusalochka (a pesar de que muchos de los adornos estaban hechos con panes de oro auténticos), lo que le llevaba a sentir cierta compasión por él. Aunque, allí, enfrentada a esa compasión, había también algo de envidia.

¿Pero qué diablos estaba haciendo Selwyn en la Rusalochka? Solo los comerciantes y sus invitados podían acceder al lugar y, sin embargo, ahí estaba él, avanzando hacia su mesa con paso oscilante pero decidido.

—Quería hablar un segundo con Frank Albertovich. Fui a su casa y me dijeron que tenía un compromiso aquí.

—Siéntese, siéntese, Selwyn Osipych —exclamó Kuriatin—. Siéntese, mi querido amigo. —Y, al ver que Selwyn sonreía y miraba a su alrededor distraído, sin llegar a sentarse, siguió—: ¿Es que no quiere sentarse usted a mi lado? —Selwyn, que llevaba la misma pinta estrambótica de siempre, no podía ser tan importante para él, ni económica ni socialmente, pero Kuriatin temblaba de pies a cabeza de pura

impaciencia—. No quiere sentarse a mi lado... Le incomoda ver cómo un hombre se gasta su dinero en la Rusalochka. Usted me dirá que en las aldeas los campesinos han tenido que arrancar la paja de sus tejados este invierno para dar de comer al ganado, y sin duda es cierto. Pero ¿quién es feliz en Rusia?

—No, no... Se equivoca —dijo Selwyn suavemente—. Yo no critico lo que usted hace. ¿Cómo voy a criticar una existencia que no entiendo? Creo que usted es feliz...

—Es cierto. Es cierto. Cuando me muera, Dios me dirá: bien, yo te di una vida en la tierra, Arkadi Filíppovich, y lo que es más, te di una vida en Rusia. ¿Pasaste un buen rato? ¿Sí? De lo contrario, ¿por qué has perdido el tiempo?

—¿De qué quieres hablar conmigo, Selwyn? —preguntó Frank, intentando no gritar—. ¿No puede esperar? De todas formas, si te vas a quedar, siéntate, por el amor de Dios.

Pero Selwyn no dejaba de observar las paredes de color dorado y cobrizo, la amenazante tribuna del órgano, la peligrosa circulación de los camareros, los abotargados clientes, humeantes y sudorosos, que recibían toallitas calientes al estilo chino para limpiarse la empapada frente, y negó suavemente con la cabeza. El efecto sobre Kuriatin fue inmediato. Puso una mano en el brazo de Selwyn, y comenzó a rogarle, casi como si quisiera seducirle:

—Un buen vaso de algo... Un samovar, un *samovdrchik*, un samovarcito pequeñín... Aquí puedo pedir lo que quiera. Hay pastel de pasas, *Dundeekeks*, como en Escocia...

Se levantó pesadamente de su asiento, estrechó a Selwyn entre sus brazos y lo besó en la barbilla, que era hasta donde alcanzaba, mientras una de las teteras móviles, en su imparable movimiento recto por delante de la mesa, viró bruscamente y consiguió no chocar con él, aunque por poco.

Después de soltarse, Selwyn le hizo a Frank un gesto con la cabeza y salió de la Rusalochka. Kuriatin se deshinchó.

—Has hablado como uno de los hombres ricos de la Biblia ante la entrada del profeta —le dijo Frank—. Sé que te va muy bien, pero no eres tan rico como para comportarte así.

—Selwyn Osipych me estaba reprendiendo. Sé que no era esa su intención. Lo sé. Pero, sí. Me ha echado una reprimenda. Y ahora no voy a poder quedarme con nada tuyo. —En ese instante aumentó el volumen del órgano y hasta Kuriatin tuvo que elevar la voz—. ¡No me quedaré con nada!

¿Cómo era posible que Selwyn, en un par de minutos tan insustanciales, hubiera provocado, sin proponérselo del todo, esa firmeza y ese arrepentimiento en Kuriatin? Semejante don le sería valiosísimo en el mundo los negocios, si es que Selwyn llegaba a dedicarse a ellos alguna vez.

—Te he invitado a que vinieras aquí, pero mis intenciones no son buenas en lo

que se refiere a los negocios que quiero tratar contigo —le dijo Kuriatin, todavía con lágrimas en los ojos—. Te mentí cuando te dije que no me daban los permisos para exportar la Mamut. Lo que sucede es que me di cuenta de que cualquier dilación podía reportarme mayores ganancias.

—Claro que me has mentido —respondió Frank—. He venido sobre todo para decirte que ya me he encargado yo de conseguir los permisos del Ministerio del Interior y del Ministerio de Transporte. No me importa. Lo hecho, hecho está. Pero no puedo esperar más. He de tener esas tierras disponibles ya, para alquilarlas o para venderlas.

Cuando pronunció las palabras «alquilar o vender», Kuriatin volvió a recuperar por un instante su aspecto habitual, pero luego se le volvieron a llenar los ojos de lágrimas, y le dijo que los pormenores del asunto habían dejado de interesarle.

—¿Solo porque Selwyn Osipych ha entrado y no se ha sentado a la mesa?

—Tú no sabes cómo era yo de niño, Frank Albertovich. Los recuerdos que un hombre tiene de su infancia pueden hacer que su alma se conmueva, aunque ese hombre sea duro como una piedra. Tengo fotografías de cuando era pequeño, muy borrosas, pero en ellas me veo como era entonces, sentado en un carrito tirado por una cabra.

—¿Cuánto tiempo crees que te va a durar este cambio de actitud? —preguntó Frank, pensando en el resto de los acuerdos que tenían pendientes.

—¿Quién sabe? —Kuriatin apartó las botellas que había en la mesa.

Frank bajó, recogió su abrigo, y huyó del aplastante calor, del ruido y del arrepentido comerciante, en el que no terminaba de creer. Al llegar al Redentor, un vagabundo salió de las sombras de uno de los pórticos del muro sur, y se dirigió a él. Los policías nunca echaban a los mendigos que había cerca de las grandes iglesias. En realidad nadie quería que lo hicieran. Frank se detuvo para sacar la reserva de veinticinco monedas de kopek que siempre llevaba a mano para tales menesteres. Pero se trataba de Selwyn, que llevaba sobre los hombros su andrajoso abrigo de piel de oveja.

—Te estaba esperando, Frank. No podía hablar contigo delante de Kuriatin.

—Entonces no tengo ni idea de por qué te presentaste en la Rusalochka.

—Esperaba que pudieras salir de allí conmigo.

—Bueno, estaba allí por negocios. ¿Sucede algo?

La respiración de ambos se cristalizaba en el vaho que ascendía por el aire glacial de la noche, bajo la luz de las farolas. Más ligera la de Selwyn, más pesada la de Frank.

—Volví a la imprenta, Frank, después de cerrar. Esta noche, ya sabes, como tenías que irte pronto por lo de tu cita, tenía yo las llaves. Volví porque no pude ver en todo el día hasta dónde habían llegado con...

—Con tus poemas.

Por supuesto, se lo podía haber preguntado a Tviordov, pero Frank estaba al tanto de que Selwyn se sentía intimidado por Tviordov.

—Sí, sí, con *Los pensamientos del abedul*. —Selwyn pronunció el título, como siempre, entristeciendo el tono. Un tono que en Inglaterra quedaría reservado exclusivamente para los temas de índole religiosa.

— *Los pensamientos del abedul* van muy bien —dijo Frank—. Mañana por la mañana, cuando llegues, podrás comprobar cómo ha quedado la primera edición. Les mandé que dejaran setenta y cinco ejemplares en la sala de los cajistas, y que los separaran de los que van para el reparto. Si has ido esta noche, te los podías haber llevado. No sé por qué no lo has hecho.

—Eso es lo que he venido a decirte, Frank. Había luz en el edificio.

—¿No comprobaste que las luces estuvieran apagadas cuando te fuiste?

—Voy a ser más preciso: había una luz encendida, Frank, una única luz en el edificio. Creo que era la luz de una vela. Se movía de una ventana a otra.

—Bueno, ¿y quién era?

—Me temo que eso no puedo decírtelo. No reuní valor para entrar y comprobarlo.

—¿Quieres decir que le dejaste allí, sin decir nada, fuera quien fuera?

—No sabía quién llevaba esa vela, Frank. Podía tratarse de alguien violento... Sabes que yo soy un hombre de paz, un hombre entregado a la poesía. —Selwyn parecía estar murmurando algo, tal vez una bendición—. Todos los hombres que vienen a este mundo, Frank, escriben poesía en un momento o en otro. Tú quizá no lo hayas hecho todavía...

—Escucha, Selwyn. ¿Entiendes bien lo que te digo?

—Sí, por supuesto.

—Lo primero, entrégame las llaves.

—¿Las llaves de la imprenta?

—Las llaves de la imprenta.

Selwyn vaciló, como si le embargara la duda o tal vez la inspiración, y luego se las entregó.

—Ahora acércate al 22 de la calle Lipka, o llámales por teléfono, y diles que voy a volver tarde, más tarde de lo previsto. ¿Está claro? ¿Estás seguro de que no se te va a olvidar decírselo?

—Sí, sí. Hablaré con Lisa Ivánovna.

—Cuéntale solo lo que te he dicho.

Era la peor época del año en Moscú para ir a cualquier lugar con prisas. Los trineos habían desaparecido de las calles, todavía había demasiado hielo para que circularan los taxis, así que no le quedaba más remedio que alquilar un coche de caballos. Era la víspera de una festividad religiosa, de modo que todas las tarifas se

duplicarían. Frank no tenía ni idea de lo que esperaba encontrar en la imprenta. En el coche lanzó al aire una de sus veinticinco monedas de un kopek. Zar o águila. Águila, y pararía en la primera comisaría de policía para pedirle a un inspector que fuera con él. Zar, iría solo. Fue solo.

En la Reidka todavía se veía luz en la ventana de los cajistas. Frank sorteó las filas de carritos para los chicos del reparto que llegarían por la mañana, e intentó entrar por la puerta principal. Estaba abierta. Subió las escaleras, sin preocuparse de si hacía mucho o poco ruido al andar.

Había un hombre joven, aún con el abrigo puesto, sentado de espaldas a la puerta de la habitación en uno de los taburetes de los cajistas. Tenía una vela encendida delante de él. Podría estar durmiendo, pero de repente se puso muy recto y se volvió hacia Frank para mostrarle un rostro lleno de reproches. Parecía un estudiante y estaba muy pálido. Sus rubias pestañas le lanzaron una mirada de desconcierto, como si se le acabara de ocurrir algo, pero no estaba tan aturdido como para no apagar la vela cuando Frank encendió la luz. Seguramente estaba acostumbrado a gastar lo menos posible.

—Me ha encontrado...

—Pues no te estaba buscando —dijo Frank—. ¿Quién eres?

El joven sacó del bolsillo de su abrigo una automática de unos quince centímetros de largo que bien podía ser un juguete, como el de Ben, o bien podía ser una Webley verdadera, que era lo que llevaban todos los estudiantes. No había sitio en la chaqueta reglamentaria, abotonada hasta arriba, para esconder una pistola, así que no tenían más remedio que llevarla en el bolsillo derecho del abrigo. Se puso en pie y disparó dos veces. El primer disparo fue a parar muy lejos de Frank, y dio en la pared de enfrente, de la que se desprendió un fragmento de yeso. El segundo, todavía desviado pero más cercano, golpeó la caja alta de madera del chibalete de Tviordov, la rompió en pedazos, hizo que las versalitas cayeran al suelo en una cascada de metal, rebotó hasta atravesar por el mismo centro el delantal blanco que colgaba del gancho, siempre a mano, y luego fue a hundirse detrás del chibalete.

—¡Lo ha visto! ¡Ya ha visto que no quería alcanzarle!

—¡No sé si querías o no! —exclamó Frank.

Avanzó, colocó el antebrazo debajo de la barbilla del joven, justo en la garganta, y apretó. Había aprendido a hacer aquello de pequeño en el patio de la escuela número 8 de Moscú (Moderna y Técnica). Luego le quitó la automática de las manos, le puso el seguro, y la miró.

—Tienes que limpiarla —dijo—. De lo contrario, se podría romper el resorte del gatillo y la pistola seguiría disparando hasta que vaciase el cargador.

El estudiante, doblado, estaba tosiendo. Frank le ofreció un vaso de agua del grifo del fregadero del rincón.

—¿Es agua limpia?

—Es de la que beben aquí.

Ya me siento mejor. Me llamo Volodia Vasilich. El apellido no importa.

—No te lo he preguntado.

—Este local es suyo, Frank Albertovich. Así que querrá saber qué hago aquí.

—Estoy seguro de que al final me lo acabarás diciendo. Supongo que eres estudiante.

—Sí.

—¿Estudiante de qué?

—Historia Política.

Por qué se habría molestado en preguntar. Luego dijo:

—Mañana por la mañana tendré que explicarle al cajista jefe a qué ha venido todo este lío.

Con toda naturalidad, Volodia se puso a cuatro patas y comenzó a recoger los tipos desperdigados por el suelo.

—No. Déjalo —dijo Frank—. Tienen que estar en su sitio o no sirve de nada. Lo que quiero saber realmente es cómo has logrado entrar.

—La puerta no estaba cerrada con llave.

—¿Y eso no te sorprendió?

—Nada me sorprende ya.

Desde abajo una voz gritó:

—¡Señor, se han escuchado disparos procedentes de sus instalaciones!

Era el vigilante nocturno. Por nada en el mundo iba a subir las escaleras si arriba existía la mínima posibilidad de que alguien pudiera pegarle un tiro. En general, era un tipo de lo más sensato.

—¡Todo está en orden, Gulianin!

—Bien, señor. Muy bien.

Gulianin se retiró.

—No hay duda de que va a buscar a la policía —dijo Volodia.

—No hay duda de que no lo hará. Esperará a ver cuánto le doy por la mañana por guardar silencio.

Volodia, que parecía haberse preparado lo que tenía que decir, repitió:

—Soy Volodia Vasilich.

—Eso ya me lo has dicho.

—Y solo le he disparado para demostrarle que voy en serio. Me explico. Usted es impresor, Frank Albertovich...

—No voy a negártelo. ¿Quieres imprimir algo?

—Suelo trabajar con una pequeña imprenta manual, pero ahora mismo no dispongo de ninguna. Pensé que si encontraba aquí alguna imprenta manual podría conseguir lo que necesito, solo un par de páginas. Se requieren pocas horas. Pero no hay contraventanas aquí y no puedo trabajar sin luz, así que no sabía cómo ocultarme.

—Comprendo. Te encuentras en una situación delicada. Pero podrías haber venido y habernos hecho un encargo, ¿no? Así es como actúa la gente. No obstante, he de decirte que aquí no hacemos nada político.

—Lo que he escrito no es político.

—¿De qué trata?

—De la compasión universal.

El semblante de Volodia estaba tenso, como si estuviera participando en un concurso y no pudiera creerse que no había ganado el premio.

—Bueno, siempre podías habernos pedido un presupuesto —dijo Frank—. Para esas dos páginas, quiero decir. Te habrías ahorrado tiempo y a nosotros un montón de perjuicios. Supongo que nuestros precios te habrían parecido bastante razonables.

Precios... No sé cómo funciona eso —murmuró Volodya. A continuación, después de hacer una pausa para reflexionar, siguió—: Es posible que lo que quiero imprimir pueda considerarse de tema político...

—Supongo que eso dependerá de quién sea universalmente compadecido —dijo Frank—. ¿Llevas el manuscrito encima?

Volodia vaciló:

—No. Lo he memorizado. —Hizo un gesto amplio con los dos brazos, como si estuviera echando comida para las gallinas, y exclamó—: Pero, al fin y al cabo, ¿qué interés puede tener todo esto para usted? Es un extranjero, y lo peor que le puede pasar si las cosas se ponen mal es que le expulsen de Moscú y tenga que regresar a su propio país. ¡Un ruso no puede vivir fuera de Rusia, pero para usted eso no significa nada!

Frank estaba acostumbrado a que los demás le pidieran ayuda. Desde hacía años era así. A veces se trataba de completos desconocidos que llegaban hasta él convencidos de que, dado que era un empresario local que gozaba de buena posición, podría ayudarles con sus pasaportes externos, con permisos de cualquier tipo, con el aplazamiento de su servicio militar, con ciertas advertencias al director de su departamento para que les pusiera mejores notas o con la firma de una petición dirigida a la cancillería imperial a favor de un pariente que hubiera caído en desgracia. A veces lo único que querían eran pequeñas sumas de dinero para ir tirando, y a veces cantidades mayores para formarse como médicos o ingenieros. Frank tenía fama de ayudar en lo todo lo que podía. De lo contrario la gente habría dejado de pedirle cosas. Pero todos ellos, antes o después, terminaban diciéndole que al fin y al cabo él era un extranjero, y que si las cosas se torcían, él no tenía nada que perder.

—¿Qué te hace pensar que no me importaría tener que marcharme de Rusia? —dijo—. Yo nací aquí, he vivido aquí la mayor parte de mi vida, amo Moscú en todas las estaciones del año, incluso ahora, al comienzo del deshielo, y soy un hombre

casado. Tengo tres hijos.

—Sí, pero su mujer le ha dejado...

Volodia hablaba con mucho aplomo, pero pareció darse cuenta de que sus palabras no estaban produciendo precisamente el efecto deseado.

—¿Dónde vives? —le preguntó Frank.

—Muy lejos. En la Rogozhskaia.

—Pues regresa a tu casa.

—Y mis cosas...

—No. El arma me la quedo. Toma la vela, si es que la trajiste tú. Y no vuelvas a poner un pie aquí.

Frank echó un último vistazo a la habitación, y vio los setenta y cinco ejemplares de *Los pensamientos del abedul* perfectamente apilados, tal como estaban antes del incidente, junto al chibalete de Tviordov.

—Y llévate esto de recuerdo —le dijo a Volodia, mientras le entregaba el primer ejemplar de la pila.

Volodia se guardó el libro en el bolsillo, que ahora estaba vacío, y bajó las escaleras a grandes zancadas. Frank apagó la luz y echó la llave. Imposible reparar la caja alta de Tviordov o el agujero de bala de su delantal, e imposible también calcular el efecto que la contemplación de aquella profanación y aquel destrozo le produciría a Tviordov cuando se presentara a trabajar el día siguiente a primera hora. Aquello constituiría un problema por la mañana, y seguramente habría más. Abre las puertas, dicen los rusos, y échate a temblar.

De regreso a casa bajó hasta el puente de hierro, el Moskvorietszkevia, donde los transeúntes seguían contemplando el hielo, y arrojó la pequeña arma al río. Luego se fue a casa. Tenía la conciencia bastante tranquila.

En la sala de estar, Dolly y Ben se afanaban, por lo visto, en terminar sus deberes. Sobre la mesa, sobre el cuaderno marrón de Dolly y el cuaderno rosa de Ben, brillaba una bombilla de veinticinco vatios, la más potente que se podía encontrar en Moscú por entonces. Dolly trazaba un mapa siguiendo una ruta ligeramente hipnótica. Su plumín niquelado se movía diligentemente por la superficie del papel. Lisa estaba sentada más allá del círculo de luz, cosiendo. Frank pensó que la luz que había donde estaba ella no era demasiado buena, y que ese trabajo de costura lo podría hacer cualquier otro miembro del personal de la casa. Había una pequeña habitación al final del pasillo de la cocina en la que habían instalado una Singer. No obstante, lo mismo Lisa quería demostrar que no era solo una institutriz y tampoco una criada. Aunque lo mismo no quería demostrar nada, y únicamente estaban pasando una noche en paz sin él.

—Llegas tarde —dijo Dolly.

—¿No os llamó Selwyn Osipych por teléfono?

—Sí —dijo Dolly a regañadientes—. Pero lo cogió Lisa, y no nos dijo cuánto tiempo tardarías.

—Él tampoco me lo dijo a mí, Dolly.

—Bueno, pues te estábamos esperando —dijo Dolly—. Ben está bastante inquieto.

—Os contaré por qué he llegado tarde. Nada por lo que preocuparse. Había alguien en la imprenta. Alguien rondando que no debería estar allí. Fui a ver lo que pasaba. No os preocupéis. No era un ladrón.

Dolly parecía un poco decepcionada.

—Y si no era un ladrón, ¿quién era?

—Un estudiante, creo.

—¿No lo sabes? —preguntó Dolly—. Antes no eras así...

—Dijo que era un estudiante.

—¿Qué quería?

—No estoy muy seguro.

—¿Cómo se llamaba?

—Volodia algo.

—¿Dónde ha ido?

—Ha regresado a su casa, según creo.

—¿Va a volver? —le preguntó Lisa.

Frank captó su mirada clara, directa. Estaba contento de haber despertado en ella cierto interés.

—Creo que es muy poco probable. Me temo que toda la aventura ha debido de constituir una enorme decepción para él, y no creo que tenga nada más que hacer en la imprenta después de lo de hoy.

—No entiendo por qué ha tenido que ir tan tarde de todos modos —dijo Ben—. ¿Te enfadaste con él?

—No, en absoluto. Incluso le di un regalo.

—¿Sabes si tenía un arma?

—Ya no.

Cuando Frank era pequeño y vivía al lado de la fábrica, el primer signo inconfundible de la llegada inminente de la primavera era una voz de protesta, la voz del agua misma, que surgía cuando el hielo comenzaba a derretirse bajo el sendero de madera que iba, bajo techado, desde la casa hasta la fábrica. Ni las estufas de la casa ni el horno de la planta de montaje afectaban en absoluto al hielo que allí se formaba. El agua se liberaba por su propio empeño, y una vez comenzaba a deslizarse en forma de ruidoso riachuelo se producía un auténtico cambio en el equilibrio frágilmente mantenido a lo largo del año. A Frank el corazón le daba un vuelco con solo escuchar aquel sonido. Sacaba la bicicleta del cobertizo y una lata de aceite, que ya no estaba totalmente congelado, para lubricar las piezas. En pocas semanas los almendros estarían en flor y la ciudad volvería a moverse sobre ruedas.

El día después del robo se permitió esperar, como lo había hecho entonces, a que la primavera llegase. Sabía que tenía una jornada difícil por delante, aunque siempre había creído, hasta la semana anterior más o menos, que era de los que se crecían ante las dificultades. Tal vez todavía lo hiciese. No podía saber cómo iba a ser aquel primer día para el nuevo contable de costes, pero, antes de preocuparse por eso, tenía que pensar en Tviordov. Si iba cada mañana tan temprano a la imprenta, avanzando por las calles salpicadas de pequeños retazos de nieve, era por él.

En el exterior de la imprenta se encontró con dos aprendices de catorce años que no tenían otro lugar al que ir hasta que empezara el trabajo. Discutían por un pedazo de madera en forma de barco que había en el sumidero. No sabían en qué dirección lo arrastraría la corriente cuando el agua se descongelara.

—Escuchad —dijo Frank—. Os voy a dar un mensaje para el cajista jefe. —Había decidido lo que tenía que hacer mientras lo afeitaban aquella misma mañana en uno de los muchos barberos que abrían sus establecimientos a las cinco—. Mirad esta carta. Leedme la dirección que pone en el sobre.

El chico más pequeño leyó en voz alta:

—Cajista jefe I. N. Tviordov. Kaluga Pereulok, 54.

—¿Sabes dónde está?

—Sí, señor.

—Id juntos y no os perdáis de vista el uno al otro. Llamad a la puerta, recoged el mensaje si es que el cajista jefe tiene que daros alguno, y volved aquí. Os doy media hora.

En la carta, Frank le decía a Tviordov que alguien había irrumpido en la imprenta por la noche para robar, y que el trabajo quedaba suspendido, así que no era necesario que fuese hasta el día siguiente, cuando todo volvería a estar como de costumbre. Se le mantendría la paga por el día perdido. En general, Frank sabía que su mensaje

contenía una mentira (no había habido irrupción alguna; estaba claro que Selwyn se había olvidado de cerrar con llave) y que, además, estaba actuando como un cobarde. Lo único que hacía era aplazar un momento incómodo. Aunque, por otra parte, sería inhumano que Tviordov tuviera que enfrentarse sin previo aviso al destrozo de su delantal y al de la caja alta. Además, Frank debía tener en cuenta que era la fiesta de san Modesto, el santo patrón de los impresores, y que era su deber velar por que la bendición de los iconos de la Reidka se celebrara, a ser posible, sin desórdenes ni alborotos. También debía pensar en el vigilante nocturno, Gulianin, que había oído disparos pero que quizá debía llegar a la conclusión de que no había oído nada. Frank había cogido una buena cantidad de dinero en billetes pensando en esa eventualidad.

Sin embargo, no pudo encontrar al vigilante nocturno. Vivía encima del Bar de Markel, unas puertas más abajo de la imprenta. Dormía allí durante el día, y le dijeron que estaba durmiendo. Cuando regresó a la Reidka ya habían llegado los chicos del reparto, y cuando Frank terminó de abrir el local también estaban allí los dos aprendices.

—Le dimos su carta al cajista jefe. Su esposa nos recibió, pero luego fue a buscarle y se la pudimos entregar en mano.

Frank sabía que Tviordov estaba casado porque su esposa le acompañó a la cena que ofreció para todo el personal y sus familias el día de su onomástica. No podría decir exactamente cómo era y muy probablemente ella tampoco le reconocería a él si lo viera. Tviordov no les había dado a los aprendices ninguna respuesta.

Selwyn y los cajistas número dos y número tres entraron juntos, y, mientras aún estaban colgando los abrigos, llegó la policía. Frank se culpó a sí mismo de los destrozos. Si antes hubiera insistido en ver al vigilante nocturno y le hubiera dado cien rublos, cantidad que quedaba a medio camino entre el incentivo y el soborno, Gulianin no se habría visto en la necesidad de informar a la policía, que era, sin duda, lo que había pasado. De ellos recibiría mucho menos, pero era muy probable que necesitara dinero en efectivo de inmediato. Seguramente se había dejado atrapar en la tupida red de pequeños préstamos, deudas, pagos y ejecuciones hipotecarias que mantenía sólidamente cohesionada a la ciudad, barrio por barrio, con tanta firmeza como los propios rieles del tranvía.

Frank dijo que recibiría a la policía en su oficina. Solo se trataba de un capitán y un ordenanza y, para alivio de Frank, vestían de uniforme, lo que quería decir que el vigilante no había visto salir del edificio a Volodia. De lo contrario, se habría dado cuenta por la gorra de que era un estudiante, y cualquier problema con un estudiante implicaba la visita de agentes vestidos de paisano, de los de la Seguridad. Les sirvieron un té, y el capitán se desabrochó la chaqueta, aunque no así el ordenanza. Solo un par de preguntas, un breve interrogatorio, un interrogatorio pequeño. ¿Por qué había regresado el señor Reid a la imprenta tan tarde la noche anterior? Vio luz

en la ventana. ¿Quién le había informado de eso?

—Mi contable, Selwyn Osipych Crane.

El inspector sonrió.

—Bueno, ya conocemos a Selwyn Osipych.

Frank pensó que, cuando alguien escuchaba el nombre de Selwyn, en un extremo de Moscú o en el otro, o bien se echaba a reír o bien estallaba en llanto. A su manera, aquello suponía un logro considerable. Ahora era el mismo Selwyn quien entraba en la oficina por la puerta que comunicaba ambas habitaciones. Se le veía afligido y demacrado.

—Frank, han sucedido cosas muy extrañas... Oh, buenos días, oficial.

El capitán le miró con indulgencia.

—Si vio usted una luz aquí anoche, señor, debería habernos informado a nosotros de inmediato. —Se volvió hacia Frank—. Y usted también, señor, debería haber informado de ello.

—Pensé que lo haría el vigilante nocturno... —dijo Frank.

—Gulianin vino a nosotros, como era lo correcto. También escuchó disparos.

—¿Está seguro de que los escuchó?

El capitán de policía se echó un poco de mermelada en el té.

—No está seguro del todo. Esta es una calle muy ruidosa. Hay un herrero y un mecánico de automóviles, y hasta la medianoche se oye el ruido de los tranvías. Digamos que le pareció escuchar algo.

Aquello indicaba con bastante claridad que el inspector estaba dispuesto a no llevar el asunto mucho más lejos. Aceptó un vaso de vodka condimentado con semillas de alcaravea, que se guardaba en la oficina exclusivamente para cuando les visitaba la policía. Frank no entendía cómo alguien podía beberse un mejunje así tan temprano por la mañana o, a decir verdad, en cualquier otro momento del día. Sin embargo, marcaba la distinción de categoría, ya que el ordenanza, consciente de su posición, lo rechazó.

—Veamos, señor, ¿ha echado algo en falta?

—No, nada en absoluto.

—Perdón —interrumpió Selwyn con impaciencia—. Cuando llegué hace un momento conté la primera tirada de *Los pensamientos del abedul*. Hay solo setenta y cuatro ejemplares. Sí, setenta y cuatro. Alguien ha robado uno.

—¿Qué son *Los pensamientos del abedul*? —preguntó el inspector.

Frank se lo explicó. En circunstancias normales la poesía resultaba sospechosa y, una vez más, podría haber motivado una visita de la Seguridad. Pero el libro lo había escrito Osipych Selwyn, que era inofensivo, así que el capitán se limitó a decir:

—Bueno, señor, díganos entonces qué piensan los abedules.

Selwyn, que creía que debía responder a todas las preguntas, contestó que

pensaban lo mismo que las mujeres.

—Igual que el cuerpo de una mujer se mueve siguiendo los impulsos de su corazón, así se mueve el abedul con el viento de la primavera, señor inspector.

Frank se dio cuenta de que ni el capitán ni el ordenanza estaban escuchando lo que decía, atrapados como estaban en el afable universo de la apatía y la codicia. Sacó un sobre de su cajón y lo deslizó por encima de la mesa, consciente de estar asumiendo solo un leve riesgo, ya que la inmanejable administración de todas las Rusias, que seguía funcionando aunque solo lo justo, dependía de la entrega de un incontable número de sobres como aquel. El inspector lo abrió sin reparos, contó los trescientos rublos que había dentro, y los metió en un estuche de piel, algo a medio camino entre una cartera y un monedero, que llevaba para los «ingresos inocentes».

—Selwyn, acompaña a los agentes de policía hasta el piso de abajo y luego hasta la salida —dijo Frank—. Estoy seguro de que querrán echar un vistazo al resto del local.

Después de darles unos cinco minutos, se fue a ver a sus cajistas número dos y número tres, que se habían situado, como un aturcido cortejo fúnebre, en torno al chibalete roto de Tviordov, a los tipos desperdigados por el suelo y a su delantal blanco que, cual víctima inocente, colgaba de su gancho con el agujero de bala atravesándolo. El inspector no tuvo en cuenta todo aquel desorden, o bien lo pasó por alto, quizá porque le convenía hacerlo.

—Bajen la tapa —les dijo.

Solían bajar la tapa superior de los chibaletes solo los sábados por la noche y las vísperas de los días festivos. Además, cada cajista lo hacía con el suyo. Los chibaletes eran sacrosantos, así los dos hombres actuaron como si estuvieran vulnerando algo.

Frank les dijo que se había producido un incidente, un pequeño incidente, un asalto menor durante la noche, y que le había pedido personalmente a Tviordov que no fuera a trabajar ese día. Debía de haber entrado un intruso, pero se las arregló para escapar. No era un ladrón. No se había llevado nada o, al menos, se corrigió Frank, nada que no pudiera reemplazarse. Tenían que seguir con los pedidos vigentes, en primer lugar con el catálogo de Semana Santa para Muir & Merrilees, que tenía que componerse enteramente a mano. A los cajistas les gustaban aquel tipo de encargos, ya que se les pagaba por página, y casi todas ellas estaban llenas de ilustraciones. Pero ¿qué había sido de los debates abiertos, se preguntó Frank, de las decisiones conjuntas entre la dirección y los trabajadores, que era lo que más entusiasmo despertaba en él cuando decidió hacerse cargo de la Reidka?

—La policía está conforme —dijo—. Ya lo han visto ustedes. Han venido y se han marchado. Todo lo que hay que hacer ahora es trabajar como en un día normal.

Pero no podían hacerlo sin Tviordov. La impresión manual, que seguía el ritmo

del cuerpo humano, se iba al traste sin la presencia de aquel que se encargaba de marcar las pautas, y que debía estar siempre al tanto, dadas las peculiares características del proceso.

El nuevo contable de costes llegó a las nueve en punto, según lo acordado para su primer día de trabajo. Como Frank le había comentado a Selwyn, Aleksander Aleksandrovich Bernov había trabajado en Sytin, el gigante de la impresión, cuyos talleres estaban situados al otro lado de la Sadóvaia. Bien afeitado, muy perspicaz y de mirada afilada, esperaba con impaciencia el momento de asumir sus funciones como encargado, pero sus ideas —si es que en realidad eran suyas— estaban más bien orientadas hacia la gran empresa, y ante eso no se podía hacer nada. Era de los que veían los negocios, cualquier tipo de negocio, como una guerra no declarada contra los empleados que estuvieran por debajo de la categoría profesional de contable de costes.

Frank quería discutir con él la posibilidad de que se pagase una cantidad por distribuir los moldes, algo que los cajistas venían reclamando, en vano, desde los tiempos de Gutenberg. Bernov admitió que, hasta que se pasaron a las máquinas, en Sytin los hombres preferían llevarse los moldes de camino a casa y tirarlos al río antes que tener que deshacerlos durante unas horas que no cobraban.

—Frank Albertovich, quiero que te quede claro desde el principio: no podemos anclarnos a las reliquias del pasado. La imprenta manual se asocia hoy día a los tolstoianos, a los estudiantes revolucionarios y a los activistas que se esconden en buhardillas y sótanos. Hemos de ser conscientes de que el futuro pertenece al metal caliente.

—Aunque sigue siendo muy útil para los pequeños encargos, y esencial para un trabajo de alta calidad —dijo Frank.

No se le iba de la cabeza la imagen de los utensilios destrozados de Tyvordov, a tan pocos metros de distancia de donde ellos estaban, y su delantal agujereado por un tiro. Bernov, sin embargo, opinaba que la Reidka debía renunciar sin más a los encargos demasiado pequeños. Y alquilar más locales, e instalar linotipias, e imprimir periódicos.

—Todos los días nace un nuevo diario o una nueva revista. Y con un periódico se tiran tantas unidades idénticas que se puede pasar a calcular directamente el coste por unidad a gran escala.

—No quiero dedicarme a imprimir periódicos... —dijo Frank—. Esta empresa ha de tener un equilibrio contable muy preciso para poder venderla sin pérdidas y en un plazo breve de tiempo si la situación internacional empeora.

—O si su esposa, Elena Karlovna, no regresa —dijo Bernov, moviendo la cabeza enérgicamente. Era obvio que hasta en Sytin se hablaba de aquello.

Con bastante tacto, Selwyn se inclinó hacia delante.

—Sinceramente, ¿cómo ve nuestro futuro, Bernov?

Es muy simple. Me alegro de que me haga esa pregunta. A mayor rendimiento, mejores salarios. Las empresas inglesas y las alemanas utilizan un sistema que sirve para calcular los méritos de sus trabajadores. No sé si alguna vez aceptaremos algo así por estos lares. Pero podemos empezar por incrementar el importe de las sanciones por ebriedad, reducir los salarios en función del tiempo de espera cuando se acaba el papel, y así sucesivamente. Y, sobre todo, es esencial que no existan casos especiales. Nada de sobresueldos piadosos. Eso es lo que implica ser próspero. A los trabajadores hay que darles solo el dinero que se merecen.

—Pero no debemos pensar en el dinero que se merecen ellos —dijo Selwyn—, sino en si nosotros, los hombres de negocios, merecemos tener el dinero que les damos.

El rostro de Bernov, mucho más expresivo de lo recomendable en ese momento, se contrajo levemente.

—Deben tener en cuenta que yo solo estoy aquí en calidad de contable de costes. Naturalmente, las decisiones últimas debe tomarlas la dirección. No obstante, he de decir que la cuestión de si la dirección merece o no los beneficios que obtiene no guarda relación alguna con los resultados económicos de la empresa.

—Siento escucharle decir eso... —murmuró Selwyn—. Sí. De veras lo siento.

Frank vio que Bernov parecía desconcertado, así que mandó a alguien al bar a que trajera algo de comida. El mismo propietario del establecimiento, que se moría de ganas por descubrir qué tipo de escándalo había denunciado (o no) su inquilino, el vigilante nocturno, les llevó en persona una bandeja cubierta repleta de *zakuski*.

—¿Sabe si se ha levantado ya el vigilante? —le preguntó Frank.

—Me ha dicho que oyó disparos anoche, mientras estaba de servicio —respondió el propietario.

—Recuerde que esta es una calle muy ruidosa.

Bernov comió rápidamente, y de inmediato les lanzó una nueva propuesta. Parecía no haber recibido nunca demasiada atención, ni en Sytin ni tal vez en ningún otro sitio.

—¡Miren el gasto público de este año! Ciento diez millones de rublos en vías férreas, ochenta millones de rublos en educación... Y, ¿qué implica la educación? Libros baratos que pueden hacerse, e incluso encuadernarse, aquí mismo con papel cartridge.^[9]

Frank le recordó que el papel cartridge era lo primero que empezaba a escasear en los periodos de emergencia. Bernov comenzó a dar golpecitos en la mesa con un lápiz plateado. En el plazo de dos años, en 1915, se celebraría en Berlín una feria internacional de impresores, que prometía ser la más importante de la historia. En su opinión, ese tipo de ferias de empresarios constituían la mayor garantía de que la paz en Europa estaba garantizada. Y Rusia no debía quedarse atrás. Las pequeñas

imprentas de Moscú, negocios que tenían de treinta a sesenta trabajadores, como la de Reid, debían llegar a un acuerdo con los gigantes como Sytin y preparar la exposición codo con codo. Frank pensó que a esas alturas, él ya se habría muerto de preocupación.

A las cuatro, dos hombres de avanzada edad, de los más ancianos de la imprenta, subieron a la sala de cajistas. Eran los alzadores, que controlaban el orden de los pliegos con la prensa hidráulica, ayudados de dos chicos y un cubo de agua. Habían hecho el mismo trabajo con la antigua prensa de tornillo, y probablemente no volverían a hacer nada tan difícil en toda su vida. Ahora había cierta autoridad en su porte.

Se quitaron las zapatillas de fieltro que usaban mientras estaban en el trabajo, y se calzaron unos zapatos de cuero que crujían mientras avanzaban hacia el rincón del icono. Justo delante de él colocaron una mesa. Un tercer hombre, aún más anciano que ellos dos, y que trabajaba en el almacén, trajo un paño blanco, dos velas y dos candelabros de una plata muy deslucida. Luego extendieron la tela sobre la mesa, pasaron las manos por encima para quitarle las arrugas, se santiguaron, e hicieron una reverencia. Cuando Frank salió de su oficina, le pidieron que se ocupara de las velas. Cuando fue a encender la primera de ellas pensó con cierta inquietud en Volodia, que seguramente no se había olvidado de llevarse las suyas.

La luz de las velas habría resultado mucho más impresionante si hubieran apagado antes la luz eléctrica, pero al personal de Reid no le molestaba aquel pequeño detalle. Habían celebrado un oficio religioso para dar gracias a Dios por la electricidad, y eso les llenaba de orgullo. Y así comenzaron a congregarse todos en silencio, a la luz de las velas, sin amontonarse y sin apenas tocarse. Eran las mismas personas que no habrían dudado ni un instante en pelearse por los primeros lugares en la cola de la parada del tranvía o en los puentes para ver el hielo, pero ahora ocupaban su lugar como si alguien se hubiera encargado de adjudicar previamente un sitio para cada uno. Al acercarse al icono se santiguaban: se tocaban primero la frente, luego los hombros (primero uno, luego el otro), y por último el pecho.

Los hombres se situaron a la derecha. A la izquierda, la mujer del té y su ayudante. Frank y Selwyn, como de costumbre, en el centro. Bernov se había eximido a sí mismo de estar presente en la ceremonia, y se había ido a su casa cargando con una considerable cantidad de papeles.

Los presentes se giraron hacia la derecha, sin dejar de mirar las velas. Las compraban, al igual que el aceite para la lámpara del icono, con el dinero de una suscripción semanal y voluntaria en la que participaban todos los mayores de dieciséis años. El icono no tenía muchos años. Era el resultado de un nuevo proceso fotográfico que ofrecía, al parecer, un producto idéntico a lo que sería una pintura al óleo, en tonos rojos y azules de excelente calidad que ni el tiempo ni el humo de la

lámpara conseguirían oscurecer. Así, la radiante aureola de san Modesto y las letras del alfabeto de su libro encuadernado eclipsaban el apagado brillo de la plata antigua de los candelabros que habían pertenecido a la vieja casa situada al lado de la fábrica. Incluso allí, recordaba Frank, se creía que traía mala suerte limpiarlos.

El almacenero dejó la puerta abierta y entonces entró el párroco, con su habitual paso cansino y sus resoplidos habituales, seguido de un diácono y un subdiácono. Desde la misma entrada dio su bendición. Luego desfilaron en silencio en dirección a la oficina de Frank, que, en esas ocasiones especiales, se usaba como sacristía. El sacerdote salió de allí con su estola, y los diáconos con su sobrepelliz. Habían encendido el incensario con un pedazo de carbón al rojo vivo procedente del samovar de la cantina, y la fragancia del humeante cedro del Líbano inundó todos los rincones de la habitación. Hombres, mujeres y niños permanecían quietos, petrificados.

Frank sabía que algunos de ellos eran agnósticos. El tendero le había dicho que, en su opinión, el espíritu y el cuerpo eran como el vapor y la fábrica, que no puede existir el uno sin el otro. Pero también él estaba allí, inmóvil. El sacerdote pronunció una oración por el zar y su familia, a los que Dios protegiera muchos años. Por el ejército imperial, para que pusiera a sus pies a cualquier enemigo de Rusia. Por la ciudad de Moscú y por el país entero. Por aquellos que se hallaban en el mar. Por los viajeros. Por los enfermos. Por los dolientes. Por los prisioneros. Por los fundadores de la imprenta y los trabajadores que allí se congregaban. Por la misericordia. Por la vida. La paz. La salud. La salvación. La visitación. Por el perdón y la remisión de todos los pecados.

El simple hecho de que yo no crea en todo esto, pensó Frank, no implica que no sea cierto. Intentó guardar el decoro debido. Thomas Huxley había escrito que si existiera la más mínima prueba de que en la religión hay algo de verdad, la humanidad entera se aferraría a ella como un hombre que se está ahogando se agarra a una caja de madera que flota en el océano. Pero, mientras la humanidad no finja creer en algo en lo que no encuentra motivos para creer —puesto que alguna ventaja podría sacarse del propio fingimiento—, mientras no haga eso, al menos no habrá caído hasta lo más bajo del abismo. Se podría decir que él mismo estaba fingiendo en ese instante, y más aún cuando había frecuentado la capilla anglicana solo para estar al lado de Nellie. No sabía por qué se había sentido tan inquieto cuando Dolly le contó que su maestra había dicho que Dios no existía. Pero esa inquietud le indicaba que era un desastre como ente racional. O eso, o que había llegado a considerar la religión como algo apropiado solo para las mujeres y los niños, y podía estar hundiéndose en unas profundidades mucho más hondas de lo que Huxley hubiera podido imaginar jamás. Lo mismo tengo fe, pensó Frank, aunque carezco de creencias.

El sacerdote estaba dando una breve alocución:

—Sois trabajadores, y no se os pide únicamente que trabajéis juntos, sino que os améis los unos a los otros y que os compadezcáis los unos de los otros. ¿Cómo hacer algo así? Podéis responder que vosotros no solicitasteis trabajar al lado de este o de aquel hombre, que ya estaban aquí cuando llegasteis, y que vuestra relación es poco menos que fortuita. Pero recordad, si alguna vez lo pensáis, que no existen los encuentros fortuitos. Nunca conocemos a los demás por casualidad. Ese otro hombre, o esa mujer, han sido enviados a vosotros. O quizá vosotros habéis sido enviados a ellos.

Empezó la bendición final. Con las palabras «Guarda este lugar y esta casa, y las almas de los que aquí habitan» se abrieron las puertas de nuevo, y entró Tviordov. Todas las cabezas se volvieron hacia él, y luego regresaron a su posición inicial. Él se santiguó y se quedó de pie en silencio, de espaldas a su chibalete.

El sacerdote extendió entonces una cruz de plata dorada y doble travesaño, cuyo brazo inferior estaba inclinado hacia la derecha, en representación de los destinos que habían corrido el buen y el mal ladrón. La congregación formó una fila para besar la cruz, primero los hombres y luego, una vez habían terminado, las dos mujeres. La mujer del té y su ayudante besaron, además, las manos del sacerdote. A pesar de que probablemente eran las almas más devotas de la congregación, se alejaron a toda prisa y con gran agitación. De ellas dependía el *pierchestvo* para la bendición del icono, y, mientras estaban arriba, algo podía alterar el orden de los vasos o la disposición de los pequeños pasteles y empanadas que debían mantenerse a salvo hasta más tarde. Tyvordov también besó la cruz, pero no la mano del sacerdote.

—Ve tú —le dijo Frank a Selwyn—. Yo bajaré luego.

Selwyn asintió con la cabeza, y acompañó al sacerdote, al diácono y al subdiácono hasta las escaleras que llevaban al lugar donde se serviría el té. Ellos esperaban que se les recibiera en la oficina, como siempre, pero por el momento no escucharon explicación alguna que justificara ese desagradable cambio de planes. La congregación fue detrás de ellos, con la única excepción de Tviordov, y la habitación se llenó de ese curioso silencio que sigue siempre a la salida de un gran número de personas. Era como si las paredes se estiraran solas. Frank miró a su cajista jefe.

Tviordov no dijo nada al principio. Como si se dispusiera a iniciar una jornada normal de trabajo, levantó la tapa de su chibalete y contempló el desorden con más dolor que desconcierto. Recogió una o dos letras de la profanada caja alta, y, por pura costumbre, las dejó caer en el que habría sido su lugar correcto. Luego tomó su delantal blanco, contempló el agujero que había hecho la bala, pasó un dedo a través de él y dobló el delantal con mucho cuidado.

—Me mandó decir que no viniera. Pero nunca he faltado a una ceremonia de bendición.

—Nunca ha faltado usted a nada —respondió Frank—. Ha estado siempre, desde

que mi padre fundara la empresa, cuando el trabajo se hacía enteramente a partir de la composición manual.

No podía contarle a Tviordov lo que ni siquiera le había contado a la policía. Tal vez se hubiera arriesgado de haber sabido qué pensaba Tviordov de los estudiantes y de sus actividades. Pero no lo sabía.

—Le debo una explicación —comenzó por fin—, por el estado en que se encuentra su chibalete. Sucedió ayer por la noche.

—No es por el chibalete —respondió Tviordov—. El chibalete pertenece a la imprenta. Pero las herramientas eran mías, la esponja era mía, el delantal era mío.

—Todo lo dañado será sustituido.

—No es necesario. Y no quiero saber qué sucedió. No volveré a trabajar en esta sala nunca más. Tendrá que encontrar a alguien que continúe con la formación de mi aprendiz, y a alguien que le dé cuerda al reloj los sábados por la noche y que limpie el cristal cada lunes. A partir de mañana empezaré abajo, con la monotipia.

Puso, justo encima del delantal que había doblado con tanto cuidado, su componedor, su regleta, sus cizallas, la esponja, y el punzón para quitar las letras mal colocadas, con su corcho. Con un par de movimientos hizo que todo ello quedara envuelto en un pequeño paquete. Después se dirigió a la puerta de salida.

—¿Qué va a hacer con eso? —preguntó Frank.

—Voy a tirarlo al río.

El telegrama de Charlie decía que llegaría el 31 de marzo. Día 18 en Moscú. El deshielo casi habría terminado, pero las ventanas de la ciudad seguirían cerradas, sin dejar paso a la llegada de la primavera. No vería, por supuesto, lo mejor del país. El instinto hospitalario de Frank estaba por los suelos. No irían a cazar ni a patinar, aunque, la verdad, Charlie no cazaba ni patinaba. No irían al mercado de caballos, aunque a Charlie tampoco le interesaban los caballos. Todavía no habría mucha luz para hacer lo que se dice una fotografía decente, aunque, de todos modos, él nunca tenía mucha suerte con lo que fotografiaba. ¿Cómo iba a comparar Charlie la primavera de Moscú con la de Norbury, donde cada seto principal y cada jardín trasero estarían, en esos instantes, rebosantes de hojas nuevas y de brotes tiernos? Quizá llegara a la conclusión de que Nellie no tendría que haberse ido jamás a Rusia.

Los sirvientes le preguntaron qué preparativos se debían hacer para el invitado inglés. Frank les recordó que también él era inglés.

—Sí, pero usted también es ruso y está acostumbrado a todo lo ruso —dijo Toma—. Usted comete errores, y no se ofende cuando nosotros los cometemos. Y ahora Dios le ha dado paciencia para que ocupe el lugar de su antigua felicidad.

—Karl Karlovich necesitará agua caliente en todo momento, y que le sirvan un huevo hervido por las mañanas.

El 18 de marzo, día de san Benjamín, era festivo. En cierto modo, aquello resultaba muy práctico, ya que la imprenta estaría cerrada y no habría problema en ir a recoger a Charlie a la estación.

—¿Va a ir alguien contigo? —preguntó Dolly—. Nuestro tío esperará recibir una cálida bienvenida.

—No va a venir nadie conmigo. Su viaje habrá sido agotador y cuando llegue querrá disfrutar de unos momentos de tranquilidad para así poder recuperarse y asimilarlo todo.

Hablaba de su cuñado como si fuera un hombre enfermo. Hasta tal punto que Dolly le preguntó si tío Charlie estaba bien de la cabeza.

—Claro que sí, pero puede encontrarse un poco confuso al principio. No ha viajado mucho y, de todos modos, no hay nada de malo en querer un poco de paz y de tranquilidad.

—¿Viene madre con él? —le preguntó Ben con una voz perfectamente impasible.

—No.

—Si se diera el caso de que madre sí viniera con él, ¿tendrías que deshacerte de Lisa?

Frank sabía, aunque no lo viera, que Dolly estaba sentada con la cabeza vuelta hacia otro lugar, sin mirarle, y tan inmóvil como si se hubiese congelado.

No me gusta mucho esa expresión, «deshacerse» —dijo.

—¿Por qué no?

Frank pensó en las cosas de las que uno se deshace. De las epidemias de cólera, de las corrientes de aire, de los ratones, de los contrincantes políticos, de los malos hábitos... Ben no lo había dicho con mala intención, por supuesto. Más bien todo lo contrario. «Deshacerse de» era una de las expresiones favorita de Nellie.

Cuando Lisa fue a recibir su salario semanal, algo más tarde que los demás sirvientes, él le preguntó que cuánto tiempo se iba a quedar con ellos.

—¿Cómo voy a responder a eso? —dijo ella, mientras contaba su dinero con cuidado—. No puedo darle una respuesta...

—Podrías decir: «hasta que yo quiera».

—Más bien tendría que ser «hasta que usted quiera». Creo que no es necesario que se lo diga.

Frank abrió otro cajón de su escritorio.

—Mira, aquí están tus papeles. Aquí está tu pasaporte interno. La ley establece que sea yo quien los guarde, pero te los devuelvo. Eres libre de irte cuando quieras, cuando mejor te venga. Así que ahora ya puedes decir: «Me quedaré todo el tiempo que yo quiera». Aunque si es por mí, yo desearía que no te fueras, Lisa Ivánovna.

Charlie, envuelto en bufandas y cuadros escoceses, esperaba, quizá con cierta lógica, que le llevaran directamente desde la estación hasta la calle Lipka, pero Frank dejó el equipaje en manos de un mozo y, después de evitar al jefe de estación, con quien no podría pararse a hablar en ese momento, se llevó a Charlie a la cantina.

—¿Aquí tienen té? —preguntó Charlie.

—Charlie, quiero que me hables de Nellie.

—¿Qué? ¿Ahora? No he podido lavarme desde que crucé la frontera. Ya sabes cómo es esto.

—¿Cómo está Nellie?

Charlie suspiró:

—Tengo una mala noticia para ti. Aunque no, espera, me estás atosigando y no me he expresado bien. No hay razón para alarmarse. Hasta donde yo sé, Nellie está perfectamente bien, solo que no está conmigo. No está en Norbury.

—¿Quieres decir que has venido hasta aquí para decirme que no sabes dónde está?

—Por lo que yo sé no necesita dinero, Frank, si es eso lo que te atormenta.

—Eso espero. Le envié dinero de inmediato.

—Sí, llegó por correo. De hecho lo hizo antes que ella. Le di hasta el último penique en cuanto llegó. Pensé que había regresado solo para verme, ya ves, a pesar de que llevaba bastante tiempo sin saber nada de ella. Pero solo se quedó la primera noche. Guardó sus bolsas en el desván, allí siguen, por cierto, y luego se fue de

nuevo.

Frank pidió que les sirvieran el té.

—¿Dónde está ahora?

—Dando clases, Frank. Ya habrá obtenido el título, claro. No me preguntes dónde, porque no lo sé. Lo que quiero decir es que me contó por carta que estaba en una escuela, y a su edad supongo que ya no será como alumna, así que debe de trabajar como profesora. No venía ninguna dirección. Se la envió al encargado del estanco que hay al final de la calle, para que la guardara hasta que yo fuera a recogerla. Lo mismo te acuerdas de él...

—¿Y en el estanco no te pueden decir la procedencia de la carta?

—No me parecería justo convencer a ese pobre hombre de que traicionara la confianza que se ha depositado en él. En realidad, para eso se le paga, para que destruya el sobre exterior. Además, es metodista.

—Comprendo...

—He traído la carta, por si quieres leerla.

—No, Charlie. No me la escribió a mí.

Charlie se enderezó en la silla y removió el limón del té, decidido a habituarse a las costumbres extranjeras. Bueno, y ahora será cuando tenga que hacerme la pregunta obligada, pensó Frank, sintiéndolo por él.

—Frank, ¿hubo algún tipo de discusión entre Nellie y tú?

—¿Se lo preguntaste a ella?

—Sí, pero no me respondió. No fue cortante conmigo, como solía serlo antes con bastante frecuencia. No me refiero a eso. Si tuviera que describirla, diría que iba medio dormida, como si estuviera soñando.

—¿Dijo algo de los niños?

—Yo sí, pero ella no.

—¿Qué dijiste tú?

—Le pregunté qué planes tenía para los chicos. Pero tampoco me respondió.

—¿Te dio la impresión de que pudo haberlos perdido en algún lado? Me acabas de decir que iba como medio dormida...

—No, Frank, claro que no. Ni se me habría pasado por la cabeza. Por otra parte, no perdió nada más en el viaje...

Charlie había viajado dos mil seiscientos kilómetros para darle una información que resultó ser, después de todo, bastante escasa. Tuvo que alterar las costumbres de toda una vida, viajar a Londres en la Southern Railway, obtener el visado en el consulado de Rusia, cambiar dinero a marcos y rublos, hacer frente a las inspecciones fronterizas, y encima quedarse sin sus libros (*Raffles* y *Tommy el sentimental*) ^[10] y sin sus naipes para hacer solitarios, ya que se los confiscaron en la aduana de Verzhbolovo.

—No me había imaginado que una baraja de cartas fuera tan peligrosa...

Frank le explicó que el estado tenía el monopolio de los juegos de naipes, y que lo que recaudaban por tal concepto lo destinaban al mantenimiento del Hogar Imperial para Niños Expósitos.

—Bueno, eso demuestra que el zar en el fondo es una buena persona —dijo Charlie.

Lo que le llevó a emprender aquel viaje, según pudo deducir Frank, fue una concatenación de terribles sobresaltos. La muerte de Bertha le alteró enormemente. La implantación del sistema de seguridad social de Lloyd George le dejó horrorizado (aunque luego le alivió mucho saber que no habría pensiones para los delincuentes). Y el reciente comportamiento de las mujeres inglesas y de los ferroviarios e impresores ingleses le tenía enormemente preocupado, como ya le había comentado a Frank. No obstante, nada de todo aquello le causó tanta aflicción como la escena de ver a Nellie llamando a la puerta de Longfellow Road (y él, que la hacía en Moscú), y, peor aún, verla desaparecer al día siguiente. Quizá hubiera también cierto deseo largamente oculto de superar a su hermana, cuyo espíritu era tan viajero. ¿Quién iba a imaginarse que Charlie Cooper llegaría alguna vez a visitar Rusia? Pero, en conjunto, su viaje carecía absolutamente de efectos prácticos. Lo único que se le había ocurrido era que «podían poner un anuncio». Frank le hizo saber que los anuncios eran para las personas perdidas o desaparecidas, y, para ser exactos, Nellie no era ni una cosa ni la otra. Sin embargo, Charlie había estado pensando en algo más del estilo de los niños perdidos en *Peter Pan*, cuando este les pedía a sus madres que regresasen al hogar. Frank se mostró bastante sorprendido ante semejante arranque de imaginación, pero Charlie le dijo que era el párroco quien se lo había sugerido.

—Así que has ido hablando de mis problemas todo a lo largo y ancho de Norbury.

—A lo largo y ancho no, Frank. Solo con aquellos que se mostraban comprensivos.

Cuando llegaron a la calle Lipka, Charlie le contó que tenía intención de quedarse allí una semana o diez días para ver lo que hubiera que ver, y para abrir un poco su mente, puesto que aquel era el fin último de su viaje. Le había inquietado que su presencia allí pudiera resultar molesta, pero ahora se daba cuenta de que no tenía que haberse preocupado en absoluto. Frank era perfectamente capaz de controlar la situación, y, por lo que pudo ver, igual les pasaba a todos los que vivían allí. Le conmovió extraordinariamente la calidez del hogar ruso y el entusiasmo con que los sirvientes le daban la bienvenida a un familiar distinguido que acababa de llegar de un país extranjero. Por tanto, pasó de ser un hombre con una difícil y penosa misión a sentirse un excursionista en un día de campo.

—Caramba, Frank, veo que no te va nada mal. Tienes de todo. Gente que cuida de ti, un hogar caliente todo el tiempo... Casi demasiado caliente, diría yo. No

recuerdo una sola casa de Norbury que tenga algo más que un par de estufas de carbón.

—Si yo fuera tú, tío Charlie, tendría mucho cuidado con el vodka —le dijo Ben con verdadera preocupación—. No sabe a nada, pero es bastante fuerte.

—El tío Charlie necesita algo fuerte —dijo Dolly.

—Bueno, beberé un poco —dijo Charlie amablemente—, si es que vuestro padre opina que puede sentarme bien.

—No te sentará nada bien —dijo Frank.

Pero el vodka, dúctil, sutil y abrasador, consiguió que todo resultara más sencillo. Causó en él el mismo efecto que ya había causado antes en millones de personas.

Charlie no estaba sordo, pero no siempre captaba del todo lo que se le decía. Así, aunque a veces le pillaran por sorpresa, lo normal era que todo el mundo acabara perdonándole montones de cosas. Se sirvió un plato tras otro en la mesa, mientras comentaba:

—Espero no estar pasándome.

—No podrías pasarte jamás —dijo Frank—. La cocinera se sentiría muy decepcionada si no comieses mucho de todo.

—Pues entonces no tiene de qué preocuparse. Todo es excelente, y luego están estos pequeños detalles, estas rodajitas de pepino, quiero decir. Esto es a lo que yo llamo pequeños detalles... No habría pensado jamás que pudiera funcionar todo tan bien en esta casa, ahora que estás tú solo para dirigirla.

—No está solo —dijo Dolly—. Tiene a Lisa.

—Hay una chica rusa que se ocupa de los niños —dijo Frank—. No entiendo por qué no ha bajado.

Esperaba que ella estuviera allí y, aunque imaginaba que se encontraría a pocos metros de distancia, no podía evitar sentir su ausencia casi como un dolor físico.

—Tardasteis mucho tiempo en regresar de la estación —dijo Dolly—. Lisa cenó arriba con Annushka.

—Bueno, en ese caso espero conocer a tu señorita Lisa mañana —dijo Charlie—. Está bien que tenga un nombre inglés, ¿no? Lo dejamos entonces para mañana. Nuestra breve conversación, quiero decir.

—Me temo que Lisa no podrá conversar con usted —dijo Dolly—. No sabe ni una palabra de inglés.

—Dios mío, qué lástima. Tendréis que intentar enseñarle algo. Aunque solo sea «¿cómo está usted?» y «gracias» y «este fue a por leña, este la cortó...». Solo frases útiles para ir tirando.

Dolly y Ben salieron de la habitación.

—Son unos muchachos poco corrientes —dijo Charlie—. Tienen una manera muy peculiar de comportarse. Nunca se sabe lo que pasa por la cabeza de un niño,

claro está, pero los dos han intervenido en la conversación con bastante libertad, lo que no implica necesariamente que uno sepa lo que piensan. Creo que a Nellie y a mí jamás se nos habría permitido intervenir en una conversación con esa libertad. En nuestra casa reinaba una disciplina mucho más estricta.

Les llevaron el té, y Toma, que quería vigilar al cuñado más de cerca, retomó la antigua y recurrente reivindicación sobre que debían comprar un quinto samovar. Uno de ellos estaba ahora arriba con Lisa Ivánovna, y los dos más grandes seguían en la cocina. Sus argumentos tenían una base real, no constituían una mera formalidad, y se dilataron un rato, durante el que Charlie siguió sudando en el interior de la calurosa sala mientras giraba la cabeza de un lado a otro sin entender nada de lo que allí se decía. Vio, sin moverse de la silla, que la puerta se había quedado medio abierta. Entonces entró Lisa.

En ese instante Charlie se puso de pie. Fue presentado como Karl Karlovich, y lo único que hizo fue sonreír. Lisa también sonrió, y le dijo a Frank en ruso:

—Por favor, no crea que pretendo sentarme aquí. Sé que quiere hablar usted con su cuñado.

—No, no quiero hablar con él —respondió Frank en inglés—. Quédate. Estoy enamorado de ti.

—Perdón, creo que no te he oído bien —dijo Charlie.

Lisa se fue en silencio.

—Parece una señorita muy refinada, Frank. Es una pena que lleve el pelo tan corto, siendo de un color tan bonito. En casa habría pensado que era una sufragista.

—Está trabajando aquí solo de manera temporal —dijo Frank—. Hasta que Nellie regrese.

—Comprendo. No es una señorita, es solo una joven.

—Estoy seguro de que el pelo le volverá a crecer muy rápidamente —dijo Frank.

En los siguientes días, Charlie continuó mostrando una inesperada disposición a divertirse. Empezó de manera bastante convencional con una visita a la capellanía, donde el propio Frank no se sentía muy bien recibido desde la partida de la señorita Kinsman. Pero Charlie no notó nada en absoluto. Le repitió a la señora Graham lo asombrado que estaba por lo bien que funcionaba todo en el 22 de la calle Lipka.

—Supongo que Rusia es así. Ya podrán apreciar usted y su marido la enorme diferencia cuando regresen a su hogar una vez finalizado su cometido aquí. Le he dicho a Frank que su casa parece sacada de las mil y una noches.

—Me alegro mucho, Frank, de que su casa se haya convertido en algo parecido a las mil y una noches —dijo la señora Graham mientras encendía uno de sus horribles cigarrillos.

—Te abren la puerta —continuó Charlie—, te la cierran. Te traen lo que necesites... ¡Y todo con una sonrisa! Además, lo chiquillos no dan ningún problema.

—Ah, sí —dijo la señora Graham—. He oído que Frank ha contratado a una chica para que cuide de ellos.

—Por supuesto. Habla en ruso y no entiendo una sola palabra de lo que dice —siguió Charlie—. Pero solo hay que mirarla para comprender que es una buena persona. Es «justo el tipo de criatura deseada por la Naturaleza». ¿Conoce esa canción, señora Graham?

—No, no —dijo la señora Graham, tal vez temiendo que el cuñado de Frank se arrancara a cantar.

—Es una canción irlandesa —le dijo—. Se titula *La conocí en el jardín donde crecen las patatas*.^[11] Pero no se puede trazar una línea absoluta entre las nacionalidades. Y describe a esa chica a la perfección.

—Lisa trabajaba en Muir & Merrilees —dijo Frank—. Espero que...

—¿En qué sección?

—Pañuelos de caballero, creo.

—Oh, vaya.

—Espero que, cuando usted y el capellán vengan a vernos, tengan ocasión de charlar con ella.

—Bueno, no debe preocuparse por las invitaciones —dijo la señora Graham—. Al menos hasta que regrese su esposa.

A Charlie la señora Graham le pareció una mujer amable y cordial. Parecía tener siempre una palabra afectuosa para todo el mundo. También le impresionó Selwyn, un tipo inteligente, muy leído. Le sorprendía que Nellie no le hubiera mencionado con más frecuencia en sus cartas.

—Me dijo que es poeta, Frank. ¿Tú lo sabías?

—Sí.

—Y también que es vegetariano, como George Bernard Shaw. Pero Shaw no es poeta... Él, que escribe en prosa, debe de tener mucho más fácil eso de mantenerse a base de hortalizas.

—De todas formas, Selwyn no come mucho... —dijo Frank.

—Cosa extraña en un contable de gestión. Pero no sirve de nada luchar contra el genio. Ataca donde se le antoja. Cuando me llevó ayer a escuchar a ese pianista, ya sabes, a Scriabin, sí, a esa sala de conciertos, más tarde, mientras regresábamos juntos, de repente me dijo que parara y nos detuvimos en seco en medio de las vías del tranvía.

—¿Para qué?

—No me dio ninguna razón. Solo echó hacia atrás la cabeza y miró a las estrellas. Luego retomamos nuestro camino como si nada, casi de inmediato.

Selwyn le había entregado a Charlie un ejemplar de *Los pensamientos del abedul*, y allí lo tenía, con su familiar cubierta de papel color crema.

—Desde luego, si estuviera en ruso habría sido mucho más que un recuerdo. Aunque entonces, si no estuviera en inglés, no podría leerlo... Le he echado un vistazo. Creo que esta de aquí es una especie de canción de cuna. Me parece que lo que pretende es que un niño se quede dormido. No sabía que Crane estuviera casado.

—No es el poeta quien habla —dijo Frank—. Si no me equivoco de poema, creo que se trata de un abedul.

—Bueno, para mí es todo un privilegio conocer a un poeta en igualdad de condiciones, de tú a tú. Para ti debe de ser lo mismo, ¿no? En la gestión diaria del negocio...

Frank había aprovechado las horas que Selwyn y Charlie pasaron en el conservatorio para ir a visitar de nuevo a la señora Graham. La había llamado por teléfono para preguntarle si podía ir a hablar con ella, dado que no pudo decirle todo lo que quería la tarde anterior. Y ahora su cuñado había salido.

No había nadie más en la salita. Resultaba evidente que ella había pensado que la ocasión merecía el esfuerzo de mantenerla despejada para cuando él llegara. No se lo pensó:

—Quería preguntarle si ha recibido usted alguna noticia de la señorita Kinsman. A decir verdad, no fui muy considerado con ella.

—¿Acaso tuvo intención de serlo? —preguntó la señora Graham.

—No creo que tuviera ninguna responsabilidad especial hacia ella. Pero soy consciente de que había perdido su trabajo y necesitaba otro, y tal vez ella esperaba... Lo que quiero decir es que siento mucho si sufrió algún tipo de decepción.

—¿De veras? —dijo la señora Graham—. ¿Consideraría usted que soy una mujer

anticuada hasta el absurdo si le dijera que creo que un hombre debe acompañar a una mujer, incluso a una mujer mayor, es más, especialmente a una mujer mayor que se encuentra en una ciudad desconocida, a cualquier lugar al que a ella se le antoje ir, con el fin de garantizar su seguridad?

—No, no creo que sea usted una mujer anticuada por decirme eso, señora Graham. La encuentro, tal vez, un poco confusa, pero esa es una cuestión distinta. Todas las mujeres me parecen confusas, hasta Dolly me lo parece. Se debe a que ustedes se comportan de manera distinta, si se me permite decirlo así, según con quién estén. Su marido nunca haría eso...

—Pues debería; forma parte de su aprendizaje pastoral —dijo la señora Graham con tono enérgico—. Lo que sí admito es que yo no necesité ningún tipo de aprendizaje. En cualquier caso, ¿no le pareció confusa también la pobre señorita Muriel Kinsman?

—Sí, claro que sí. Me temo que no fui lo suficientemente amable con ella. Ni siquiera fui razonable.

—Bueno, llegó a salvo a Harwich. Le diré que era una criatura totalmente inofensiva, o tan inofensiva como puede serlo quien está en la más absoluta miseria. Los pobres siempre causan problemas. Mi padre oficiaba como coadjutor en un pueblo, y éramos pobres como ratas. ¿Que adonde fue? Bueno, le escribí una nota para las Damas Necesitadas, y el señor Crane conocía una comunidad tolstoiana que no queda muy lejos de Londres y que, por supuesto, dispone de agua corriente. Pero usted no ha venido hasta aquí para hablar de esto, ¿me equivoco? Mi marido no podría aconsejarle al respecto, porque este asunto no es de su incumbencia. Y tampoco lo es de la mía, pero digamos que a mí no me importa.

—No tengo secretos para nadie —dijo Frank—. No hay una sola persona en Moscú que no esté al tanto de lo que hago.

—Tal vez lleve demasiado tiempo en Moscú.

—Espero que no se trate de eso.

—Pues yo no le voy a decir aquello de «vayamos al grano», porque llevamos un buen rato dando vueltas alrededor del meollo del asunto. Esa joven... También se la recomendó el gran recomendador, claro está, el señor Crane. Un idealista... No voy a acusarle de nada peor. El no es de este mundo, no es terrenal. Pertenece a las nubes, es nuboso. Pero, ¿qué opina su cuñado al respecto?

—Charlie tiene muy buena opinión de Lisa Ivanovna —dijo Frank—. Ya se lo dijo él mismo.

—¡Por supuesto que tiene muy buena opinión de ella! —exclamó la señora Graham alzando la voz hasta un tono que Frank no le había oído jamás—. ¡Muéstreme un solo hombre en esta ciudad que no la tenga! Una muchacha pacífica, rubia, corta de entendederas, núbil, dócil, que no habla inglés porque, de hecho,

apenas habla nada en absoluto, de hombros caídos, con los ojos medio cerrados, todavía sin ensanchar aunque estoy casi segura de que lo hará, con la humildad adecuada y unos modales aceptables que, imagino, habrá aprendido a ser complaciente detrás del mostrador de la Muirka...

—No creo que tenga los ojos medio cerrados —dijo Frank.

—¡En el fondo siguen ustedes siendo propietarios de esclavas! ¡Sí! ¡Y ese cuñado suyo también! ¡Cincuenta años desde la Emancipación, y continúan empeñados en llevárselas al pajar al menor descuido!

—No exagere, señora Graham —dijo Frank—. Nunca ha habido esclavos en Norbury.

—Sin embargo, no ha respondido usted a lo que le he preguntado. Su cuñado... Ha venido, supongo, con un disgusto enorme a causa de la desaparición de su hermana. ¿Qué piensa de la situación que se ha encontrado en su casa?

—No hay nada que pensar. Si Lisa hubiera venido a trabajar para nosotros primero, y Nellie se hubiera ido entonces de casa, podría haber puesto alguna objeción; pero ha sido más bien al revés.

—Sí, justo al revés —dijo la señora Graham con voz ronca, mientras expulsaba enormes cantidades de humo.

Frank estaba consternado.

Veo que todo esto le produce una inquietud innecesaria. Lamento ser el responsable de tanta preocupación.

—¿Le resulto irritante? —preguntó la señora Graham, intentando recuperar cortésmente su compostura habitual.

—Todavía no.

—Pues hay algo más. No sé dónde ubicar a su Lisa. Decíamos que Selwyn Crane es un idealista; eso significa, o al menos eso creo yo, que resulta muy fácil engañarle. ¿De qué la conoce? Yo diría que es la hija de un diácono o de un salmista o de un campanero... De alguien que trabaja para la Iglesia, en suma.

—Creo que su padre era carpintero.

—Habría visto sus papeles, naturalmente...

—Naturalmente.

—Solo le formulo las preguntas que debería haberse hecho usted previamente a sí mismo. Aunque es muy probable que se las haya hecho... Después de todo, usted creció aquí, en Moscú. Todos los días ve a montones de jóvenes rusos. Montones de estudiantes... Aunque un ruso puede ser joven sin tener que ser estudiante. Verá a muchos más de los que vemos nosotros aquí, en la capellanía. ¡La hija de un carpintero! Creo que no he hablado con un carpintero en toda mi vida. Sí con lecheros, con costureras, con fotógrafos (¡gente horrible!), con dentistas alemanes... Pero con carpinteros, jamás. Los muebles de la capellanía se mantienen firmes,

gracias a Dios, y no hemos tenido que llamar a ningún carpintero.

—Estábamos hablando de Lisa Ivánovna —dijo Frank.

—Bien, pues déjeme decírselo con toda claridad. Quizá me equivoque, pero creo que hay algo oscuro en su interior. ¿Cree que esa chica podría estar relacionada con algún grupo revolucionario?

—Lo que yo creo, señora Graham, es que se deja llevar por su propia imaginación. Me da la impresión de que está decidida a encontrar algo perverso en Lisa, lo que sea. Aunque se trate de algo inverosímil. Para dedicarse a la política hay que disponer de tiempo, y le aseguro que cualquier persona que se ocupe de mis tres hijos durante las veinticuatro horas del día no tiene mucho tiempo libre.

—Pero, mi querido Frank —dijo la señora Graham, inclinándose hacia delante—. ¿Me está usted diciendo que duerme en su casa?

Era la primera vez que la señora Graham le llamaba «querido», y él siguió hablando a toda velocidad:

—Además, hay que tener cierta personalidad para ser un activista político. Como la profesora de Dolly, por ejemplo...

—¡Oh, esa impía! —exclamó la señora Graham—. Sí, he oído hablar de ella. Pero no ha de sentir el mínimo temor por Dolly. Jamás he conocido a una niña de su edad que tenga la cabeza tan en su sitio como ella.

Frank se preguntó qué iría contando Dolly cuando tomaba el té en la capellanía, algo que solía hacer antes. La señora Graham comenzó a liar otro puñado de picadura, y se puso muy derecha.

Está a punto de perder el control, pensó Frank. Dijo:

—Sin resentimientos.

En su desdén hacia un comentario tan banal, ella empezó a sentirse mejor, de modo que cuando se separaron eran casi un par de buenos amigos de nuevo.

—¡Su esposa y su cuñado deben de estar muy unidos!

—¡Muchísimo! —exclamó la señora Kuriatin.

—No lo creo —dijo Frank—. Llevan años sin verse.

—Ningún lazo es tan fuerte como el que hay entre hermano y hermana. Ninguno. Solo la cárcel y el hambre son más fuertes. O al menos eso dicen. ¿Acaso sé yo lo que hace Arkadi? En cambio sé lo que hay en el corazón de cada uno de mis seis hermanos, allá en Smolensk.

El propio Kuriatin se mostraba desmesuradamente complacido con la llegada de su cuñado. Se empeñaba en creer que era abogado, tal vez fiscal en una zona importante.

—Norbury. ¿Qué quiere decir eso en ruso?

—Ciudad del norte, creo —dijo Frank sin mucha convicción.

—Pues lo mismo que Pekín —expresó Kuriatin, triunfal.

Luego dijo que debía enseñarle al recién llegado cómo se divierte un ruso, algo que en Occidente desconocían por completo. En un momento normal del año, lo primero sería ir en taxi hasta los burdeles de gitanas del parque Petrovski. ¿Había buenos burdeles de gitanas en Norbury? Frank le dejó muy tranquilo a ese respecto. Sin embargo, durante la Cuaresma esos lugares tenían que echar el cierre obligatoriamente, y Frank especificó que Charlie, un ser con dotes musicales, no debería ir a la Rusalochka. El automóvil, entonces. Podrían ir en el Wolseley de Kuriatin (un modelo de cincuenta caballos, con ruedas desmontables, lo que a Frank le parecía una sabia precaución) a, pongamos, la iglesia de los Comerciantes, entre Kursk y Riazan, a unos veinte kilómetros de Moscú. Aunque las carreteras seguían cubiertas todavía de nieve a medio derretir.

—No importa. Tengo neumáticos Columbus. Los compré en Provodnik. Provodnik solo vende lo mejor, y además me hace un precio especial. Esos neumáticos corren por cualquier carretera, y aguantan el peor clima.

Ben le confirmó ese extremo, aunque Mijailo, el chofer de Kuriatin, puesto al que ascendió después de ser el jefe de cuadras, no le dejó ver el motor, y además, en opinión de Ben, todavía no le había terminado de coger el tranquillo al coche.

Kuriatin estaba de un humor excelente. Sabía que Charlie no entendía una sola palabra de lo que le decía, pero se lo tomaba en plan de broma, como si pudiera vencer aquel obstáculo a base de gritos y persistencia.

—Le volverás sordo —le dijo Frank—. Y ya sabes que tendré que responder ante Nellie de lo que te pase.

Como Bernov había dado un curso de inglés comercial que formaba parte del plan que se había trazado para ascender, Frank le dijo que tendría que ir con ellos como

intérprete.

—Me sorprende usted, Frank Albertovich. Si insiste en que les acompañe en su expedición, perderé un día de trabajo en la imprenta. Y si además quieren quedarse en el monasterio para asistir a las vísperas, tendremos que hacer noche allí.

—No llegarán tan lejos...

—¿Cree que tendremos una avería?

—Si eso sucede, haga que Mijailo revise el carburador. Este tipo de gasolina rusa tiene muy poca bencina.

—¿Qué es un carburador? Me gustaría que viniera con nosotros —dijo Bernov, y Frank sintió una oleada de afecto por él, que se convirtió en remordimiento en cuanto se puso a trabajar.

La imprenta se adaptó perfectamente a la nueva situación, lo que le produjo una indefinible sensación de apaciguado nerviosismo mezclada con auténtica satisfacción, como la que sentía de pequeño cada vez que veía una colmena o una peonza. Durante el día llegaron nuevos reglamentos oficiales que exigían que a partir de ese instante las empresas dejaran de recaudar el dinero procedente de las sanciones por ausencia o embriaguez. El dinero pasaría a ingresarse en una cuenta de titularidad estatal, y el Ministerio del Interior decidiría, con el tiempo, en qué invertir lo recaudado para mayor provecho de los trabajadores. Lo que se obtenía de las sanciones no significaba gran cosa, pero Frank sabía que a Bernov le habría encantado discernir si esa pequeña cantidad que se perdía como ingreso pertenecía al capítulo de los gastos indirectos, de los costes variables o de los costes extraordinarios. Sentía cierto alivio al puntualizar cada mínimo detalle como alternativa a sus grandes planes que, muy a su pesar, no tendrían jamás cabida en el mundo de Reid, como ya empezaba a comprender. Y ahora, en lugar de un delicioso día entregado a una detallada evaluación cargada de ajustes, tenía que surcar, muerto de vergüenza, el frío paisaje en la traqueteante excursión organizada por Kuriatin. En cualquier caso, Frank sabía que no podría haberle pedido ese favor a Selwyn. Aunque el cambio de talante de Kuriatin no durase mucho, solo hasta el día siguiente, era imposible determinar cuándo podría reaparecer su antigua condición en presencia de Selwyn, y Frank no se imaginaba qué podía llegar a suponer un cambio de actitud de tal calibre en el transcurso de una excursión en el Wolseley

Llegó a casa tarde, después de haber ayudado a leer las pruebas de *Tres hombres en una barca*. Había comido, por decir algo, en el Bar de Markel. Cuando regresó, Lisa le llevó a los niños para que le dieran las buenas noches, algo que nunca le había sucedido antes, y que pensaba que solo ocurría en las demás familias. Para empezar, era de lo más sorprendente que los tres estuvieran de acuerdo en irse a la cama al mismo tiempo.

—¿Ha vuelto el tío Charlie? —preguntó Dolly.

—No. No ha vuelto todavía.

—¿Crees que habrán tenido un pinchazo?

—Es muy probable —dijo Frank—. Todos los coches tienen pinchazos.

—Deberían hacerlos con ruedas macizas, como los caballos de los troyanos.

—Tal vez, pero la gente quiere ir cómoda.

—No sé por qué tiene que quedarse el tío Charlie más tiempo aquí —dijo Dolly—. No ha traído a madre, y tampoco sabe decirnos cuándo va a volver.

—¿No te importa nada tu tío? —preguntó Frank, sin más pretensión que la de obtener una respuesta.

Annushka, que había venido al mundo para tomar siempre el camino más sencillo y para extraer de cualquier situación la parte que más le conviniese, gritó:

—¡Yo quiero mucho a mi tío Charlie!

—Es como si a él le gustara todo —dijo Ben, tratando de hacer justicia—. Y no estamos acostumbrados a eso.

—Y su visita no ha servido de nada... —dijo Dolly—. Se supone que no ha venido hasta aquí solo para divertirse.

Frank les dijo que Charlie había reservado sus billetes de tren a Londres, vía Varsovia y Berlín, para el día 28 de marzo del calendario ruso, y que la familia debía encargarse de que se lo pasara bien hasta entonces. Le habría gustado que Dolly le diera un abrazo, pero al parecer ella había decidido no hacerlo. Frank estaba acostumbrado a mantener cierto contacto humano con los demás todos los días. En Moscú siempre había sido así, que él recordara, y no solo cuando era pequeño. Incluso ahora, en el mundo de los negocios, muchos de sus contactos rusos se le echaban al cuello para abrazarle, y lo mismo hacían sus sirvientes y sus empleados. La mujer del té y el encargado del patio le besaban las manos si no lograba detenerlos a tiempo. Pero todo lo que le ofreció Dolly fue una mirada audaz y cariñosa.

Frank les pidió a todos sus sirvientes que se marcharan a la cama, y les dijo que él se quedaría despierto hasta que regresara Karl Karlovich. Kuriatin y su grupo volvieron a las diez y media, pero no en el Wolseley, que había empezado a echar humo y que tuvieron que abandonar a pocos kilómetros de Moscú, con Mijailo, sino en un destartalado coche tirado por un caballo, que fue todo lo que consiguieron alquilar en aquel lugar. Kuriatin llegó armando ruido y ansioso por demostrar que la excursión había sido un éxito. Bernov parecía cansado, empequeñecido y muy serio. Y Charlie era el mismo de siempre. No creía que hubiera ocurrido nada inoportuno a lo largo del día. Le dijo que no había probado el vodka, puesto que creía que podía estar perjudicando su tránsito intestinal, pero que sí que había tomado unos cuantos vasos de *kvas*, la cerveza rusa que hacían, según le dijeron, con pan, algo que, ya puestos, resultaba igual de sorprendente como que logran hacer pan a partir de cerveza. Personas inteligentes, los rusos. No tenía ninguna importancia que no

hubieran conseguido llegar hasta la iglesia. Vista una iglesia ortodoxa, vistas todas. Y en el *traktir* comieron un plato especial, un pastel de pescado con un agujero en la parte superior en el que se podía poner todo el caviar del mundo.

—El señor Kuriatin me ha tratado con suma generosidad durante todo el día —continuó—. Estoy empezando a comprender que aquí la expresión «amigo de la familia» significa exactamente eso.

—En Inglaterra también —dijo Frank.

—Y, desde luego, no me habría enterado de nada sin la ayuda del señor Bernov, con ese valioso don de lenguas que tiene. Durante el camino de vuelta me ha contado lo que iba diciendo el señor Kuriatin acerca de lo mucho que lo siente por ti y lo mucho que le gustaría poder hacer algo más por tu familia.

Kuriatin, que había oído que se pronunciaba su nombre, asintió con la cabeza, se echó a reír, puso los ojos en blanco y emitió una serie de sonidos, aunque no lo hizo todo a la vez. Era como una figura mecánica un poco estropeada que uno se encontrara en una tienda de juguetes de segunda mano.

—Quiere llevarse a los tres niños, Frank, durante todo el tiempo que sea necesario, para que puedas verte libre de responsabilidades. ¿Qué opinas? Al parecer su esposa es un alma maternal que nunca tiene demasiados críos en casa. Y no te costaría nada. Antes extendió los brazos, igual que está haciendo ahora, y dijo: «¡Que me consideren su segundo padre!». ¿No, señor Bernov?

—Sí —dijo Bernov—. Lo repitió más de una vez.

—¿Qué dice ahora? —preguntó Charlie.

—Está diciendo que un hombre que ha bebido vodka es como un niño: dice solo lo que piensa.

—¿Es un dicho popular?

—Tal vez —dijo Bernov—. No he vivido nunca en un pueblo y no estoy muy familiarizado con los dichos populares.

—De todos modos, no importa —dijo Frank—. No es que quiera adoptar a mis hijos. Es solo una expresión general de buena voluntad. Aunque muy probablemente sea justo lo contrario.

—¡No hay duda de que, como hombre de negocios que es, se mantendrá fiel a su palabra! —exclamó Charlie—. ¡No hay duda de que es el espíritu mismo de la hospitalidad!

—Claro que sí.

De pronto, aburrido, Kuriatin se levantó del sofá con un movimiento brusco y, sin esperar la llegada del samovar, salió de la sala mientras pedía a gritos su abrigo y sus botas. El coche le esperaba bajo la llovizna, y se marchó sin ofrecerse siquiera a llevar a Bernov.

—No importa, Frank Albertovich. La verdad es que prefiero irme en tranvía. —

Bernov se peleaba con sus galochas—. No obstante, creo que en esta ocasión me ha exigido usted demasiado. Soy su contable de costes, y de ahora en adelante preferiría limitarme a mis obligaciones diarias.

Charlie estaba cansado y se fue derecho a la cama sin dejar de elogiarlo todo. Aquel clima húmedo era mucho más sano que el clima cálido y seco. Y había sido muy positivo, ciertamente, que se rompiera el Wolseley, ya que parecía que el señor Bernov no se sentía del todo bien mientras viajaban en él. Pero el señor Kuriatin había sabido cómo actuar, y en el *traktir* había hecho que se tomara un remedio especial: un trago de bolas de naftalina disueltas en vodka.

—Es un consejo muy útil, la verdad. Debería escribir todas estas cosas en un cuaderno, y tenerlo siempre a mano. Bueno, querido Frank, buenas noches.

Cuando solo faltaba un día para que se marchara de vuelta a Inglaterra, era como si Charlie llevara allí toda la vida. Se había acostumbrado a comer *kasha*, de la que se tomaba dos y tres cuencos en el desayuno, con un trozo de mantequilla en cada uno.

—En casa no voy a poder comer de esto —decía.

Creía haber visto gran parte de lo que había que ver en Rusia. No fue muy lejos en su excursión con Kuriatin y Bernov, pero estaba convencido de que sí lo suficiente para asimilar lo que debía de ser el resto del país y de sus campos.

—Había coles por todas partes. En Rusia se confía demasiado en la col, querido Frank. Si he de objetar algo, es que estas gentes no son como los cultivadores de los huertos de nuestro país. Una granja o una fábrica pueden sufrir pérdidas, cierto, pero la parcela de un inglés, jamás lo hará. Y esto me lleva a la otra cuestión.

Aunque la otra cuestión tendría que esperar por el momento, puesto que en Norbury se consideraba del todo improcedente hablar de temas importantes en presencia de los sirvientes.

—Aunque no entiendan lo que digo, podrían deducir perfectamente el sentido de mis palabras a partir de mis gestos y de los movimientos de mi rostro. Y no querrás que se enteren de lo que aquí sucede...

—Todo el mundo sabe lo que aquí sucede —dijo Frank.

Charlie fue con él hasta la parada del tranvía.

—Lamento no haber podido visitar tu imprenta. Pero creo que no me vendrá mal un pequeño descanso. Además, Dolly me ha prometido que vendrá conmigo a las Galerías Comerciales^[12] después de la escuela, y me hará de intérprete con los tenderos para que pueda comprar algún regalito... Lo que me lleva a ese otro tema del que no pudimos hablar durante el desayuno...

—¿De qué se trata?

—Se trata de los pequeños. Esa oferta que te hizo Kuriatin me hizo pensar, es un diamante en bruto, todo hay que decirlo. Tú la rechazaste, pero... ¿Qué te parecería...? Imagina que me llevo a los tres mañana conmigo, de regreso a Inglaterra...

—Mira, Charlie...

—Te he dejado de piedra, ¿eh, Frank? Pero me atormenta pensar que esos niños no conozcan su tierra natal. Antes hablábamos de los campos ingleses, y ninguno de ellos los ha visto nunca. Seguro que ni siquiera han visto un calabacín en su vida. Además, bueno, ya puedes imaginarte que a veces me siento muy solo en esa casa tan grande...

—¿Me estás diciendo que quieres que vivan contigo para siempre?

—Piénsalo, Frank. Sé que no estás pasando por un momento fácil, aunque no

hayamos hablado mucho al respecto. Piénsalo durante el día de hoy, y ya me dirás qué te parece.

—Tu padre parecía un poco molesto —le dijo Charlie a Dolly mientras entraban en las Galerías—. Espero no haber dicho nada inoportuno.

—No te preocupes ahora por eso —le dijo Dolly, que caminaba a toda velocidad, con su abrigo nuevo de piel puesto por encima del uniforme del colegio, y muy en su papel de estar al mando—. Vamos a comprar los regalos primero. Luego puedes invitarme a un té si quieres, y te diré lo que pienso.

Fueron a las Galerías Superiores, la última planta del gran mercado, cruzada en ambos sentidos por unos amplios pasillos de cristal tras los que se podía ver cómo iban y venían los ajetreados compradores, sobre cuyas cabezas también dominaba el cristal. La planta central estaba destinada a la venta al por mayor. Al subir se encontraron con más de medio kilómetro lineal de productos, todos ellos expuestos para aquellos que desearan gastarse allí su dinero. A Dolly le brillaban los ojos.

—Solo un par de cosas —dijo Charlie sin mucha energía—. Algunos vecinos han sido muy buenos conmigo. Está la vicaría, y supongo que también la sociedad coral, y uno o dos del trabajo...

—¿Qué le vas a llevar a madre?

—No estoy muy seguro de cuál es su paradero en estos momentos, querida Dolly. De lo contrario, como ya sabes, tendría que...

Dolly le quitó la lista de las manos, y tiró de él para que se moviera más deprisa:

—Esta es la sección de comestibles. No se trata de productos de importación, sino de alimentos rusos. Conservas de esturión en vino, paté de alce, caviar, por supuesto, aunque este no es el de mejor calidad, perdices en aguardiente... Por aquí llegamos al *galantería*, abalorios de ámbar, guantes de cabritilla, abanicos de seda con mango de perlas, botitas de terciopelo... Todas esas cosas. Aunque también puedes llevarte ropa de la que se ponen los campesinos los días de fiesta. No hace falta que compres el conjunto entero. Puedes llevarte solo un *kokoshnik* o quizá una *shugái*. ^[13] Ahora estamos llegando a la parte del oro, la plata, las joyas y los objetos religiosos.

—No puedo comprar nada de todo esto, Dolly. Es demasiado caro. ¿No podemos ir por otro sitio? Además, no puedo llevarles eso como regalo. Los objetos religiosos no pegarían mucho en la vicaría.

—Mira, aquí hay pendientes de perlas. Pero no te creas, son solo perlas de río.

Mientras hablaba, volvió la cabeza hacia él, y Charlie se sorprendió enormemente al ver algo de lo que no se había percatado antes: Dolly tenía las orejas perforadas a la manera extranjera, y llevaba un par de pendientes de oro.

—¿Cuándo te han hecho eso, querida?

—Pues supongo que cuando tenía unas dos semanas de edad. Annushka también las tiene así.

Él respondió con torpeza:

—En ese caso, tal vez te gustaría que te comprara alguna perla de esas, ¿no?

Dolly se echó a reír:

—Tengo montones en casa. Pero no nos dejan llevarlas en la escuela.

Empezó a compadecerse de él, así que giraron a la izquierda en cuanto llegaron a la primera intersección y compraron una serie de pequeños objetos de madera de abedul, y una caja de puros. Ella contó el cambio y recuperó, sin discusiones, otros treinta kopeks. Todo venía envuelto en un papel muy grueso, pero Dolly le dijo que debía tener cuidado con lo que había comprado o, de lo contrario, podría romperse.

Para tomar el té tuvieron que bajar al restaurante, que estaba en el sótano de una de las torres de arenisca de las Galerías. Pero el sitio estaba repleto de gente. El aire parecía espeso como el gas, y los clientes que atestaban el lugar se empujaban unos a otros a codazo limpio.

—No podemos quedarnos aquí. Vamos a tomar el té con Selwyn Osipych.

—No sé donde vive, Dolly. Además, lo más seguro es que esté trabajando en la imprenta.

—No, no está allí. Mi padre va todos los días, excepto algunos sábados, y Selwyn libra los jueves. Los viernes van los dos porque es el día de los pagos. La ley no permite que se pague a nadie un sábado, o la víspera de un día de fiesta, para evitar que la gente utilice el dinero para emborracharse.

—Todo eso está muy bien, pero puede que no sea muy conveniente ir a visitarle. No le hemos avisado y no nos espera —alegó Charlie.

Selwyn vivía en la parte este de la Miasnitskaia, justo donde el barrio pasaba de ser respetable a resultar dudoso. Una calle más allá y uno entraba en el barrio de los burdeles masculinos y femeninos, el mercado de Jitrovo, que no tenía mucho que ver precisamente con las tiendas de las Galerías, y las casas de inquilinos donde se escondían durante el día los desempleados, los sospechosos de estar enfermos de cólera, los desertores militares y los criminales en busca y captura. En circunstancias normales, jamás se habría permitido que Dolly llegara hasta la parte este de la Miasnitskaia, pero ella ya conocía la zona, y llamó al portero con el mayor descaro.

—Mire a ver si está Selwyn Osipych.

—Tiene habitaciones en esta casa, pero casi nunca está.

No obstante, Selwyn bajó personalmente para darles la bienvenida.

—Deberíais haberme avisado.

—Lo sé —dijo Charlie—. Pero esta tarde no estoy al mando. Nos ha sido imposible tomar el té en las Galerías... —Seguía dando explicaciones mientras subía por las escaleras, detrás de los otros dos.

—Bueno, en cualquier caso me alegro mucho de veros. A los dos —insistió Selwyn.

Dolly llegó la primera, corriendo. Lo único que iluminaba la sala de Selwyn eran unas lámparas de parafina y el resplandor rojo de la estufa.

—No tengo electricidad —dijo—. Ni tampoco té... Té de verdad, quiero decir. Suelo hacerme una infusión a base de las nueve plantas curativas: ranúnculo, camomila, margarita, ortiga muerta, perejil silvestre, hipérico, trébol, balsamina y hojas de hierba. Las recojo en verano, y las dejo secar a la vuelta.

Esas plantas curativas se utilizan para que no se mueran las vacas enfermas —dijo Dolly.

—El poder de sanación no conoce límites, Dolly.

—¡Ortigas muertas! ¡Puaj! Dile al portero que vaya a buscarnos un poco de té y un limón.

Pero el portero estaba más que dispuesto a venderles un poco de su propio té. De hecho, lo sacó en cuanto vio que Selwyn Osipych tenía visita. No conocía a mucha gente que quisiera beber esa infusión suya de las nueve plantas. A Charlie le dio la impresión de que su presencia allí tal vez resultara un tanto incómoda, y dijo que la mezcla de hierba y ranúnculo parecía muy interesante, y que en alguna ocasión le habían recomendado algo por el estilo para el asma.

—Cada planta tiene la protección de un santo diferente —dijo Selwyn—. Estas cosas no son puramente medicinales...

La habitación tenía un techo de madera tallada, a dos aguas, que copiaba el diseño de un hastial. Lo habían pintado de blanco, y Selwyn le había pedido a un carpintero que pusiera estanterías en cada una de las hileras, donde no solo guardaba los libros sino también las herramientas para la elaboración de sus zapatos, las agujas y el hilo y los tarros para las hierbas. El mismo carpintero le había confeccionado las sillas y la mesa de madera, tan sencillas que en su elaboración no parecía haberse utilizado ni un solo clavo. Charlie miró a su alrededor en busca de algo que poder elogiar, pero se limitó a musitar:

—Bonito sitio, este.

—No sé si bonito es la palabra... —dijo Selwyn en voz baja—. Busqué una habitación aquí porque está muy cerca del mercado de Jitrovo.

—¿Es un buen lugar para ir a comprar?

—Sí, si lo que quieres es encontrar lo que te hayan podido robar durante los últimos seis meses, o si quieres un tatuaje o que te practiquen un aborto.

Charlie frunció el ceño mientras miraba a Dolly.

—No me diga más. Supongo que el alquiler es bastante razonable, entonces.

—A Selwyn Osipych no le importa el precio del alquiler —dijo Dolly—. Vive aquí porque por la noche le gusta caminar entre los desgraciados.

—La verdad es que no necesito dormir mucho —dijo Selwyn—. Y a veces, a altas horas de la noche, las almas de los hombres y las mujeres se abren de forma

natural, como sucede con algunas plantas.

—¿Pongo el agua a hervir? —preguntó Dolly.

Selwyn tenía uno de los pocos hervidores de agua que había en Moscú. No existía ninguna palabra en ruso para definirlo. Se lo había traído hacía unos años, después de viajar a su ciudad natal, Tunbridge Wells.

—Entonces, ¿no tiene usted sirvientes? —preguntó Charlie.

—No, ese tipo de relación me parece falsa.

—Bueno, por lo que veo, nuestra Dolly se maneja muy bien en la cocina.

Selwyn le contó lo que le había dicho Tolstói en una ocasión: si los hombres y las mujeres adultos vivían con sencillez y se encargaban de llevar a cabo las tareas necesarias, los niños pronto desearían realizarlas también.

—¿Cree usted que Nellie vivía con sencillez? —le preguntó Charlie.

Después de que Dolly se hubiera encargado del té, se sentó y dijo bruscamente:

—Tío Charlie quiere llevarnos con él a Norbury. No tengo ni idea de cómo se le ha metido semejante idea en la cabeza.

—A ver, querida —dijo Charlie—. Estoy seguro de que no es tu intención hablar con tanta dureza. Como ya te he explicado, se lo he propuesto a tu padre con la mejor de las intenciones. Y me sorprende enormemente que le haya alterado tanto.

—Creo que ya lo entiendo —dijo Selwyn inclinado hacia delante, todo interés y preocupación—. Dolly no quiere abandonar a su padre.

—No queremos salir de Rusia —dijo Dolly—. Es el inicio de la primavera. Lo que queremos es ir a la dacha. —Mientras chupaba el último trozo de limón, sentada a la suave luz de la lámpara, los miró a los dos llena de tolerancia—: Y tampoco queremos abandonar a Lisa Ivánovna.

Esa noche, para sorpresa de Frank, Charlie volvió a hacerle la misma oferta.

—¿No iremos a empezar con ese tema de nuevo?

—Sí, Frank, me temo que sí. Me da la impresión de que te opones a la idea porque crees que no voy a ser capaz de arreglármelas solo durante el viaje, y, bueno, es cierto que no tengo mucha experiencia en eso de cuidar niños. Pero ahora me doy cuenta de que existe una alternativa que, además, supondría una gran ventaja por aquello que te dije de que me siento bastante solo a veces en Longfellow Road. Así pues, ¿qué te parecería que también se viniera con nosotros la señorita Lisa? Siempre, por supuesto, que le mantuviera el mismo salario que le pagas tú aquí, que considero que es el justo.

Frank le miró, pero pronto comprendió que estaba hablando en serio y que se creía lo que le estaba diciendo.

—No lo sé, Charlie —dijo—. ¿Cómo lo haríais? ¿Se lo has preguntado a ella?

—Te olvidas de que no puedo hacerme entender en ruso. La cosa, naturalmente, sería que tú hablaras con ella en mi nombre.

En silencio, Frank se dispuso a elaborar mentalmente un breve discurso: «Querida Lisa, por favor, te pido que consideres las siguientes tres posibilidades que te planteo a petición de mi cuñado. En primer lugar, Karl Karlovich te quiere, aunque él no lo sepa aún. Le gustaría que te fueras a Inglaterra con él para cuidar de los niños durante el viaje, con el mismo salario que se te paga aquí (que para él es un salario justo), y luego, más tarde, cuando se dé cuenta de lo que siente realmente, querrá que te acuestes con él, para disgusto, desaprobación y envidia de todos sus vecinos de Norbury. Segunda posibilidad: Karl Karlovich te quiere, etcétera, etcétera, pero es más astuto de lo que yo pensaba, y él lo sabe. El resultado será idéntico, con el mismo salario que se te paga aquí (que para él es un salario justo), pero todo se llevará a cabo mucho antes de lo que piensas. Tercera posibilidad: Karl Karlovich no te quiere, pero sospecha que yo sí, y eso le aflige enormemente, en parte por su hermana y en parte, creo, por mí, ya que estoy seguro de que lo que intenta es velar por mi bienestar moral, y se le ha ocurrido que si puede llevarte con él a Inglaterra (seguimos con el mismo salario), me libraré de caer en la tentación».

—No sé muy bien cómo se lo podría explicar a ella —dijo en voz alta—. Pero ¿estás seguro de que los niños quieren irse a Norbury contigo?

Charlie parecía un poco desanimado.

—Bueno, no estoy muy seguro... —dijo.

Frank llegaría más tarde a la conclusión de que, después de todo, su cuñado era un hombre al que animaban las mejores intenciones, no como él mismo; pero también se dio cuenta de que eso no le importaba gran cosa, y el enorme alivio que sintió al

admitir semejante realidad se unió, en cierto modo, al enorme alivio que sintió al ver que Charlie se marchaba solo con su bolso de viaje, su baúl, los regalos que había comprado con Dolly en las Galerías, y la docena de botellas de vodka y los cincuenta pasteles de té verde que Kuriatin, en el último momento, le envió a la estación. A pesar de que solo habían pasado diez días desde su llegada, Charlie parecía haber olvidado todos los detalles prácticos que implicaba el viaje. Las regulaciones aduaneras, las zonas horarias, las señales de aviso... Todo parecía haberse diseminado por su mente, y todo le parecía confuso. Además, parecía haberse olvidado del objeto principal de su visita: nadie mencionó a Nellie.

—Te haré saber que he llegado sano y salvo, Frank. No te quepa la menor duda. Siento que no te he agradecido ni la mitad de lo que debería toda tu amabilidad. Y créeme que lamentaría muchísimo haberte molestado de alguna manera al sugerir... Quiero decir... Si crees que alguna sombra se ha interpuesto entre nosotros, estoy más que dispuesto a romper ahora mismo mi billete de regreso y volver directamente a la calle Lipka contigo.

Para enfatizar sus palabras, sacó su cartera, pero el billete de regreso no estaba allí. Inmediatamente comenzaron a buscarlo. Frank revisó el abrigo de Charlie, como si fuera un carterista aficionado, y por fin encontró el billete, que al final resultó que estaba en la cartera. Sonó la tercera campana. Charlie escaló con dificultad los empinados escalones del vagón, y, mientras el tren salía de la estación, trató de mirar hacia atrás por la ventana, pero había demasiados pasajeros justo delante de él, y su mirada se perdió entre la multitud.

—¿Se ha ido ya? —preguntó Dolly

La misma habitación, la misma sopa, el mismo pan del día anterior... Pero ni rastro de Charlie. Era como si la amenaza hubiera desaparecido como por ensalmo mientras estaban allí sentados, todos juntos. El día volvía a extenderse ante ellos sin tensiones aparentes. Lisa masticaba enérgicamente, y seguía sin hablar a no ser que antes se le hablara a ella. Seguía creando a su alrededor una sensación de descanso carente de tedio, como si el estado natural de la existencia fuera la paz de espíritu. Tengo que conseguir que se inquiete, pensó Frank. Como sea.

—No creo que me case nunca —continuó Dolly—. Y lo más seguro es que Lisa tampoco lo haga.

—Lisa, ¿por qué le has dicho eso a Dolly? —preguntó Frank.

—Lo que le dije es que en tiempos, puede que unos diez años atrás, en los pueblos se creía que era horrible que una mujer se quedara soltera.

—Pero eso no es lo mismo que ha dicho ella. En absoluto.

—No, no es lo mismo.

—Mi profesora no está casada —dijo Dolly—. Y la señorita Kinsman tampoco estaba casada.

—Vosotros, niños, no conocisteis a la señorita Kinsman —dijo Frank—. Ni siquiera sabía que hubierais oído hablar de ella. Lisa, tienes mi permiso para reprender a Dolly si ves que se le ocurre empezar a atosigarte, como parece ser que todas las mujeres sin excepción tienden a hacer.

—¿Por qué la situación de las mujeres es mejor ahora que hace diez años? —preguntó Ben.

—Sí. Es mejor —dijo Frank—. Tal vez Lisa te pueda explicar por qué.

Lisa no se ruborizó, pero dejó la cuchara y dijo:

—No se me da bien explicar las cosas a los demás, y me parece poco amable que se le pida a alguien que haga más de lo que puede hacer.

—¡Poco amable! —exclamó Frank, horrorizado.

Al día siguiente, en la Reidka, en cuanto Bernov hubo desaparecido de su vista, le preguntó a Selwyn si alguna vez había pensado de él que era cruel o inhumano. Selwyn, en lugar de negarlo de inmediato, se puso a considerar la pregunta de esa manera pausada e irritante que le era tan característica. Mientras tanto, Frank dijo:

—Me dijiste que era mi deber tratar de entender a Lisa Ivánovna.

—No sé si utilicé la palabra «deber» —dijo Selwyn, intentando recordar lo que dijo—. Si la hubiera empleado, estaría refiriéndome por fuerza a algo que no deseabas hacer, por el mismo significado de la palabra «deber», y yo pensaba más bien en algo parecido a lo que sucede cuando uno entra en la más cálida de las salas de una casa de baños, en la sala de vapor, cuando lo que se quiere y lo que se debe hacer se fusionan en una sola cosa. ¿Me sigues?

—La verdad es que sí —dijo Frank—. Pero el problema es que no puedo hacer mucho en tan poco tiempo. Solo la veo un poco por la mañana y otro poco por la noche.

—Para serte sincero, eso es mucho más de lo que yo esperaba. No creo que debas reprocharte nada a ese respecto. Sin embargo, sí podría ser que la existencia de Lisa Ivánovna resulte un tanto sombría. Si así fuera, estoy dispuesto a llevarla a algún sitio una noche, como hice con tu cuñado. Las reuniones masivas están prohibidas, claro, sobre todo para los jóvenes, pero podríamos intentarlo con un grupo del movimiento antialcohólico, o con una reunión de los Peregrinos Rusos de la Vía de la Humildad, o con algún tipo de círculo literario. Todos son gratuitos, o cuestan muy poco, y la policía política los aprueba siempre y cuando no congreguen a mucha gente.

Pero Frank no le estaba prestando atención.

—Cuando vino por primera vez, ya sabes, cuando la trajiste a casa, me di cuenta de lo silenciosa que era.

—Ya lo creo. Es difícil darse cuenta de que está en la misma habitación que tú.

—Yo me doy perfecta cuenta de cuándo está en cualquier habitación. Pero pensaba que cuando llevara más tiempo con nosotros hablaría un poco más...

—Tienes que entender que siempre pensó que no iba a quedarse mucho tiempo con vosotros.

—Pues a eso me refiero. Me gustaría saber qué es lo que va a hacer cuando se vaya, y si tiene adonde ir.

—Podrías preguntárselo tú, claro está. Pero, Frank, ¿por qué no dejas que me encargue yo de eso? He de reconocer que la responsabilidad de que te preocupes por Lisa es solo mía. Igual que cuando te traje a otros muchos desgraciados antes, en busca de ayuda material. Quizá en esta ocasión no te sientas demasiado inclinado a darme las gracias.

—No estoy muy seguro todavía —dijo Frank—. Ya te lo diré más adelante.

—Volviendo a lo que me preguntaste al principio, sobre si creo que eres poco amable o si es posible que tiendas a la crueldad, verás, Frank, creo que ese es un asunto en el que hay que considerar el papel que juega la imaginación. Quiero decir que hay que tener en cuenta el sufrimiento de los demás. Ahora bien, tú no eres un hombre imaginativo, Frank. Si he de encontrarte un defecto, sería el de que no eres capaz de comprender la importancia de lo que queda más allá del juicio o de la razón. Y, sin embargo, en ese más allá reside todo un universo completo. «¿Dónde está la corriente?», clamamos con lágrimas en los ojos. Pero, ¡elevemos la mirada, y hete aquí! Ahí está la corriente azul que fluye suavemente sobre nuestras cabezas.

—No sé si ella confía en mí —dijo Frank—. Y, dadas las circunstancias, espero que no lo haga.

Los sirvientes dedicaban la víspera del Domingo de Ramos a recorrer toda la casa con el propósito de prepararse para la confesión de la Pascua. Visitaban también a los vecinos y les pedían perdón por los pecados que hubieran podido cometer, a sabiendas o sin querer, contra ellos. No era necesario aclarar de qué pecados se trataba.

Frank se quedó de piedra cuando Lisa le dijo que necesitaba su perdón por sus acciones, palabras y pensamientos no expresados en voz alta.

—¿Qué es lo que puedes haber hecho mal? —le preguntó—. No sé cuáles son esos pensamientos no expresados, pero yo no tengo ninguna queja de ti.

—¿Quién puede pasar un solo día sin hacer algo mal?

—Bueno, si de lo que se trata es de una competición, tampoco mi conciencia está del todo limpia. —Ella seguía esperando en silencio—. Pero yo te perdono, Lisa —dijo.

El Domingo de Ramos se puso encima su chal negro y se llevó a los niños a ver cómo se agrupaba la multitud.

—Me reuniré con vosotros más tarde. Ya os buscaré —les dijo.

En cuanto se marcharon, recibió una llamada telefónica. Era del Ministerio de Defensa, de la división política. O, para ser más precisos, de la policía de Seguridad.

—Tenemos a Vladimir Semionich Grigoriev, un estudiante que ha confesado que la noche del 16 de marzo irrumpió en su local. ¿Sería usted capaz de identificar a este hombre?

—Hay más de seis mil estudiantes en la universidad —dijo Frank.

—Pero solo uno de ellos entró en la imprenta Reid la noche del 16 de marzo con la intención de imprimir material subversivo, o de robar tipos y otros materiales para imprimir ese mismo material en otro lugar.

—No robó nada.

—¿Por qué fue allí entonces? Tenía todo Moscú para elegir. En cualquier caso, le solicitamos que venga al 210 de la Nikitskaia, y se lo lleve.

—¡Llévame! Si es el Domingo de Ramos. ¡Yo no lo quiero! —dijo Frank—. Me piden constantemente que vaya a buscar algo o a alguien, y yo soy impresor, no el dueño de una empresa de transporte público.

—Las calles están llenas de gente. Hoy le será imposible conseguir un coche. Le enviaremos uno que pasará a recogerle en seis minutos.

Frank no había estado nunca en la sede central de la Seguridad de la Nikitskaia, un edificio que no se distinguía en nada de los otros bloques de cuatro pisos que se alzaban a ambos lados de la calle. En la tercera planta, que carecía de la afabilidad de las alfombras y el hedor a tabaco de la comisaría de policía de su barrio, se encontró

con tres hombres, uno de los cuales se dedicaba a hablar, otro a tomar notas taquigráficas, y el último a quedarse de pie junto a la puerta, sin hacer nada aparentemente. Volodia, que tenía un aspecto lamentable, se había sentado al revés en una silla de madera, con la barbilla apoyada en el respaldo. Llevaba su arrugado uniforme de estudiante de color verde oscuro.

Cuando le pidieron que identificara al detenido, Frank dijo que desconocía su apellido o su dirección.

—Bueno, pues nosotros sí que lo sabemos —dijo el interrogador—. ¿Puede usted confirmar que su hogar del 22 de la calle Lipka está compuesto por usted mismo con sus tres hijos legítimos, un sirviente no especializado que se encarga de abrir la puerta, una cocinera, una ayudante de la cocinera, una institutriz temporal cuyo pueblo natal es Vladimir, un jardinero, y un chico que antes limpiaba las lámparas, pero que, ahora que tienen electricidad, limpia los zapatos y realiza pequeños trabajos de diversa índole?

Frank lo confirmó todo con ganas de aducir que, a pesar de lo prolongado de la lista, en realidad no vivía tan pomposamente como pudiera parecer. No obstante, se esperaba que viviera así, ya que de lo contrario sería todo un fracaso como patrón, como cuando tenía que afeitarse él mismo en vez de ir al barbero de la esquina de la calle Lipka, como por lo demás hacía ahora. El interrogador, que había leído todo lo anterior en una tarjeta, le dio la vuelta y agregó:

—Su esposa, Elena Karlovna, le ha dejado al parecer de manera temporal.

—No voy a alegar nada al respecto —dijo Frank.

El hombre trazó una marca en la tarjeta, y continuó:

—Cuando Grigoriev entró en su local, ¿qué era lo que quería imprimir?

—No creo que llevara nada encima salvo, tal vez, alguna idea metida en la cabeza.

—Mi cabeza es solo mía —exclamó Volodia mientras elevaba la barbilla del respaldo—. No pueden tocarla.

Nadie le prestó la menor atención, lo que supuso una decepción para Frank, que esperaba que se lo llevaran de una vez y le dejaran marcharse.

—Frank Albertovich Reid, sabemos que está tratando usted de deshacerse de su negocio para poder regresar a Inglaterra. Durante los últimos dieciocho meses se ha hecho con una declaración ante notario en la que se atestigua que no tiene deudas pendientes de pago, con un permiso de la policía que declara que no existe ningún obstáculo para que salga usted del imperio, y con un permiso especial del gobernador general para la venta de un establecimiento destinado a labores de impresión. Dichos documentos han sido traducidos al inglés, y ha pagado usted las tasas correspondientes para certificar la exactitud de la traducción y para que conste que dicha traducción ha sido realizada por persona autorizada por las leyes vigentes.

—Tampoco voy a alegar nada al respecto de todo eso —dijo Frank—. No tengo pensado salir de Rusia por el momento, pero creo que hay que estar preparado por si es necesario hacerlo. He pagado y obtenido cada uno de esos documentos legalmente.

—Y del mismo modo pueden ser legalmente invalidados. No le sería tan sencillo conseguirlos una segunda vez.

—Confío en que no será necesario llegar a eso —dijo Frank.

—Lo que le pedimos es que sea usted el garante del buen comportamiento de Vladimir Semionich Grigoriev. Estará bajo nuestra supervisión, por supuesto, pero será su responsabilidad asegurarse de que no se involucra en ninguna actividad subversiva o políticamente inaceptable.

—¿No se olvida usted de que fue él quien irrumpió en mi local? —preguntó Frank—. En ningún caso me habría imaginado a mí mismo teniendo que dar buenas referencias de esta persona.

—Usted me dijo que esperaba que me fuera bien... —dijo Volodia con la voz quebrada.

—Nos pondremos en contacto con usted si a Grigoriev se le ocurre cambiar de domicilio. En resumen, si se produjera algún otro escándalo tendríamos que considerar la posibilidad de retirarle todos sus permisos de salida, y, en cualquier caso, no puede marcharse de Moscú mientras Grigoriev permanezca en la universidad. Si no tiene más preguntas que hacernos, puede retirarse.

El tercer agente, que parecía estar allí sólo para abrir y cerrar la puerta, la abrió y le dejó salir.

A nadie se le ocurrió ofrecerles un coche para que regresaran a sus casas, así que caminaron juntos por unas calles que, después de la misa de la mañana, iban vaciándose poco a poco hacia la Plaza Roja. En el horizonte, los perfiles de la neblina que había surgido a raíz de las últimas nevadas se iban difuminando, transparentándose hasta casi desaparecer. Las campanas marcaban la entrada de Cristo en Jerusalén. Frank miró a lo lejos y luego a su alrededor en busca del chal negro de Lisa, pero había cientos, quizá miles de chales negros, y muchísimas jóvenes a cargo de sus niños. Ella tenía que estar por allí, pero le era imposible encontrarla.

—No sé por qué no te entregué a la policía cuando tuve oportunidad —dijo—. Me has causado una enorme cantidad de problemas. Por cierto, ¿quién te delató finalmente?

—No le entiendo... —dijo Volodia—. Yo mismo me entregué a la policía. Confesé. Lo declaré todo y les dije que había entrado en su local.

Entre la multitud, los vendedores ambulantes de ramas de sauce, que acababan de llegar de las aldeas cercanas, atravesaban las calles o se quedaban de pie en las esquinas. Según la tradición, no podían decirles nada a sus clientes, y, por tanto, no pronunciaban precio alguno mientras extendían los sauces de tallo rojo hacia los transeúntes. Se producían entre ellos graves enfrentamientos. Frank pensó que era muy poco probable que Volodia llevara dinero, así que compró sauces para los dos. Era impensable seguir avanzando entre la multitud sin ellos.

—¡Perdonémonos el uno al otro! —exclamó Volodia.

—Te aseguro que lo intento con todas mis fuerzas —dijo Frank.

—¿Cree que estoy chiflado, tal vez?

—No, no creo que estés chiflado.

Volodia, sin embargo, parecía poco dispuesto a renunciar a aquella idea:

—En su época, usted estaría tan chiflado como yo.

—Yo no tenía tiempo para chifladuras —dijo Frank—. Y resultaría poco práctico que empezara a tenerlo ahora.

Había mesas de caballete a lo largo del muro del Kremlin, dispuestas en hileras y cubiertas con manteles blancos. Los puesteros ofrecían mucha cantidad de lo que tenían, pero muy poca variedad. Todos vendían lo mismo, y la gente se apiñaba y luego seguía adelante, asombrada ante semejante repetición de toneles y jarras de *kvas*, de ristras de panecillos, *kvas*, panecillos, panecillos, *kvas*. Frank compró una ristra de panes y, dado que no tenía hambre, se los dio a Volodia, que se puso a comer sujetándolos con el dedo índice de la mano izquierda. Sugirió una vez más que debían perdonarse el uno al otro.

—Solo quiero que recuerdes que, en cierta medida, dependo de tu comportamiento —dijo Frank—. Dejemos las cosas claras. No creo que seas peligroso. Estoy convencido, por ejemplo, de que no querías matarme la otra noche en mi oficina.

—¡Se equivoca, Frank Albertovich! —dijo Volodia muy alterado. Era todavía lo suficientemente joven como para hablar con la boca llena y que se le entendiera—. ¡Claro que quería matarle! Eso es lo que no le he explicado. Quise dispararle pero, por desgracia, algo falló con la automática.

—No sé qué quieres decir con «por desgracia» —dijo Frank.

Pero Volodia siguió, sin escucharle:

—Usted metió a Lisa Ivánovna en su casa. Por eso quería matarle.

—¿Así que no estás vinculado a ningún grupo político?

—No. Claro que no...

—¿Y no querías imprimir nada?

—No, nada de nada.

—¿Ni siquiera unas páginas acerca de la compasión universal?

—¿Qué es la compasión universal? —preguntó Volodia con cierto recelo.

—Pero te sientes responsable de Lisa Ivánovna por alguna razón, y quisiste deshacerte de mí. ¿Por qué no viniste directamente a mi casa y me disparaste allí mismo?

—Eso habría provocado un escándalo, y las cosas podrían haberse torcido para Lisa por vivir en la casa de un comerciante extranjero que había recibido un disparo.

—Lisa trabaja en mi casa, al igual que antes lo hizo en Muir & Merrilees, y jamás fuiste por allí para pegarle un tiro a su patrón. ¿De verdad creíste que podría pasarle algo malo estando conmigo?

—No sé, tal vez no. Da lo mismo. Tengo ganas de empezar a gritar, y no puedo soportarlo. Escuche, por favor, es mejor que me entienda. No soporto la idea de que un hombre como usted, Frank Albertovich, se acerque a ella, le hable, respire a su lado, y quizá hasta llegue a tocarla.

Volodia había empezado a gritar a voz en cuello, como si estuviera en una reunión clandestina de estudiantes.

—¿Has hablado con ella alguna vez? —le preguntó Frank.

Sí. Al parecer Volodia había hablado con ella varias veces, pero siempre en público. Se habían visto en tres ocasiones, en la biblioteca pública de Prechistenskaia, a la que iba porque las bibliotecas de la universidad cerraban durante los periodos de agitación estudiantil, que no terminaban nunca. Lisa iba allí a leer revistas y periódicos cuando acababa su jornada de trabajo detrás del mostrador. En la biblioteca se permitía hablar en voz baja, aunque Frank pensó que las normas difícilmente permitirían que respiraran uno al lado del otro o que incluso llegaran a

tocarse.

Volodia estaba a punto de echarse a llorar. Tenía los ojos llenos de lágrimas contenidas, las pupilas brillantes, como en ocasiones le ocurría a Annushka. No emitía un solo sonido. Sin previo aviso, dejó caer las ramas de sauce y lo que quedaba del pan, y le echó los brazos a Frank alrededor del cuello.

—¿Me cree usted? Todo lo que le he dicho... ¿Me cree usted?

Frank se sintió en inferioridad de condiciones.

—Yo no quería matarle. No hablaba en serio. ¡Lo único que quería era asustarle!

—¿Por qué pensaste que ibas a asustarme?

—Porque creía que era usted un cobarde —dijo Volodia—. Pero estaba equivocado. Muy equivocado...

—¿Por qué creías que era un cobarde?

Porque salió huyendo de la institutriz inglesa.

Frank se deshizo de los largos brazos de Volodia, que seguían aferrados a su cuello. Había visto cómo Lisa, Dolly, Ben y Annushka se alejaban de él. Había visto sus espaldas, más allá de la capilla Inverskaia. Las palomas consiguieron abrirse paso entre la aglomeración de cuerpos y piernas para hacerse con los trozos de pan que Volodia había arrojado al suelo. Frank se dirigió a toda prisa al centro de la plaza, enfrentándose a la corriente humana, hacia Lisa. Cuando se encontró con ellos (lo que, después de todo, no resultó tan difícil, ya que el suelo que rodeaba la Inverskaia estaba hecho de adoquines de granito rosa y gris, y Annushka solo caminaba por los de color rosa), los niños le rodearon con los brazos llenos de ramas de sauce. Tenía que dejarles ir con Lisa a la dacha durante las vacaciones escolares, desde el martes de Pascua hasta el día de la onomástica de la zarina. Frank les dijo que todavía habría nieve en el suelo de los bosques. Y en Moscú ni se habían abierto las ventanas todavía, y él tendría que ir a trabajar a la Reidka, que no cerraba durante las vacaciones. Les preguntó qué iba a hacer sin ellos, y Dolly respondió que estaba segura de que la señora Graham le pediría que fuera a visitarla con frecuencia a la capellanía.

—¡Jura por la salud de su majestad imperial que nos dejarás ir! —gritó Ben.

—Pero vuestra madre podría regresar mientras estuvierais fuera...

—¿Esperas su regreso, entonces? —preguntó Dolly.

—No.

Annushka dijo que quería que la llevara en brazos. Lisa no dijo nada. Después de todo, solo serían unos días, y por mucha humedad y frío que pudieran pasar, sería muy poco amable no dejarles ir.

El azul del cielo era tan pálido que apenas podía distinguirse del blanco. El Viernes Santo las iglesias se mantenían en penumbra y en silencio. El Sábado Santo llegaban a las parroquias decenas de miles de pasteles de queso para ser bendecidos. Y el lunes comenzaba la limpieza en las casas. Se quitaban y se sacudían todas las mantas. Se levantaban las alfombras para limpiar debajo, y se bajaban las cortinas. Se guardaban los abrigos de piel y se rasgaban los colchones para rehacerlos por completo, pluma a pluma. Toma le consultó a Frank si debía abrir o no las ventanas. Decídalo usted, respondió Frank. ¿Y dejamos salir a las aves? Decídalo usted. El Lunes de Pascua no recibió el correo, así que fue a buscarlo él mismo a la Oficina General de Correos, en el lado oeste de la Miasnitskaia. No había nada procedente de Inglaterra, excepto una tarjeta de Pascua de Charlie, con una fotografía coloreada a mano con pollitos, corderos y niños pequeños, y una cita impresa:

*El mundo sería un lugar lóbrego y sombrío
si no hubiera niños en él.*

También había una carta de Volodia, correctamente franqueada, que decía lo siguiente:

Honorable Frank Albertovich:

Debido a mis prisas del Domingo de Ramos, me temo que tal vez no me expresé con la suficiente claridad. Puede que llegara a sugerirle que existía, o que podía existir, una relación sexual entre usted y Lisa Ivánovna. Permítame decirle ahora que, después de meditar el asunto en profundidad, y teniendo en cuenta la reputación con que cuenta usted en la comunidad de empresarios extranjeros de Moscú, además de, por supuesto, su edad, comprendo que mis sospechas carecen de base. Deseo, por tanto, retirarlas. En cualquier otro aspecto en litigio entre nosotros, mis opiniones se mantienen idénticas. De hecho, permanecen inalterables.

Con mi más sincera consideración,

Vladimir Semionich Grigoriev

Aunque no era su costumbre, Frank leyó la carta dos veces. La letra, para ser la de un estudiante, era de una caligrafía espantosa.

En el 22 de la calle Lipka ya habían empezado a preparar los equipajes para el breve viaje a la dacha. Ningún sirviente iría con ellos, aunque sí les habría gustado hacerlo, y para demostrarlo se entregaban a actividades innecesarias, como enrollar la ropa de los niños en fardos de arpillera o embalar la porcelana en cajones llenos de paja.

—No vamos a llevarnos nada de eso —dijo Dolly. Aquello era muy distinto a las largas vacaciones de verano, cuando todo el mundo se iba y tenían que proveerse de todo tipo de bienes, como si se encontraran en estado de sitio—. Allí no habrá nadie. Solo Egor y Matriona.

Se refería a la pareja de ancianos de la aldea más cercana que, en principio, oficiaban de guardeses. Toma también pensaba que no tenía ningún sentido llevarles tazas y platos a unas gentes que no iban a saber apreciarlos en absoluto. Esos dos habían nacido en la ignorancia, dijo, y aunque les pusieses a hervir en una olla durante siete años jamás lograrías extraer esa ignorancia de sus mentes.

—Yo no quería decir eso, Toma, y lo sabes perfectamente —dijo Dolly.

Al caer la noche, la porcelana seguía aún en la entrada, a medio desembalar.

Frank le pidió a Lisa que no se fuera a la cama.

—Hay algo que quiero preguntarte, y, ya que vas a estar fuera cinco días, será mejor que te lo pregunte ahora.

Ella se quedó de pie junto a la puerta. Parecía muy tranquila.

—Lisa, ¿conoces a un hombre, un joven, quiero decir, llamado Volodia Semionich Grigoriev?

—Sí. ¿Se ha metido en algún lío?

—¿Por qué preguntas eso?

—Es un estudiante... —dijo, encogiéndose levemente de hombros.

Frank quería preguntarle dónde había conocido a Volodia para ver si le contaba la misma historia que él conocía, pero pensó que hacer algo así sería innoble y poco digno.

—¿Dónde le conoció? —le preguntó Lisa.

Sorprendido, Frank cambió de tema:

—Sí. Tienes razón. Se ha metido en un lío. No obstante, si es amigo tuyo, creo que lo mínimo que podría hacer es echarle una mano.

Lisa parecía desconcertada.

—¿Lo haría, Frank Albertovich?

—No. Para serte sincero, la verdad es que no.

—No sé qué le habrá dicho de mí. ¿Qué le contó?

—Me dijo que solo os habíais visto tres veces.

—Sí. Quizá podríamos decir que fueron tres veces, no estoy segura. Solía entrar en Muir & Merrilees, se acercaba al mostrador, y luego se dedicaba a dar vueltas por

el departamento. Los estudiantes no pueden permitirse el lujo de comprar nada. Pero allí dentro se está caliente, y también se estaba caliente en la Prechistenskaia.

Volodia le había escrito una nota, prosiguió. La puso en la revista que ella estaba leyendo, y luego esperó a que pasara las páginas hasta encontrársela.

—No es raro que algo así suceda en una biblioteca pública. Aunque tienes que escribir a lápiz. Cuando la abrí, leí: «Tú estás viva. Yo estoy también vivo».

—No te he preguntado qué ponía.

—¿En qué lío se ha metido? Creo que solo tiene veinte años.

—Ya... Y yo no. Eso es algo que también me recalco a mí.

Lisa le miró con un interés afable. De todas maneras, su actitud era la de siempre: parecía estar escuchando solo lo necesario para comprender lo que se le decía y así poder responder de manera correcta y eficaz, mientras, a la vez y como por efecto de una secreta conspiración interior, se veía obligada a oír otras voces.

—Escúchame, Lisa —dijo Frank mientras la agarraba de la parte superior de los brazos—. Ya que estamos contándonos lo que ponía en nuestra correspondencia privada, déjame ir un poco más allá. Este Grigoriev me dijo que no podía soportar que nadie respirara a tu lado, que te tocaran, que estuvieran cerca de ti, que te hablaran... O, más bien, que te hablara, respirara, estuviera cerca de ti o te tocara un hombre como yo. Eso es... ¿Tienes algo que decir al respecto, Lisa? Estás viva. ¿Crees que puedes soportarlo? ¿Lo crees?

Por primera vez contaba con toda su atención. O al menos, si iba a engañarse a sí mismo, y me atrevería a decir que eso es lo que estoy haciendo, pensó, estaba mucho más atenta a lo que le decía de lo que lo había estado jamás. También era la primera vez que él cortejaba a una mujer de pelo corto, lo que suponía una auténtica ventaja, no tener esas interminables complicaciones con las horquillas. Además, sabía que aquello no la había pillado por sorpresa. Con cada partícula de su ser, lo sabía.

—No te arrepientas, Frank. Si estás seguro de lo que estás haciendo, si no albergas la menor duda de que puede servir de algo, entonces sigue. Continúa con paso firme.

Era Selwyn. Debía de haber entrado tras esquivar la paja y el revoltijo de cosas que había en la entrada. Cuando Frank se volvió para mirarle, Lisa se liberó en silencio de sus brazos, y salió de la habitación.

—Ahora te has enfadado conmigo, Frank. Pero, mi viejo amigo, los padres de la Iglesia rusa consideraban que la ira era «la gracia negra». Es bueno recordar eso. Todas las emociones fuertes, Frank, pueden ser dignas de la gracia.

—Selwyn...

—Sí, Frank.

—Selwyn, sal de aquí, si no quieres tragarte los dientes.

Era de suponer que Selwyn tenía algún motivo para ir a verle, pero en ese

momento no pudo explicarle de qué se trataba. Mientras se retiraba rápidamente hacia la entrada principal, Frank subió las oscuras escaleras hacia la parte posterior de la casa, y llamó a la puerta de la habitación de Lisa. No esperaba que estuviera cerrada con llave, y no lo estaba, pero esperó en el exterior hasta escuchar el sonido de sus pies descalzos, que avanzaban por el suelo de madera para ir a abrirla.

Muy temprano por la mañana, salieron hacia Shirokaia. Los niños se despidieron de él con afecto, aunque se les notaba distraídos. Los que se iban se apiadaban de los que se quedaban atrás. Tenían la fiebre de la partida. Ellos salían de una casa cerrada, cuyas ventanas seguían selladas, en dirección a la limpia, acuosa, incipiente primavera.

Toma no dejaba de repetir que ya estaban fuera los dos coches que iban a llevarlos a todos a la estación. Hacía más de una hora que los cocheros estaban esperando y discutiendo en la penumbra. Dijo también que Lisa Ivánovna y los niños tenían que sentarse durante un minuto antes de irse, como marcaba la tradición, la tradición rusa, para asegurarse de que regresarían a buen recaudo. Nadie le hacía caso. Nunca dejaban entrar en casa a Blashl, pero esta vez se las había ingeniado para llegar dando resbalones hasta el vestíbulo y, ahora, aterrorizada, se dedicaba a gemir más que a ladrar, y meneaba la cola como una loca. Cuando le dijeron que se fuera, se perdió, y lo que se oyó a continuación fue el ruido de unos cuantos objetos pesados que se volcaban en la cocina. Lisa apareció con su impermeable.

—¿Tienes algo que decirme? —le preguntó Frank, al pie de la escalera.

Lisa pareció pensárselo un poco, y luego respondió:

—Hasta el sábado, Frank Albertovich.

—Por el amor de Dios, quédate conmigo Lisa... —dijo Frank.

No había manera de saber si le había oído o no. El portero y la cocinera estaban ya en la entrada para despedirse, y Blashl, sin que nadie la controlara, había vuelto a salir de la cocina y ahora agitaba la cola marcando amplísimos arcos. Annushka, tan molesta como Blashl por el aroma de las despedidas, berreaba y se aferraba a quien tenía más cerca. Lisa restauró la tranquilidad, y al cabo de cinco minutos ya se habían ido. Estaba casi seguro de que no había oído lo que le había dicho.

La dacha no era cómoda ni tampoco estaba en muy buen estado que se dijera. El apasionado cariño que Dolly y Ben sentían por aquel lugar ponía de manifiesto que los niños y los adultos no eran, después de todo, individuos de la misma especie. Sin embargo, tampoco Nellie había querido deshacerse de ella. Y Selwyn, que no tenía dacha propia, había ido varias veces allí a pasar el fin de semana. Por extraño que pareciera, en la dacha se comportaba como un contable normal y corriente, al contrario que cuando estaba en Moscú.

Aunque había una gran ciudad industrial a unos cinco kilómetros, con sus barrios y sus casas para trabajadores, solo se podía llegar a Shirokaia por una vía secundaria que empleaban los leñadores y que bordeaba el bosque. El pueblo más cercano, Ostanovka, le debía su nombre a la estación de tren. A partir de ahí, la forma más rápida de llegar suponía atravesar el bosque a pie, y dejar que el equipaje lo llevara un transportista en su carro, del que tiraba un caballo. El mismo transportista iba también dos veces por semana para llenar los toneles de agua.

El pan de centeno, pesado como una losa, lo compraban en el pueblo, y el té se lo llevaban de Moscú.

El té lo bebían con los limones en conserva que dejaban en grandes barriles en la despensa de la dacha de año en año, junto con los melones en sal, las peras y las manzanas maceradas, el repollo, las cebollas y las ciruelas en vinagre, y las setas encurtidas. Las setas, colgadas del techo, se dividían en varios grupos: las mantecosas y viscosas; las carnosas y oxidadas; las blancas, que en realidad eran marrones; las de los enormes pinos; las de sombrero rojo de los álamos; las de los abedules... Las recogían siempre del lado del árbol que daba al norte, que nunca se secaba. ¿Qué habrían pensado en Norbury de que su desinterés por las setas comunes? Pertenecían a la especie Indignas, y solo Frank se encargaba de colgarlas y conservarlas, ya que se suponía que a él sí le gustaban. En la propia despensa había tanta humedad que parecía que estuviera sumergida bajo el mar. Los toneles eran de roble, pero tenían por encima una capa de líquen gris que jamás se había visto crecer en ningún árbol de esa especie. En Moscú era un insulto decirle a alguien que parecía recién arrancado de la pared de una casa de baños, pero por la despensa de la dacha florecía y se extendía un moho mucho más grueso que el que pudiera haber en cualquier sala de vapor. Solo la fuerza del vinagre y del vodka, potentes protectores rusos contra una muerte generalizada por envenenamiento, preservaban la calidad de las invisibles frutas y de las setas, mientras terminaban de hacerse durante los meses de invierno.

También ellos tenían su propia sala de vapor, que ocupaba la mitad del espacio destinado a cuarto de baño. El funcionamiento era muy sencillo. Por debajo de una tapa de zinc perforado había una capa de piedras procedentes del arroyo que se

calentaban tras encender una hoguera con ramas de maleza. Cuando se apagaba el fuego, entonces se entraba, se cerraba la puerta y se retiraba la rejilla del techo hasta que aparecía el rostro de Egor, que miraba hacia abajo entrecerrando los ojos dispuesto a dejar caer un cubo de agua fría. El agua provocaba una nube sofocante de vapor que emergía del calor abrasador de las piedras. Frank sabía que toda sala de vapor que se preciase debía situarse a algo más de medio metro por encima del suelo, pero en ese caso debería estar a esa altura también todo lo demás. Pero para ello habría que cortar los tablones deteriorados hasta dar con una zona en buenas condiciones, y sustituirlos por una madera sólida y firme. La mera visión de una dacha tan abandonada y desarreglada, casi reducida al musgo y la tierra en que ya consistiera años atrás, y a punto de fermentar ella misma junto con el enorme montón de conservas y alcohol que guardaba en su interior, bastaría para llevar a un inglés entusiasta de la carpintería los domingos por la mañana —Charlie, por ejemplo— al borde de las lágrimas.

Todo el exterior de la dacha lo recorría una galería de tablones de madera poco firme, cuyo techo se apoyaba sobre unas columnas decoradas con grecas. Allí se podía dormir en verano durante todo el día cuando hacía calor. Para levantar las tablas sueltas del suelo se requería mucho valor, aunque no fuerza. Debajo existía abundante vida animal y vegetal. Se oían crujidos y ruiditos de animalillos moviéndose, y si uno se agachaba y miraba más de cerca, se podía distinguir un cierto brillo metálico. Unos inquilinos anteriores (toda la finca, el bosque, el pueblo y la dacha pertenecían a un tal príncipe Demidov, que prefería vivir en Le Touquet) habían dejado allí sus cuchillos y tenedores durante el invierno para mantenerlos a salvo, y cuando se fueron se habían olvidado de ellos o, tal vez, lo que ocurría es que no habían regresado jamás. Había también un equipo de croquet, aunque, ¿quién iba a intentar siquiera jugar al croquet en Shirokaia? No obstante, unos treinta años atrás más o menos, un equipo de croquet podía ser lo más indicado para llevarse al campo, y quizá la dacha tuviera por entonces su propia zona de césped.

Cuando firmaron el contrato de arrendamiento, muchos años antes, el agente alemán del príncipe le contó a Frank que habían limpiado el bosque alguna vez, pero que jamás habían talado ningún árbol, así que el bosque crecía tan cerca de la dacha que, con las primeras luces del día, sus sombras se proyectaban sobre todas las ventanas. El bosque, de hecho, nacía a pocos metros de la galería. Había hileras de avellanos y de álamos, con verde hierba que aparecía en los claros en cuanto la nieve empezaba a derretirse, y gran cantidad de camemoros, arándanos y frambuesas silvestres. Pero el auténtico bosque estaba compuesto de abedules. Habían creado para sí mismos una profunda base de hojas y semillas, de ramitas caídas y cortezas podridas, cuya descomposición daría lugar a uno de los suelos más ricos del mundo.

Cuando los abedules jóvenes crecían y se hacían más y más altos, la capa que

recubría la base del tronco se fragmentaba y se escindía en manchas oscuras y suaves. Las ramas definían el blanco sobre el negro, el negro sobre el blanco. Las ramitas más tiernas eran delgadas, con forma de látigo, de un color marrón oscuro que despedía destellos púrpuras. En cuanto se abrían las brillantes yemas, las pequeñas e incipientes hojas comenzaban a exhalar un fragante aroma, no tan marcado como el del álamo, pero sin duda más salvaje e inolvidable, la verdadera esencia de los lugares agrestes y solitarios. Los amentos machos aparecían de dos en dos, y luego venían los pálidos amentos hembras. Las hojas, que pasaban de un luminoso oliva a un verde más oscuro, se agitaban y bullían incluso cuando se calmaba el viento. Nunca serían lo suficientemente poderosas como para bloquear la luz por completo.

Los bosques de abedules, a diferencia de los bosques de pinos, permiten que lo que sea que crezca en su suelo pueda seguir viviendo.

La lluvia de primavera, aunque bienvenida, siempre lo complicaba todo. Las gotas resbalaban hasta llegar a las ramitas más vencidas, y allí se quedaban, temerariamente suspendidas en el aire, reluciente plata por arriba, oscuras por debajo. Se mostraban tenaces, con la aparente intención de permanecer a toda costa donde estaban, pero si un pequeño pájaro se posaba en la misma rama al mismo tiempo, a veces con el propósito de llegar hasta las propias gotas de agua, todo el sistema parecía peligrar. Ramas y tallos arqueados bajo el invasor, susurrantes, balanceándose hacia delante y hacia atrás con un movimiento circular, atravesándose una vez y otra para regresar a sus innumerables y delicados dibujos originales. Y, no obstante, algunos pájaros bastante grandes, estorninos y hasta grajillas y palomas torcaces, se atrevían con las ramas más elevadas cuando despuntaba la mañana.

En julio, las ramitas liberaban las finas semillas de las brácteas, blancas como la harina. El aire se cargaba entonces de pálidas semillas flotantes, y resultaba inútil tratar de evitar que entraran en la dacha. Todo lo que se podía hacer era barrerlas y formar ingrátidos montoncitos en los rincones de cada habitación y en la galería. Antes de que comenzara el otoño, cuando su intenso aroma parecía haber desaparecido o, más bien, haber sido asimilado por el olor mortuorio de la tierra en descomposición, los abedules se cargaban de hojas amarillas. Pero ahora las grandes ramas parecían demasiado delicadas para soportar el peso de las ramitas, y las ramitas demasiado frágiles para los tallos. Las largas y delgadas hojas parecían estirarse hacia el suelo, sobre el que se cernía la amenaza del agotamiento. En cada uno de los árboles, incluso en medio del bosque, se producían cinco o seis oscilaciones diferentes, desde la conmoción que causaba el aire en la parte más alta hasta el temblor de las ramas más antiguas, que a menudo no eran mucho más gruesas que las más jóvenes, y que se mantenían a salvo en la oscura base. Cuando comenzaban las fuertes lluvias del otoño, los árboles liberaban un nuevo y jugoso perfume a té recién hecho, como el aroma de los haces de ramas de abedul que se dejaban en la sala de

vapor de las casas de baños públicos, y que los clientes empleaban para golpearse el cuerpo, dejando restos de hojas húmedas sobre la palpitante piel. Cuando comenzaba el primer invierno todo el bosque parecía exhausto tras la lucha. En los claros se atravesaban los troncos caídos, aquí y allá, unos encima de otros. Para cuando llegaba la primavera, era bien posible que se hubieran hundido en un sepulcro de tierra y musgo e innumerables escarabajos.

Había otras dachas en el bosque, pero estaban situadas al noroeste, más cerca de la aldea. Por la noche no había ni una luz, ni se oía un solo sonido humano. Egor y Matriona dormían profundamente bajo su manta al lado de la despensa. La única voz que se oía era la de los abedules.

El sueño se pasea por los bancos, según la nana rusa, y dice «tengo sueño». La somnolencia dice «estoy somnolienta». La tercera noche, Dolly se despertó. Le había sobresaltado el leve chirrido de una puerta al abrirse, la puerta que daba a la galería. No había sido el ruido lo que la había estremecido, sino más bien algo que llevaba tiempo esperando. En casa habría ladrado Blashl, pero aquí solo había oscuridad. Se puso las botas y el abrigo de la escuela y salió al porche. Lisa estaba allí de pie, apoyada en uno de los pilares de madera con su impermeable puesto y el chal negro sobre la cabeza.

—¿Vas a salir, Lisa?

—¿Has oído la puerta?

—Sí.

—No importa. Sí, voy a salir.

—¿Adonde?

—Habría sido mejor que no te hubieras despertado, pero ya que lo has hecho, ahora tendrás que venirte conmigo.

No tomó a Dolly de la mano ni la esperó. Bajó los escalones de la galería y se internó en el bosque. La niña la siguió arrastrando los pies porque se había puesto las botas sin medias. Nunca antes había estado entre los árboles en plena noche.

Había vías trazadas en el bosque de abedules. Eran para la caza, en otoño. Justo delante de la dacha se abría un camino que más bien podría considerarse un sendero. Lisa avanzaba por él con paso firme, siempre por su eje central, que se elevaba sobre los regueros que la lluvia había excavado a ambos lados. No se podía decir que estuviera demasiado oscuro. La luna avanzaba por el cielo nocturno y nublado, más allá de las movedizas ramas. Al principio, cuando Dolly volvía la cabeza, podía ver la luz de la ventana delantera de la dacha, que se quedaba encendida toda la noche. Poco después, a pesar de que el camino parecía seguir una línea bastante recta, la luz desapareció. La dacha en la que Ben y Annushka dormían tumbados de cualquier modo, tan distantes de ella por efecto del propio sueño, se había quedado atrás.

Llegó un punto en que otra vía se cruzaba con la que ellas seguían. Lisa se detuvo

y miró a su alrededor.

—Dolly, estás cojeando.

—Estoy bien.

—Ahora no puedo darme la vuelta para regresar contigo.

—Estoy bien.

Dolly ya no pensaba en sí misma ni en ninguna otra cosa. Estaba demasiado ocupada avanzando a duras penas, surcando la profunda semioscuridad, mientras luchaba contra el dolor. Se sentía embriagada por el aroma de las hojas. Habían girado a la izquierda y habían recorrido ya la misma distancia que en el primer camino, el que partía de la puerta de la dacha. Entonces Dolly miró a ambos lados, y acertó a distinguir los infinitos tallos de los abedules. Parecían manos humanas que se movieran, como si quisieran tocarse las unas a las otras, más allá de la espesura.

—Lisa —dijo—. Hay manos...

Lisa se detuvo de nuevo. Estaban en un claro iluminado por la luz de la luna. Junto a cada abedul, muy pegados al tronco, había un hombre o una mujer. Se mantenían separados entre sí, y cada uno de ellos se aferraba a su propio árbol. Entonces todos ellos volvieron su rostro hacia Lisa, manchas blancas sobre una corteza blanquecina, y Dolly pudo ver que había muchos más hombres y mujeres, repartidos por lo más profundo del bosque.

—He venido, pero no puedo quedarme —dijo Lisa—. Todos vosotros habéis venido por mí, lo sé. Pero yo no puedo quedarme. Como veis, he tenido que traerme a esta niña conmigo. Nadie la creerá si cuenta lo que ha visto aquí. Y si se acuerda, ya tendrá tiempo algún día de entender su significado.

Nadie respondió, nadie dijo nada. Nadie abandonó la protección de los árboles ni caminó hacia ellas. Lisa, sin abandonar su habitual actitud serena y recogida, se volvió y tomó el mismo sendero por el que habían venido, de regreso a la dacha. Dolly, muerta de cansancio, marchaba penosamente tras ella. Cuando estaban a mitad de camino, pudo distinguir de nuevo la conocida luz en la ventana de la dacha. Al llegar,

Lisa sentó a Dolly en una de las viejas sillas de mimbre de la galería, le quitó en silencio las botas y le frotó los húmedos pies con su chal hasta secárselos. Ninguna de los dos dijo nada acerca de lo que había sucedido. Dolly se fue a su habitación y se acostó en la enorme y antigua cama que compartía con Annushka. Todavía podía oler el potente aroma de la savia de los abedules. Era tan intenso dentro de la casa como lo había sido fuera.

En la calle Lipka limpiaron la paja que quedaba en el vestíbulo y quitaron todas las cosas de en medio. Desembalaron la vajilla y la ropa que nunca tendrían que haber empaquetado, y devolvieron al patio a Blashl, que se revolvía nerviosa. Frank sugirió que podían abrir las ventanas para recibir la llegada de la primavera, pero le dijeron que los niños se sentirían muy decepcionados si la Apertura se llevaba a cabo sin ellos. A continuación se preguntó qué argucias o métodos de persuasión habían utilizado sus hijos con él para lograr que les diera permiso para viajar a una dacha medio salvaje y en ruinas, al cuidado de la chica a quien con tanta urgencia y con tanto dolor necesitaba tener en su propia casa.

—El sábado bajaré a buscarlos —le dijo a Toma, a quien se le había prohibido hacer cualquier otra alusión directa a los niños.

—¡Tres días más! ¡Hasta la compañía de su cuñado habría sido bien recibida! —exclamó Toma.

Llegó el correo. Nada de Inglaterra. Una invitación de la señora Graham (solo para un grupo reducido, y a ella le agradaría enormemente que se quedara después de que los demás se hubieran marchado) y una carta oficial del Ministerio de Defensa, que venía a decir que F. A. Reid, residente extranjero, impresor y antiguo importador de maquinaria de imprenta, quedaba eximido de su responsabilidad para con V. S. Grigoriev, estudiante de la Universidad de Moscú, que había ingresado de nuevo en prisión preventiva. No se pondría objeción alguna a la salida de F. A. Reid y su familia del imperio ruso a la mayor brevedad posible, ya que contaba con todos los permisos necesarios.

Primero querían que se quedara y ahora querían que se fuera. Aunque no era esa su intención, Frank sintió una inmensa tristeza ante ese primer rechazo por parte del magnífico y destartalado país cuya historia, desde que nació, había sido también la suya propia, y cuyo futuro apenas podía vislumbrar. La Seguridad, por supuesto, siempre podría volver a cambiar de opinión. En un país donde la naturaleza no representaba la libertad, sino que era una ley, donde los puertos se liberaban del hielo en majestuosa secuencia, uno tras otro, y donde una de cada tres cosechas se malograba de manera indefectible, las autoridades humanas procedían a trompicones, y tan pronto daban una inexplicable bienvenida como la retiraban. Sería una pérdida de tiempo tratar de determinar por qué razón tenían una opinión de él la semana anterior y otra completamente distinta entonces. No obstante, había una cosa que sí debía tener en cuenta: si él había caído en desgracia, a Tviordov le resultaría mucho más sencillo llevar a cabo sus propósitos.

En la víspera del Domingo de Ramos, Tviordov le había dicho a Frank que deseaba un traslado. Quería marcharse a Inglaterra a trabajar.

—Allí está casi todo mecanizado —le dijo Frank.

—Sí, pero siguen utilizando la impresión manual para los textos rusos.

Tviordov le mostró un ejemplar de *Resurrección*, de Tolstói. Era la primera edición íntegra en ruso, sin los cortes de la censura. La impresión era de Headley Brothers, del 14 de Bishopsgate Without, en el East End de Londres.

—No conozco a ninguno de los Headley personalmente —dijo Frank—, pero quizá podría escribirles una carta si es que realmente quieres trabajar para ellos. ¿Has leído el libro?

—He mirado la portadilla, la portada, y el índice —dijo Tviordov—. El resto no lo he leído.

—Es una nueva versión de los evangelios. La resurrección se produce aquí, en esta tierra, para los que saben cómo cambiar su vida. Pero esa edición no es legal. Si yo fuera tú, me desharía de ella.

Sin inmutarse lo más mínimo, Tviordov se guardó el libro en la cartera que llevaba ahora, con la que había sustituido su bolsa habitual. Frank supuso que *Resurrección* iría a parar al río, igual que la automática de Volodia, el delantal blanco y las herramientas malogradas, y que pasaría a formar parte de los montones de turbios residuos que descendían día y noche en su tortuoso periplo hacia el Volga.

—¿Crees, Frank Albertovich, que me será muy difícil obtener un pasaporte externo?

—No quieren que los trabajadores cualificados se marchen —dijo Frank-r. Pero por lo que sé están deseando deshacerse de alborotadores y disidentes políticos.

—Yo no soy un alborotador.

—Pero fuiste secretario del sindicato en 1905, y sigues siendo su secretario delegado. Creo que te dejarán salir, pero no sé si luego podrás volver.

El rostro de Tviordov no estaba especialmente diseñado para mostrar emociones, pero ahora sí que detectó en él una especie de rechazo férreo y acartonado. Lo que quería era ganar un dinero en Inglaterra y luego regresar a su pueblo natal, Evniak, el lugar donde nacían los sauces.

—¿Hay sauces ahora? —le preguntó Frank.

Tviordov creía que no. Tenía entendido que habían desecado el arroyo. El propietario había conseguido un permiso para desviar el curso del agua. Antes había un bonito puente peraltado de madera, pero en 1911 lo habían sustituido por otro de hormigón para la prueba imperial de automóviles. Evniak formaba parte del recorrido oficial, que iba desde el Báltico hasta el Mar Negro. Las cosas iban cambiando, claro está, pero aquel seguía siendo su pueblo, y era allí donde quería que reposaran sus viejos huesos de cajista.

—Tal vez pueda ir yo solo a Bishopsgate Without, y que mi esposa se quede aquí por el momento.

—Yo que tú no haría eso —dijo Frank.

Secretamente, había memorizado la historia del puente de Evniak para contársela a Ben, que era un loco de las pruebas automovilísticas. Al finalizar el día solía tener en la cabeza una buena cantidad de datos que podrían interesar a los niños y también a Nellie, cuando todavía vivía con ellos. Si nadie quería escuchar sus anécdotas, todo lo que tenía que hacer era dejarlas a un lado con toda tranquilidad.

Ahora, al leer la carta de la Seguridad, pensó que tenía que firmar la solicitud de Tviordov de inmediato, y que Selwyn sería el siguiente en avalar su recomendación. Pidió un coche para ir a la oficina, y se dirigió allí sin tardanza. Selwyn firmó con entusiasmo, encantado de que se contara con él para ayudar a alguien, y sugirió que después del trabajo podrían ir a la pequeña sala de la Filarmónica a escuchar un concierto de Igor Stravinski. Frank dijo que era muy amable de su parte, pero que no tenía muchas ganas de salir esa noche. De hecho, le resultaba muy difícil concentrarse en algo que no fuera el preciso instante en que Lisa regresara con él. Selwyn insistió.

—Había pensado que en el descanso podríamos hablar de algo importante que tengo que decirte...

—Me da la impresión de que no es muy acertado ir a un concierto de la Filarmónica para hablar de nada importante —dijo Frank—. ¿Por qué no vienes a casa? Ya sabes que puedes venir siempre que quieras. O casi siempre.

—Me gustaría que estuviéramos en un escenario apropiado para que escuchases lo que tengo que decirte.

—¿Se trata de algo que solo puede sonar bien en la cantina de una sala de conciertos?

—La música siempre ayuda, Frank.

Los resquicios más desguarnecidos de la mente de Frank se abrieron a la habitual imagen torturante de Lisa, siempre presente, pero también a algo con lo que no contaba: a un grotesco Volodia que, para defenderse, repetía en la Seguridad que él también estaba vivo. Su único recurso para combatir ese tipo de ideas consistía en entregarse ciegamente al trabajo.

—En cualquier caso, quiero que acabemos primero *Tres hombres en una barca*. Mañana no vendrá nadie a trabajar. Es la onomástica de la zarina.

—¡Ah, Frank, pobre mujer! ¡Pobre mujer!

—Ahora no tengo tiempo de preocuparme por la familia imperial. Me voy al almacén de papel.

Miró con recelo a Selwyn, que estaba excepcionalmente pálido.

—Ven a mi casa esta noche y hablamos.

Selwyn dijo:

—Permíteme comenzar diciendo que tú y yo hemos hablado a menudo de las dos caras del hombre, la espiritual y la material, como si estuvieran separadas. ¡Qué tremendo error! Ambas han de ser indistinguibles, o, más bien, ha de producirse una transformación gradual, hasta que lo que parece ser materia no lo sea en absoluto.

—Selwyn, ¿de qué estás hablando?

—De Nellie.

—No veo la relación. Nellie y yo somos gente práctica. Cuando la conocí pensé que no había conocido en mi vida a nadie más sensato que ella.

—Pero te la trajiste contigo a la Santa Rusia, Frank, tierra de grandes contrastes.

—Aquí estaba mi trabajo. Ella lo sabía, y nunca se opuso.

—Si Rusia no te ha transformado, Frank, es porque tú naciste aquí. Pero ¿no te parece que sí acabó transformando a Nellie? ¿No se volvió su naturaleza más amplia, como dicen aquí? ¿No hablaba cada vez menos de la casa y, en cambio, iba más a Shirokaia?

—Tal vez sí. No lo sé...

—Nellie avanzaba hacia lo espiritual. Desgraciadamente, no supo diferenciar lo espiritual de lo romántico, que siempre arroja una luz falsa sobre todo lo que roza. Traté de explicarte hace ya un tiempo que yo mismo acababa de superar un periodo de tentaciones sexuales y de padecimientos. ¿Te acuerdas de eso?

—Me temo que no... —dijo Frank.

—Nellie me vio a la luz de un falso brillo, amigo mío.

—Estás delirando, Selwyn. Ella apenas hablaba de ti.

—Déjame que te cuente lo que pasó. Antes de que su tren se detuviera en Mozhaïsk, yo ya me había situado en un lugar estratégico para ver cómo llegaba. Ya sabes cómo es Mozhaïsk, con su gran catedral, la Catedral de San Nicolás. Bueno, pues no lejos de allí hay un restaurante cuyas cristaleras dan a la estación, y que es el último lugar, antes de Borodino, en que los pasajeros pueden abastecerse de agua hirviendo para el té. Allí se hace una parada de media hora. Salieron todos. Vi cómo salían tu esposa y tus hijos, inconfundibles con esas boinas escocesas de color rojo. Nellie envió a los tres niños a la cantina, y comenzó a mirar a un lado y a otro. Recorrió todo el andén con la mirada. Siempre es conmovedor ver cómo una mujer está buscando a alguien que no llega, Frank. Los pequeños salieron y habló con ellos de nuevo. Estaba muy seria. El mozo sacó entonces sus cajas y maletas del furgón de cola, y también una manta de viaje. Una manta de tartán, creo. Nellie volvió a mirar largamente a su alrededor, de nuevo en todas direcciones. ¡Una mirada llena de resignación! Le dio al jefe de estación lo que imagino que sería dinero, y a continuación besó a los niños. Durante todo ese tiempo me quedé donde estaba. No moví ni un músculo. No me delaté. Ella esperó en el andén hasta el último momento,

hasta que sonó la tercera campana, y luego volvió a subir a su vagón. Yo seguí sin dejarme ver.

—Que Dios me dé paciencia... —dijo Frank—. ¿Quieres decir que ibas a reunirte con ella allí?

—No fui yo quien lo sugirió, Frank.

—Pero ¿os visteis o no?

—Ya te he contado lo que hice. Falté a la cita.

—¿Qué cita?

—Ella quería huir conmigo a un lugar más libre, más abierto a la naturaleza. Tal vez bajo el cielo de los bosques de pinos y abedules, donde un hombre y una mujer podrían unirse en cuerpo y alma y descubrir la misión que han de cumplir en el mundo.

—¿Por qué envió a los niños de regreso a Moscú?

—Supuse que, dado que le había fallado, no quiso llevárselos a Norbury.

—¡Dios mío, les habría ido mucho mejor en Norbury que con vosotros dos en medio de un bosque de pinos y abedules! Está bien... Entonces, por lo que me cuentas, dispusiste un encuentro con Nellie en el tren de Berlín, en la parada de Mozhaisk. ¿Por qué no apareciste?

—Por muchas razones. Debía tener en cuenta tus sentimientos, los sentimientos de un verdadero amigo. Además, si dejaba la imprenta no tendría ningún ingreso fijo, y no sabía si sería capaz de mantener yo solo a una familia tan grande.

—Creo que empiezo a entenderlo todo... Te acobardaste y la abandonaste a su suerte. Pobre Nellie. Pobrecita Nellie, plantada allí en Mozhaisk, en ese agujero, caminando arriba y abajo por el andén, y tú, mal nacido, ni siquiera te presentaste. He soportado un montón de cosas esta Pascua. ¡Pero no tengo ni idea de por qué hiciste que Nellie tuviera que pasar por lo mismo!

—¡Frank! —exclamó Selwyn, levantando las manos en señal de rendición—. ¡No te rebajes a la violencia! Francamente, es por esto por lo que pensé que sería mejor que habláramos en un lugar público, donde no tuvieras ocasión de ponerte violento. Aunque quisieras.

Frank se detuvo:

—Solo dime una cosa. ¿Dónde está Nellie ahora?

—Se fue a Bright Meadows...

—¿Adonde?

—Es una comunidad tolstoiana de la que le hablé en una ocasión. Bueno, tolstoiana... Me temo que, en realidad, Lev Nikoláievich se negó a aprobar casi todos esos sitios. No obstante, allí se hace artesanía, se practica la horticultura y estoy seguro de que se toca música...

—¿Cómo sabes que se marchó allí? Su propio hermano ignoraba su paradero. No

ha escrito a nadie. Ni siquiera a mí y a sus hijos.

—A mí tampoco, Frank.

—Pues entonces, ¿quién te dijo dónde estaba?

—He tenido noticias de Muriel Kinsman.

—¿La señorita Kinsman?

—Se comprometió a escribirme con regularidad. También a ella le hablé de Bright Meadows. Parecía estar muy perdida. No sabía qué hacer, y tenía muy poco dinero.

—No quiero que hablemos de la señorita Kinsman. ¿Cuál es su dirección? Dime, ¿dónde está mi mujer?

—Puedo decírtelo, pero creo que no te serviría de mucho. Esta misma mañana he recibido noticias de Muriel Kinsman, y dice que Nellie ha descubierto que no le gusta la vida comunitaria.

—Así que se ha ido.

—Sí, se ha marchado de Bright Meadows.

—Selwyn —dijo Frank con una amargura extrema—, podrías haberme dicho todo esto antes.

—Hice todo lo que pude para ayudarte.

—Sí, me trajiste a Lisa...

—Más de una vez intenté contarte con todo detalle lo que había hecho. Vine a esta misma casa hace solo unas noches, y no es por criticarte en modo alguno, ya que la naturaleza y la humanidad son las únicas máximas que reconozco, pero me temo que no era un buen momento para charlar. Tú y Lisa Ivánovna estabais juntos, y tú habías posado tus manos sobre sus pechos. Aunque quizá no te apetezca hablar de ese incidente, Frank...

—No me importa hablar de Lisa, siempre y cuando no se te ocurra decir que es como un abedul azotado por el viento. ¡Ella es carne sólida! Y lo que pasó no fue ningún incidente.

Selwyn negó con la cabeza.

A la mañana siguiente, al amanecer, Frank recibió una llamada telefónica.

—Es muy temprano, Toma.

—Sí, señor, pero es alguien de la Alexandervoksal.

El reloj marcaba casi las siete.

—Señor Reid, por segunda vez sus hijos están aquí solos, en la estación. ¿Qué le parecería venir a buscarlos de inmediato?

—Querría hablar con la mayor de mis dos hijas —dijo Frank—. Por favor, llévela a su oficina.

Se quedó de pie, inmóvil, escuchando el rumor de las idas y venidas de los viajeros por la estación, durante un periodo de tiempo que se le antojó eterno. El sonido era distante, roto en alguna ocasión por alguna señal de aviso.

—Soy Daria Frantsova Reid. ¿Pueden oírme?

Hablaba con claridad, pero no con su habitual firmeza.

—Sí, te oigo. Dolly, ¿qué ha pasado con Lisa?

—Vino con nosotros hasta Ostanovka. Luego nos subió a un compartimento del tren de Moscú. Estamos relativamente bien.

—Pero ¿qué hizo ella?

—Dio media vuelta y se alejó por el andén, así que no pudimos despedirnos.

—Pero, Dolly, ¿dónde está Lisa?

—Creo que iba a tomar otro tren.

—¿Adonde?

—*Papashka*, estoy aquí con Ben y Annushka. ¿Qué quieres que haga?

Cuando llegó a la Alexandervoksal solo vio a Dolly. Ben se había ido a visitar la nave en que limpiaban las locomotoras, y Annushka estaba contando monedas con el encargado del baño de señoras de primera clase. Dolly estaba sola delante de la oficina del jefe de estación. Cuando lo vio, se aferró a él con fuerza, olfateando como un animal su abrigo de primavera recién sacado del armario. Los dos se abrazaron.

Luego ella ya no se separó de él. Los dos más pequeños querían regresar a casa de inmediato, y fueron recibidos como si fueran los supervivientes de un terremoto. Dolly se fue con él a la Reidka, y estuvo toda la mañana sentada junto a él en la oficina, en la silla reservada a los clientes.

Agafia subió desde el lugar donde preparaban el té. Llevaba unos palitos de azúcar para agasajar a la princesa de la oficina, como en los viejos tiempos. Pero cuando vio a Dolly se detuvo, con los palitos de azúcar de un color blanco oscuro todavía en la mano. Al comprender que la comedia había terminado, los colocó de nuevo en su envoltorio de papel, y saludó con la cabeza a la pálida y silenciosa Dolly.

—Me está ayudando con las cartas —dijo Frank, pero su explicación no sonó

muy convincente.

—Dios quiera que le sea de mucha ayuda —dijo Agafia.

Al cabo de un rato, Frank le hizo a Dolly una o dos preguntas, con cautela, dado que ni siquiera él mismo estaba muy seguro de cuánto quería llegar a saber. ¿Habían cerrado bien las puertas de la dacha y le habían entregado las llaves a Egor y Matriona? Sí. Claro. Habían hecho todo eso. ¿Fueron al bosque? Sí, también. ¿Los caminos estaban muy encharcados? Sí. Había bastantes charcos. Cuando Lisa Ivánovna les dijo que se quedaran en el tren y se bajaran en Moscú, ¿dijo adonde se dirigía ella? Sí, a Berlín. Tenía que ir a Berlín. Frank no volvería a preguntarle nada más acerca de la visita a la dacha. Ni entonces ni nunca.

A pesar de que todos creían que Volodia era un conspirador, resultó ser tan solo un joven enamorado. Y Lisa, de quien Frank habría jurado que era una joven enamorada, había resultado ser Dios sabe qué. Ahora eran bastante obvias las razones por las que la Seguridad quería que él y su familia saliesen de Rusia con urgencia. Al parecer, tenía empleados peligrosos o, al menos, una empleada peligrosa. Una joven que fingía cuidar de sus hijos. Frank la había dejado escapar y quizá hasta había sido él quien lo había propiciado todo. Por ejemplo, le había devuelto sus papeles sin informar previamente a las autoridades. No obstante, pensaran lo que pensaran ahora, el Domingo de Ramos ni se les había pasado por la cabeza nada de todo aquello, y Frank no sabía quién, de entre todos los habitantes de Moscú, podría haberles llevado a sospechar esas cosas.

Al mediodía comprendió que ya era hora de que acompañara a Dolly a casa. Les dijo a Selwyn y a Bernov que siguieran con el trabajo. Selwyn, inesperadamente, le estrechó la mano.

—Recuerda que lo que nos une es el recuerdo de lo mal que nos hemos portado el uno con el otro.

Bernov, por el contrario, le preguntó si iban a pedir un coche y si, en ese caso, podía ir con ellos hasta los jardines de Alexander. Era su hora para el almuerzo. En el camino, aprovechó la oportunidad para decirles que estaba pensando seriamente en marcharse a Inglaterra. No, no era para visitar a nadie. Quería emigrar. Ya tenía casi todos los permisos necesarios.

—Tráetelos mañana, entonces —dijo Frank, sintiéndose como si estuviera levantando un enorme peso—. ¿Tienes algún lugar al que ir, una vez llegues a Inglaterra?

Sí. Charlie le había dicho que siempre sería recibido con una muy calurosa bienvenida en Longfellow Road.

En las orillas del río, por debajo de la empapada tierra, empezaba a verse ya la hierba que había sobrevivido del año anterior, indescriptiblemente deslucida. Aunque con ella aparecían también los primeros retazos de un verde nuevo y fresco. Hasta en

Moscú podía percibirse ahora el aroma de las hojas y de la hierba, algo impensable en los últimos cinco meses.

En el 22 de la calle Lipka, Annushka bajó a la puerta principal con Toma. Gritaba: «¡Estamos abriendo las ventanas!». En el recibidor, Ben giraba enérgicamente la manivela del gramófono marca Amour, que consiguió superar poco después los berridos de Annushka con la espléndida voz de Fiódor Chaliapin.

—No podemos esperar más, señor —dijo Toma—. El hielo se derritió hace días, los niños han vuelto ya del campo, y las aves tienen que salir del cobertizo o si no se enfermarán.

—Recuerda que lo dejé todo en sus manos... —dijo Frank—. Adelante.

En realidad, las gallinas ya estaban fuera. Daban sus cuidadosos pasos y saltitos por el patio trasero, donde tan pronto estiraban la cabeza con la mayor dignidad, como hurgaban entre las grietas de los ladrillos presas de un sórdido desenfreno.

No es cierto que solo fingiera cuidar de los niños, pensó Frank. Lisa cuidaba de ellos de verdad. No era cierto que fingiera hacer el amor conmigo. Lo hizo de verdad.

El encargado del patio se pasó toda la mañana quitando la masilla de las ventanas interiores, pedazo a pedazo, lámina a lámina. Blashl, desesperada por lo mucho que su amo tardaba en regresar, aullaba a intervalos, pero el hombre trabajaba muy despacio. Cuando hubo terminado con toda la masilla sin hacer un solo rasguño con el escoplo, empezó a recoger los trocitos que habían caído al suelo. Y también para hacer eso se tomó su tiempo. El espacio que quedaba entre las ventanas exteriores e interiores estaba ennegrecido por la cantidad de moscas que habían muerto allí, y también tocaba eliminarlas. Además, tenía que fregar cada alféizar con agua y un jabón suave. Luego, después de que el muchacho que limpiaba el calzado emitiera desde la parte más alta de la casa un grito triunfal dirigido a Ben, que seguía en el vestíbulo, comenzaron a abrirse las ventanas exteriores. Algunas estaban terriblemente atascadas, y tuvieron que sacudirlas una y otra vez hasta que por fin cedieron. La casa se había mantenido sorda, vuelta hacia adentro, escuchándose solo a sí misma, durante todo el invierno. Ahora irrumpían en ella de golpe todos los sonidos de Moscú, las campanas y las voces, los coches y los taxis, que, aunque nadie los oyera, habían pasado una y otra vez por allí, como fantasmas de sí mismos, durante todo el largo invierno. Y con el ruido entró también el viento de la primavera, más fresco de lo que se percibía en la calle, que llegaba hasta ellos sin obstáculos desde las regiones del norte, donde todavía helaba.

En el exterior se detuvo un coche de caballos. Aún quedaban unos cuantos para quienes tenían tiempo de sobra para ir de un lado a otro, o no querían gastarse mucho. Toma, cubierto de polvo y de salpicaduras de agua y jabón, salió corriendo hacia la entrada mientras se abotonaba la chaqueta gris por el camino. Abrió la puerta y Nellie entró en casa.



POSTFACIO

En el bosque oscuro
por Terence Dooley

1

La carrera literaria de Penelope Fitzgerald, al igual que su narrativa, es completamente sui géneris. Escribió ocho novelas entre los sesenta y los ochenta años de edad, y cada una de ellas es perfecta en su género, aunque nadie pueda precisar del todo de qué «género» se trata. Su escritura es moderna y clásica, humorística —a veces hasta rozar el absurdo— y trágica. Ligera y hábil, tremendamente inteligente, capaz de inspirar en el lector una confianza absoluta entre frase y frase, y, sin embargo, de argumentos que pueden resultar desconcertantes e inquietantes. Sus personajes son profundamente decentes y bienintencionados, en ocasiones incluso admirables, pero siempre están a merced de los acontecimientos, de los errores de los demás y de las suposiciones falsas. Personajes que se ven inmersos en el océano de la vida, donde puede sucederles cualquier cosa. Si hay rescate posible para ellos, llegará en el último momento, y será profundamente ambiguo, tal vez obra de la misma providencia.

El inicio de la primavera es la primera de las últimas tres grandes novelas de Penelope Fitzgerald. Tres títulos que, en conjunto, suponen la cima de su carrera. En una encuesta realizada por el periódico *The Guardian* entre escritores británicos para establecer cuál consideraban la mejor novela británica de los últimos veinticinco años, Fitzgerald obtuvo con mucho la mayoría de los votos, pero divididos entre estas tres obras. Las otras dos eran *The Gate of Angels* y *The Blue Flower* (traducida en España como *La flor azul*). *El inicio de la primavera* también fue nominada para el Premio Booker en 1988.

La que nos ocupa es una novela rusa en la que operan oscuras fuerzas, y también una comedia de costumbres inglesa. En ella se narran las vicisitudes del matrimonio y de la vida cotidiana en la «querida y desaliñada madre Moscú, tan desconcertada ante el sonido de las campanas», donde los estallidos de los tímpanos al romperse en el río helado nos avisan de que todo lo que conocemos está a punto de verse arrastrado

por los torrentes primaverales, que pueden traer consigo promesas de felicidad como cada año, o bien la amenaza de la violencia revolucionaria —y de otro tipo de violencia—, ya que estamos en 1913.

Durante los tres años previos a sus inicios como novelista, Fitzgerald publicó dos biografías y una obra de misterio. A su manera, *El inicio de la primavera* combina ambos estilos. Es biográfica por la precisa y delicada evocación del tiempo y el espacio, y es una novela de misterio en cuanto a su trama y construcción. No hay ningún cadáver, pero sí una desaparición, una ausencia central, que ha de quedar explicada, y por el camino nos va dando una serie de pistas que podríamos pasar muy fácilmente por alto y que, además, bien podrían ser falsas. Ciertos personajes no son lo que parecen, y otros tienen algo que ocultar. Como suele acontecer en la vida, aunque no tanto en la ficción, el desenlace resulta satisfactorio, pero en ningún sitio obtendremos una auténtica explicación. Habrá que empezar de nuevo desde el principio, y usar en buena medida nuestra imaginación.

Al igual que sucede en muchos de sus libros, también en este tenemos la impresión de que hay un personaje que podría representar a la propia Penelope, y procuramos seguir sus pasos a lo largo de toda la novela. Por lo general, suele existir una asonancia en los nombres que ya nos pone sobre aviso: Nenna, Hannah, Annie, y, en *El inicio de la primavera*, Nellie. No obstante, Nellie se ausenta voluntariamente de la obra, y todo lo que nos queda es una evocación directa del pasado, además de las reflexiones de su marido acerca del enigma de su desaparición. Así pues, estamos ante una novela sin autor, y con espacio de sobra para dar paso a la confusión y el caos, aunque existe una mayor omnisciencia que nos consuela y sustenta: la asombrosa capacidad que posee Fitzgerald para recrear un universo entero. Es papel de los biógrafos escribir sobre la vida de los demás, eso es evidente, pero antes se ha de establecer un contexto. Y, en este sentido, nos vemos transportados al Moscú de hace cien años gracias al comedido uso de palpitantes detalles, que brillan con luz tenue, y a la búsqueda no solo de lo real sino también de lo poético y lo anecdótico. Tenemos ocasión de ver lo que ven sus habitantes. De oler lo que ellos huelen. Nos dejamos llevar, como ellos, por las corrientes en constante evolución de las ideas de la época: la justicia social, los sindicatos, la emancipación femenina, el cristianismo tolstoiano... Caminamos a su lado por los modernos grandes almacenes y por los antiguos mercados. Sorteamos los puntos de venta de licor y los burdeles. Entramos en iglesias, escuelas y bibliotecas, en casas rusas e inglesas, y, sobre todo, en los centros de trabajo. («Tenemos que trabajar», es el lema que se repite en muchas de las obras de Chéjov, y, si trabajamos, dentro de cinco años, o cuando crezcan nuestros hijos, habremos conseguido un mundo mejor.) Mientras seamos capaces de vivir en ese universo, hasta sabremos de qué material está hecho el suelo por el que avanzamos: «el suelo que rodeaba la Inverskaia estaba hecho de adoquines de granito

rosa y gris, y Annushka solo caminaba por los de color rosa».

2

Es en este universo tan distante («perdido» era la palabra que ella solía emplear) donde Penelope sitúa a una familia muy parecida a la suya, aunque ella, como Nellie, también tiende a alejarse de manera voluntaria de su objetivo para así observar mejor su funcionamiento.

En la vida real, la familia de Penelope pasó por un cúmulo de dificultades, provocadas por la mala suerte (el fracaso de la revista cultural que ella dirigía a los treinta años, *World Review*, el fracaso de Desmond, su marido, como abogado...) y por la mala gestión del patrimonio: ninguno de los dos miembros de la pareja tenía mucho sentido práctico, y siempre había un alguacil apostado cerca de la puerta de casa. La vergüenza de la bancarrota planea sobre *La librería*, ubicada en un Southwold real, al que los Fitzgerald se retiraron en 1956 a causa de su incipiente pobreza. Al margen de otras peculiaridades, Christine Gipping, la joven ayudante de Florence Green, es sin lugar a dudas una mezcla de las dos hijas de Penelope, Christina y Maria. Desmond, por su parte, se pasaba toda la semana en Londres, trabajando o bien esperando tener una oportunidad de hacerlo, y es probable que sea por eso por lo que no hay ni rastro de él en la novela. En sus primeras incursiones literarias, Penelope se dedicó a enterrar fantasmas, y *A la deriva* describe el nadir de la suerte familiar.

Con sus últimos ahorros, y con el proyecto de vivir juntos en Londres de la forma más barata posible, los Fitzgerald compraron en 1960 una desvencijada casa flotante, una vieja barcaza llamada *Grace*, que estaba aparcada en el Támesis, en Chelsea Reach. La zona, tierra adentro, era por entonces un lugar barrido por las bombas, y estaba plagada de subviviendas de alquiler. En la orilla, en cambio, habitaba la poesía whistleriana del gran río londinense. Vivían en la estrechez, algo muy poco apropiado para mantener la armonía matrimonial, y en la mesa por lo general solía haber únicamente judías y patatas. Las niñas (Tina y Maria en el manuscrito) se subían a las jarcias y eran felices como pequeños pilluelos. La novela se publicó en castellano con el título de *A la deriva*, pero Penelope siempre insistió en que la elección no era del todo correcta. La barcaza *Grace* estaba en el agua solo una parte del año. El resto del

tiempo permanecía varada en el brillante fango del Támesis. Por tanto, habría resultado más acertado titularla *Ni en tierra ni en mar*: en ninguna parte. El libro alude a algún tipo de desgracia que ha de llegar, al desasosiego, a la infelicidad... Más tarde el barco se acabaría hundiendo, con lo que la familia lo perdió absolutamente todo. Solo pudieron rescatar de las olas unas pocas posesiones, de las que aún conservamos una copia arrugada de los *Ensayos sobre los místicos españoles*.

«Tenía cuarenta y cinco años, y no sabía cómo iba a pasar el resto de su vida.» Desde tan abajo, Penelope reunió la energía y el coraje que se vislumbran también en sus otros yoes de ficción, Florence y Nenna, y en sus fracasos. Empezó a trabajar y a forjarse una carrera como profesora, que serviría de inspiración no solo a sus alumnos sino también a ella misma. En un periodo de cinco años, durante los que volvió a estudiar el canon, y no solo con fines didácticos, además de aprender ruso, español y alemán por las noches para leer directamente las obras escritas en esos idiomas, se convirtió en escritora. Siguió dando clases hasta casi cumplir los setenta años, mientras se dedicaba al ejercicio de una tercera carrera como prolífica periodista literaria, lo que nos da una idea de la magnitud de su capacidad de concentración y de su recién descubierta firmeza. Escribió casi todas sus grandes novelas por la mañana temprano y a altas horas de la noche, los fines de semana y durante las vacaciones. Además, Desmond encontró trabajo en una agencia de viajes, lo que supuso una nueva fuente de inspiración para ella, ya que así podía irse de vacaciones gratis o a muy bajo precio, algo que, de otro modo, no habrían podido permitirse. De esta manera, en 1972, pasó unos días en Moscú, en un viaje organizado.

3

En *El inicio de la primavera*, los niños protagonistas emergen una vez más de sus propios recuerdos; de su propia vida. Dolly, Ben y Annushka son niños muy seguros de sí mismos. Elocuentes, imprevisibles en sus mordaces críticas al desconcierto que ven en los adultos, e imprevisibles también en sus saltos imaginativos, en sus diversas reacciones, en la manera que tienen de compensar la indefensión en que se encuentran, y de afrontar la ausencia de la madre. Penelope pudo plantearse la siguiente duda: ¿Cómo se las arreglarían los demás si ella no estuviera allí? (Cuando

alguien se hace escritor, también está menos, irremediadamente, con sus seres más cercanos y queridos.) En 1953 se embarcó en un viaje de tres meses que la separaría de su familia. Las circunstancias son muy distintas que las de la novela, pero también extraordinarias. En su caso, no desapareció sin más, sino que viajó a México con la esperanza de recibir la herencia de unos primos lejanos de Desmond. Se llevó a su hijo mayor (puede que aún no supiera que estaba embarazada del menor), y sin duda buscaba también aventura, inspiración, y tal vez cierta evasión. Ahí podríamos encontrar un precedente para la fuga de Nellie.

El título provisional de la novela era *Nellie y Lisa*. Nellie es un personaje central de la novela, no solo por los recuerdos que Frank, su marido, y sus hijos guardan de ella, o por lo que sienten por ella, sino también por las frecuentes alusiones al pasado, que la muestran como una joven llena de energía, decidida a deshacerse de las ataduras impuestas por la restrictiva y aburguesada educación inglesa que ha recibido, y a que sus parientes «no le ganasen la batalla» en su empeño por negar la vida. Cuando, hacia la mitad de la novela, Frank contrata a Lisa, después de mucho buscar, como niñera de sus hijos, y se enamora de ella al ver cómo se sienta en la silla de Nellie, es evidente que ambas mujeres tienen en común una serie de cualidades: una latente capacidad de ensoñación, un misterio, algo oculto que el poco imaginativo Frank no alcanza a ver, una especie de firmeza moral... Para sintetizar las impresiones que tiene de Lisa, Charlie, el hermano de Nellie, un personaje bastante obtuso, por cierto, cita una balada irlandesa que habla de las penas de amor: ella es «justo el tipo de criatura deseada por la Naturaleza», sin corsés, sin moños, libre. Recordemos que, anteriormente, Nellie había renunciado para siempre a llevar corsé mientras hace el amor con Frank antes de que se celebre la boda, y que Lisa se ha cortado su hermosa melena rubia.

Frank Reid es un hombre decente, hasta podríamos decir que justo, atrapado como está entre los dos mundos por los que no le queda más remedio que saber moverse: el de los desenfrenados y devotos rusos, con su benevolente informalidad, y el de la comunidad inglesa, tan seria, mojigata y excéntrica. Es un hombre casi arquetípico, en cuyo apellido podemos adivinar un juego de palabras (*Reidtreed*: junco). El es el junco «*quiplie et ne romptpas*» y también el «*rosean pensant*» de Pascal (por supuesto que ha de pensar, ya que es precisamente el curso de sus pensamientos lo que nos hace avanzar por la novela; él es nuestra brújula): «Si el universo entero se concentrara en destruirlo (y Penelope llamó a sus personajes "los que han de morir") él seguiría siendo más noble que sus potenciales asesinos, puesto que él sabe que debe morir».

Incluso en las novelas más autobiográficas de Penelope Fitzgerald, el elemento autobiográfico constituye únicamente un punto de partida. Lo demuestra el hecho de que se centrara en ambientes y épocas que, por experiencia propia, conocía a la perfección, pero solo para crear auténticas obras de ficción. Jane Austen era, como ella solía decir, su «santa patrona» en cuanto a agudeza y precisión social y moral, pero Fitzgerald posee también una crueldad y un brío balzacianos en la descripción de los tejemanejes que se traman en pueblos y ciudades. En Gran Bretaña se la admira especialmente por soslayar el aislamiento tan propio del alma británica. Sus obras posteriores serían novelas metafísicas europeas, aunque no solo se dedicaría a la novela de ideas. Se entregó también a algo mucho más peligroso: quiso hacer tangible lo sobrenatural, y lo consigue echando mano de leyendas populares y de apariciones de naturaleza «inferior», como presencias y fantasmas, aunque también mediante el empleo de epifanías de carácter místico.

En realidad no existe la figura del novelista cristiano: el novelista ha de ser humanista y universal. Penelope era novelista y era también cristiana, y en su obra empezó a cobrar cada vez más importancia el tratamiento de las cuestiones de fe. Cuando buscaba inspiración en épocas pasadas, regresaba a los tiempos en que el debate religioso y espiritual se celebraba de manera activa y vibrante, cuando la fuerza de la fe podía incluso llegar a provocar apariciones. En *The Gate of Angels (La puerta de los ángeles)*, tal como indican sus dos títulos provisionales, *Mistake Made by Scientists (Los errores de los científicos)* y *The Unobservables (Los no visibles)*, se centra en refutar el materialismo. En *El inicio de la primavera*, describe la Santa Rusia como un país en que el icono tiene tanta importancia en el interior de las casas o en las fábricas como el propio samovar. Además, en todas estas novelas ocurre algún hecho milagroso.

Penelope tuvo dos abuelos obispos, y observó toda su vida un protestantismo sencillo y moderado, según le fue transmitido por su madre, Christina. La religión que ella seguía ponía toda su fe en la acción y en las buenas obras, por lo que su interés por lo milagroso puede resultar al principio un tanto sorprendente. Menos sorprendente resulta el interés que despertó en ella el cristianismo de Tolstói, con su énfasis en lo que hay de revolucionario en las enseñanzas de Cristo: el Sermón de la Montaña, el ofrecimiento de la otra mejilla, la misericordia...

El personaje de Selwyn Crane es un seguidor de Tolstói (fallecido solo tres años antes del momento en que comienza la historia). Los rusos creen que Selwyn está tocado con la gracia de Dios, mientras que los ingleses piensan, en cambio, que simplemente está un poco loco. El relato lo muestra de manera cómica al principio (el hecho de que vaya por ahí queriendo hacer el bien no implica de ninguna manera que

lo consiga, o que resulte siempre útil), pero termina por tratarlo como un agente espiritual cuyos motivos para actuar resultan del todo incomprensibles. Tal vez incluso hasta para sí mismo.

Penelope escribió dos biografías de poetas, ambos protestantes: la trágica Charlotte Mew, y el místico Novalis. Este último constituye el tema central de *La flor azul*, su última novela, en la que entreteje fragmentos de cartas, poemas y hechos reales de su vida para crear, no obstante, una gloriosa obra de ficción. Coleridge resume la visión de la flor azul en el *Heinrich von Ofterdingen*, de Novalis, de esta manera: «Si un hombre atravesara el Paraíso en un sueño, y recibiera una flor como prueba de que su alma ha estado realmente allí, y al despertar encontrara esa flor en la mano... Ah, ¿entonces qué?». Novalis también está presente en *El inicio de la primavera*. Selwyn Crane le cita para tratar de convencer a Frank Reid de

la importancia de lo que queda más allá del juicio o de la razón. Y, sin embargo, en ese más allá reside todo un universo completo. «¿Dónde está la corriente?», clamamos con lágrimas en los ojos. Pero ¡elevemos la mirada, y hete aquí! Ahí está la corriente azul que fluye suavemente sobre nuestras cabezas.

El capítulo 25 de *El inicio de la primavera*, ese asombroso poema en prosa, está profundamente imbuido del espíritu de Novalis.

5

El año 1913 supuso una especie de respiro en medio de los tumultuosos acontecimientos que sacudían a Rusia. Si Selwyn le habla a Frank de religión, este, por su parte, le habla a Selwyn de política. Frank había puesto todas sus esperanzas en Stolypin, primer ministro desde 1906, cuando una revolución fallida dio lugar a la reunión de la Duma o parlamento. Si había alguien que podía haber evitado la revolución, ese era él, a pesar del escenario imperante de terrorismo y asesinatos, represión y ejecuciones. Pero también él fue asesinado en 1911. Penelope nos muestra el miedo y la corrupción endémica de un pueblo sometido a la autocracia, donde los estudiantes se arman en secreto e imprimen folletos en las habitaciones

traseras de las casas, donde se ha de obtener un pasaporte interno para realizar cualquier pequeño desplazamiento, y donde la policía secreta está siempre dispuesta a lanzarse sobre su presa sin vacilar. También nos muestra cómo, en medio de tales extremos, la vida normal continúa, aunque la comunidad inglesa se esté preparando ya para huir del país. Y deja entrever que la gran lucha entre el capital y el trabajo, la lucha por la justicia social, está comenzando a dar sus primeros pasos también en Inglaterra.

Desde una perspectiva política, Penelope era liberal e, idealmente hablando, era una socialista utópica. En este sentido siguió a uno de sus grandes héroes, William Morris, poeta, novelista, diseñador, inspirador del movimiento *Arts and Crafts*, y fundador de la Kelmscott Press. Su novela *Noticias de ninguna parte* ensalza, entre otras ideas de inspiración socialista, la dignidad y la nobleza del trabajo artesanal. Las detalladas descripciones que hace Penelope de la imprenta de Frank Reid, y, sobre todo, del encargado de la impresión manual, Tviordov, dimanan, en última instancia, de la figura de Morris. Frank es el honrado hombre de negocios y Tviordov el entregado obrero. En ambos casos, el trabajo se convierte en un ideal, una vocación. Tal vez incluso en un arte.

Pero es perfectamente posible leer *El inicio de la primavera* como una brillante comedia en la que se entremezclan lo más bajo y lo más elevado, la sátira, la comedia de costumbres, el absurdo, la farsa... (La única pieza literaria que sale de la imprenta de Frank es *Tres hombres en una barca*, de Jerome K. Jerome, un bullicioso divertimento eduardiano.) Su carga intelectual fluye de manera sutil, y Penelope siempre nos pilla desprevenidos. ¿Qué quiere que pensemos? ¿Qué pretende que sepamos?

6

Desmond Fitzgerald murió de cáncer en 1976, a los cincuenta y nueve años de edad. Era demasiado joven. Esta muerte, junto con la desaparición de su madre cuando Penelope tenía solo dieciocho años, de la misma enfermedad, contribuyó sin duda a la formación de su sentimiento trágico de la vida. Sin embargo, le proporcionó también la solitaria libertad que algunos artistas necesitan. En 1977 viajó a China, y allí experimentó un repentino torrente de inspiración, el gran avance que llevaba

esperando tal vez toda su vida. Años después me escribió: «Un día, las puertas se abren». Regresó de China no solo con el esbozo de *La librería* sino también con las ideas básicas para los libros que escribiría al final de su corta pero intensa carrera: *El inicio de la primavera* y *La flor azul*.

En cuanto a la estructura de sus libros, por decirlo en pocas palabras, se trata de *nouvelles* largas, o bien de novelas cortas, comparables a las de Jane Austen y Turguéniev en cuanto a la longitud de los capítulos y a la longitud total de la obra, aunque también en lo que se refiere a otros aspectos. Penelope inventó un término para describir su género: «tragifarsa», y en ese sentido era comparable también a un escritor al que admiró mucho, al que comentó y enseñó a los estudiantes que accedían a la universidad: Samuel Beckett.

7

No hemos hecho mención hasta el momento al personaje del título: la propia primavera. El deshielo no comienza hasta bien avanzada la obra. El verdadero inicio de la primavera, con sus sauces y sus procesiones del Domingo de Ramos, el desprecintado de las ventanas dobles y el nacimiento de las primeras briznas de hierba nueva, llega justo al final. Antes de que surja la auténtica primavera, cuando los árboles empiezan a dejar ver los primeros brotes, Lisa se lleva a los niños a la dacha de la familia, situada en el bosque de abedules. Este viaje dará lugar a una de las grandes escenas visionarias que hacen que las novelas perfectamente realistas de la última época de Fitzgerald evolucionen hacia las regiones de lo sublime. Estas escenas participan del sueño y del éxtasis, y resulta imposible explicarlas de manera racional. Cuando Lisa lleva a Dolly al corazón del bosque, lo que allí sucede posee la nitidez de los cuentos de hadas, presenta ecos de la actividad política, participa del ceremonial religioso, de los ritos de la primavera... Ambas parecen vislumbrar lo que no se puede conocer, como si hubieran traspasado los límites del velo y hubieran accedido al otro mundo. Y también lo hemos hecho los lectores, que nos hallamos en el interior de esas visiones, inmersos en una gran obra de arte, aunque no se nos dé a conocer su verdadero significado: tendremos que averiguarlo nosotros mismos.

La Pascua y la llegada del mes de abril, el más benigno de los meses, ponen fin al inicio de la primavera. *El inicio de la primavera* termina con una aparente resolución

del misterio, que plantea tantas preguntas como respuestas da, y un final feliz, con una maravillosa sorpresa en la última frase. ¿De qué nos habla?

Nos habla de política, de los efectos que esta ejerce en la vida de la gente corriente y del terrible idealismo y la violencia que arrastra consigo (tal vez en Lisa hallemos ciertos destellos de la joven Rosa Luxemburgo). Nos habla de esa crueldad a la que asistimos en la enigmática escena del osezno. Nos habla de los errores y la confusión presentes en la vida cotidiana. Y, sobre todo, del amor y la compasión universal. ¿Hubo alguna vez un libro tan alegre con un propósito tan serio? ¿Un libro tan profundo en el que podamos encontrar tantas pequeñas bromas? ¿Un libro tan exigente que proporcione al final tanto deleite, tanto que recordar y tanto ante lo que maravillarse?

Terence Dooley



PENELOPE FITZGERALD, de soltera Penelope Knox (17 de diciembre de 1916 — 28 abril de 2000), fue una novelista, poetisa, ensayista y biógrafa inglesa, ganadora del Premio Booker 1979.

Penélope Fitzgerald, de ideas independientes, era hija del editor del Punch, Edmund Knox, y sobrina del teólogo y escritor de novelas negras Ronald Knox, del criptógrafo Dilly Knox y del estudioso de la Biblia Wilfred Knox. En su familia, pues, había hombres de la iglesia y buena formación intelectual lo que repercutió finalmente, tras una vida agitada, en su tardía escritura: publicó su primer libro en 1975.

Fue educada en Wycombe Abbey y en Somerville College, de Oxford. A continuación, trabajó para la BBC durante la Segunda Guerra Mundial. En 1941, se casó con Desmond Fitzgerald, un soldado irlandés que conoció en una fiesta en ese año de guerra (y que moriría en 1976). De la unión nacieron un varón y dos hijas.

Cuando pudo independizarse de la familia, en la década de 1960, Fitzgerald enseñó en la Italia Conti Academy, que era una escuela de arte dramático, hasta los setenta años; además trabajó en una librería en Southwold, Suffolk, cuya experiencia novelará en un libro que será finalista del premio Booker. Durante un tiempo vivió en una casa fluvial sobre el Támesis. Escribía muy temprano o en la noche avanzada.

Inició la carrera literaria a los 58 años, en 1975, con la publicación de biografía de un pintor prerrafaelita, Edward Burne-Jones (1833-1898). Al año siguiente murió su marido, y en 1977 publicó *The Knox Brothers*, biografía de su padre y de sus tíos, en

la que ella misma en cambio no se menciona. Ese mismo año publica su primera novela, *The Golden Child*; policíaca y cómica; se desarrolla en un museo y se inspira en la manía por la tumba de Tutankamon que destacó por entonces. Luego, escribe otras novelas basadas en su experiencia directa: *La librería* (1978), finalista del Premio Booker y *A la deriva*, sobre su vida fluvial, que gana ese codiciado galardón en 1979. En *Human Voices* (1980) cuenta su vida en la BBC en tiempos de la guerra, mientras que *At Freddie's* (1982) recuerda su enseñanza en la escuela de arte dramático.

Tras publicar en 1984, la biografía del poeta Charlotte Mew (1869-1928), empezó a escribir novelas históricas. La primera fue *Inocencia* (1986), que se desarrolla en la Italia de 1950 y relata la relación amorosa entre la hija de un aristócrata empobrecido y un doctor comunista de una familia del sur. Antonio Gramsci (1891-1937), el teórico marxista, aparece como un personaje secundario.

Un extenso relato amoroso, *El inicio de la primavera* (1988), se sitúa en el Moscú de 1913, y aborda el mundo de antes de la revolución bolchevique a través de los problemas de un pequeño empresario británico que había nacido en Rusia. Fitzgerald había estado en Moscú en 1972, y conocía bien la literatura de ese país. *The Gate of Angels* (1990) gira en torno a un físico teórico de 1912 que trabaja en la Cambridge University y se enamora de una enfermera tras caerse de una bicicleta. Finalmente, *La flor azul* (1995), la última novela de Fitzgerald, se centra en la figura del poeta y filósofo del siglo XVIII Novalis; la autora había aprendido alemán y consultó fuentes primeras. Otras personajes históricos como Goethe o el pensador Friedrich von Schlegel, intervienen en el relato. El libro, aclamado como obra maestra, ganó el National Book Critics Circle Award 1997.

Biografías:

Edward Burne-Jones (1975).

The Knox Brothers (1977).

Charlotte Mew and Her Friends: With a Selection of Her Poems (1984).

Novelas

The Golden Child (1977).

The Bookshop (1978). —*La librería*, trad.: Ana Bustelo; Impedimenta, Madrid, 2010 ISBN 978-84-937601-4-4.

Offshore (1979). —*A la deriva*, trad.: Catalina Martínez Muñoz; Mondadori, 2000 ISBN 978-84-397-0575-8.

Human Voices (1980).

At Freddie's (1982).

Innocence (1986). —*Inocencia*, trad.: Pilar Adón; Impedimenta, 2013 ISBN 978-84-15578-59-8

The Beginning of Spring (1988). —El inicio de la primavera, trad.: Pilar Adón; Impedimenta, 2011 ISBN 978-84-151130-12-3

The Gate of Angels (1990).

The Blue Flower (1995). —La flor azul, trad.: Fernando Borrajo; Mondadori, 1995 ISBN 978-84-397-0254-2.

Cuentos

The Means of Escape (2000), póstuma.

Ensayos

A House of Air (2005), editado por Terence Dooley; introducción de Hermione Lee.

Notas

[1] Los comerciantes escoceses Andrew Muir y Archibald Merrilees se establecieron inicialmente en San Petersburgo, pero en la década de 1880 se trasladaron a Moscú. Allí inauguraron, en la calle Petrovka, unos almacenes que pronto se convertirían en símbolo de elegancia y calidad. En 1900 un incendio asoló el edificio original, pero en 1908 Muir & Merrilees reabrió el que sería el primer gran almacén moderno de Moscú. (Todas las notas son de la traductora.) <<

[2] En ruso, es habitual crear neologismos con el sufijo «-ka», en un registro coloquial. En este caso, para expresar pertenencia. <<

[3] Taberna rusa <<

[4] Mary Lowndes (1856-1929), figura esencial del movimiento Arts and Crafts y activa sufragista, fundó en 1897 con Alfred John Drury la empresa que llevaría sus apellidos y que alcanzaría gran renombre. Tanto, que en 1906 pudieron dedicar un edificio en Londres para que los artistas trabajaran en sus estudios y talleres. <<

[5] La canción de Hiawatha es una trilogía de cantatas de Samuel Coleridge—Taylor, compuestas entre 1898 y 1900. Se basan en el poema épico homónimo de Henry Wadsworth Longfellow (1855), quien se inspiró en las tradiciones indias y las leyendas orales de las tribus de Norteamérica. <<

[6] Tabaco ruso de baja calidad. <<

[7] Iván Dmitrievich Sytin (1851-1934), famoso editor de libros y revistas en la Rusia prerrevolucionaria. Gracias a su conocimiento de las técnicas alemanas, se convirtió en el impresor y editor más famoso de la época, ya que, abaratando costes, se dedicó a los libros de texto, a los libros para niños, a las enciclopedias y a las obras de literatura popular. Publicó también a Tolstói, a Pushkin y a Gógol. <<

[8] En el monólogo de la escena V, acto I, de Hamlet, este exclama: «Oh, si esta carne demasiado sólida se derritiera...». <<

[9] Papel muy resistente que en un principio se empleaba para fabricar cartuchos. <<

[10] Arthur J. Raffles, personaje creado en la década de 1890 por E. W. Hornung, cuñado de Arthur Conan Doyle, simboliza, en muchos sentidos, justo la figura opuesta a Holmes ya que, entre otras peculiaridades, Raffles es un ladrón de guante blanco. Tommy el sentimental fue una novela de James M. Barrie publicada en 1896, que narra las pruebas y padecimientos que ha de superar el joven protagonista hasta llegar a la edad adulta. Barrie aborda ya el tema de la infancia y de lo que implica crecer y tener que asumir responsabilidades. <<

[11] Canción de Johnny Patterson (1840-1889), famoso cantante, compositor y artista circense irlandés. <<

[12] Se trata de un edificio construido entre 1890 y 1893, en el mismo emplazamiento de la Plaza Roja en que surgieran los primeros puestos ya en la época de Iván el Terrible. Consiste en tres largas hileras divididas, cada una de ellas, en tres pisos. Es muy famoso su techo de cristal además de su estructura, que combina elementos de la arquitectura medieval rusa con el acero y el vidrio. <<

[13] Kokoshnik: tocado tradicional que las mujeres usaban a juego con el sarafán. <<